



Tatiana  
cuestión  
abajo  
(I)



ROSARIO M. MARTÍNEZ

# **Tatiana cuesta abajo**

Rosario Martín Martínez

A mi marido,  
a mi hermana Rocío  
y a mis amigas Susana, Lorena y Rosa  
por querer leerlo incluso antes de escribirlo.

GRACIAS POR CONFIAR EN MÍ.

# **Tatiana cuesta abajo**

## **~PRÓLOGO~**

- **Tatiana vive con Pablo. Juntos tienen una vida perfecta, o al menos eso creen.**
- **Las cosas pueden cambiar de un día para otro dejándole los planes descolocados.**
- **Eva no quiere reconocer la realidad.**
- **El destino pondrá a Alejandro en el camino de Tatiana.**
- **Lo que empieza siendo un juego, termina siendo mucho más.**
- **Por las vueltas que da la vida, Tatiana empezará a ir cuesta abajo.**

# Capítulo 1

## UN CAMINO DE ROSAS

Era feliz. Estaba en un momento de mi vida en el que me sentía tranquila, a gusto conmigo misma. Tenía un trabajo que me encantaba aunque he de reconocer que era algo donde estaba estancada sin opción a ascender, aun así, incrustada en una rutina diaria sin subidas ni bajadas, era muy feliz rodeada de gente que me confortaba, complementaba y aportaba. El ambiente era ideal, me sentía como pez en el agua, quizá eso era lo que me seguía manteniendo allí y, aunque en algunas ocasiones resultaba complicado, seguir viéndole el lado positivo a aquello.

Trabajaba como administrativa en una juguetería, pasaba más horas allí que en mi propia casa, pero no me importaba. Llevaba trabajando en la juguetería cinco años y allí conocí a Pablo, mi chico. Pablo es de esas personas que parecen haber hecho un pacto con el mismísimo diablo, pareciera que los años se habían olvidado pasarle factura. A sus treinta años podía hacerse pasar por uno de veinte perfectamente.

Pablo es un chico de piel clara y unos ojos azules como el océano, sus labios son finos y muestran al sonreír unos perfectos y blanquísimos dientes. Tiene el pelo color almendra peinado siempre con un tupé perfecto de minutos eternos de reloj frente al espejo, realizando así unas mechas naturales de su flequillo. Pero ahí no queda la maldita perfección física de Pablo, eso es de mandíbula para arriba, de mandíbula para abajo es aún mejor si cabe... Físico atlético, hombros formados, pecho formado, brazos formados y abdomen híper formado. La competencia hecha carne del David de Miguel Ángel. ¿Sabes qué es lo que más rabia me da? Que no se priva en la comida, que apenas hace ejercicio y que todo es debido a su puta genética... Pablo es bastante más alto que yo aunque, con mi metro sesenta y tres, no es complicado.

Pablo era mi novio y a la vez, mi compañero de trabajo, mi amante y mi mejor amigo. Llevábamos juntos tres años y desde hacía seis meses vivíamos juntos. Empecé con él cuando tenía veintidós años y él veinticuatro pero yo siempre parecí mayor a su lado.

Al principio decidimos llevar nuestra relación en secreto en el trabajo porque no queríamos que nuestra relación personal afectase a nuestra relación profesional, pero tras un año escondiéndolo, empezamos a contarlo a nuestros compañeros con los que estábamos codo con codo todos los días, aquellos que nos hacían sentir como en casa y con los que nos sentíamos cómodos desnudándonos (no literalmente, entiéndaseme).

Pablo tenía una relación muy especial con Víctor (su compañero en la sección de almacenaje de la juguetería), fue al único que se lo contó. Víctor es un chico de una estatura media y no es muy atractivo físicamente, no es de los que hacen que la cabeza se te voltee sola a su paso pero tiene ese *algo* que hace que lo veas con buenos ojos e incluso llegues a verle guapo al desatar su verborrea... En todos los trabajos existe el típico bromista que te intenta sacar una sonrisa con cada situación que se va presentando, en la juguetería, era él. Víctor pareció encantado con la noticia. Para mí, Víctor era un compañero más, no cruzábamos muchas palabras aunque sí que me

había echado muy buenas risas cuando subía a la oficina y dejaba caer alguna de sus payasadas. Sabía que era muy especial para Pablo por cómo me hablaba de él, era el único amigo que le conocía a mi chico pero no me extrañaba, yo también tenía una única y mejor amiga, Eva.

Por mi parte, se lo conté a ella, a mi otra mitad, la que siempre ha estado a mi lado. La conocí al entrar en la empresa y al mes parecía que la conocía de toda la vida. Eva es simplemente perfecta. Una tía súper inteligente, simpática y guapísima... Tiene una melena rizada y de color rojiza natural que le roza casi el culo, un culo por cierto, perfecto. A Eva le apasiona el deporte, siempre dice que su vida se basa en el trabajo y el gimnasio y que no quiere ni necesita nada más. Mientras que en nuestras horas de descanso Eva comía una ensalada y se iba al gimnasio, yo me comía una hamburguesa doble con queso y extra de salsa, a poder ser barbacoa, y me iba a casa a dormir un rato para volver con más sueño aún a mi puesto de trabajo y claro, eso en el culo, se nota...

Eva es una negada para el amor, tuvo un novio y le duró cinco meses creo recordar... Siempre decía que no quería novio cuando le preguntaban que cuándo tenía pensado *centrar* la cabeza. Tenía veintiséis años y su familia siempre fue muy tradicional así que en cada *BBC* (Bodas, Bautizos y Comuniones), siempre le tocaba responder a las mismas preguntas... No era capaz de recontar la de veces que escuchó aquello de “¡Qué *se te va a pasar el arroz!*!”. Cada vez que se lo decían soltaba su ya frase oficial: “*Para comerme un jamón no tengo que comprar el cerdo entero*”. Aun siendo una negada para el amor, celebró mi noviazgo con Pablo como si fuese suyo...

## Capítulo 2

### TODAS LAS ROSAS TIENEN ESPINAS

Llegué aquella mañana feliz al trabajo, como cada día, dispuesta a empezar a hacer el nuevo catálogo para la campaña de verano de la juguetería. Eva tenía la cara descompuesta, como si solo le hiciese falta sacar una palabra de su boca para romper a llorar... Aun así sacó fuerzas para dirigirme unas palabras que me dejaron casi al borde del infarto...

—Tati, amor... La jefa quiere que pases a su despacho.

Una frase corta con un mensaje que no me podía dejar indiferente. Empecé a temblar gobernada por los nervios.

Llamé a la puerta de Estela, mi jefa, una mujer ya entrada en años pero que parecía que tenía menos edad que yo gracias al *Botox* que se pinchaba religiosamente...

—Adelante —su voz me resultó bastante rotunda aunque eso no era ninguna novedad.

—Buenos días, Estela. Eva me ha dicho que quería verme.

—Buenos días Tatiana, siéntate por favor —hice lo que me dijo, las rodillas me temblaban, así que lo agradecí—. La empresa no está pasando por su mejor momento, estamos intentando mantener la empresa activa pero claro, para ello, tendremos que prescindir de algunos empleados... Hemos llegado a la conclusión de que reducir plantilla puede ser un buen método para seguir manteniendo esto a flote... Lo siento, Tatiana...

¡¡Me estaba despidiendo la muy zorra!! Y justo allí, sentada con la mirada perdida, repasando mis años dedicados a aquella juguetería, se me vino a la mente Pablo y todos los planes que teníamos pensado hacer juntos; dejar de vivir de alquiler y comprarnos un pisito decente en una zona bonita y céntrica, dar un paso más en nuestra relación y casarnos, plantearnos seriamente y sin miedos la idea de ser padres... Todos, absolutamente todos mis planes a la mierda... Joder, ¿cómo cojones podían cambiar tanto las cosas de un día para otro, o de una hora para otra, o de un puto minuto para otro?

—Estela, quizás haciéndome una reducción de jornada podría seguir en la empresa... —me sentí una auténtica idiota haciendo aquello, pero me parecía tan necesario, que tiré mi dignidad por los suelos y seguí—. Llevo cinco años aquí, estoy muy contenta con mi puesto de trabajo, siempre he hecho bien el trabajo que se me exigía en mi puesto —y el que no pertenecía a mi puesto, como pedirte citas para hacerte las uñas, las mechas o algunos retoquitos faciales y corporales, zorra de los infiernos—, ¿cabría esa posibilidad?

—Tatiana, sé cuánto vales como empleada, llevas años demostrándomelo, pero cuando los números no cuadran...

—Podríamos buscar otra solución. Estoy segura de que algo podríamos hacer...

—Lo siento, Tatiana, no sabes cuánto.

—No más que yo... —dije prácticamente susurrando.

—La renovación de tu contrato iba a ser en dos semanas y siento decirte que no se te va a

renovar. Puedes buscarte otro trabajo, o mimarte un poco y darte unas merecidas vacaciones... — esbozó una sonrisilla falsa.

Quise llorar, tirarme al suelo y dar patadas como un niño en plena rabieta, por suerte soy de las que piensan las cosas dos veces...

Salí del despacho con un nudo en la garganta que presagiaba lo que pasaría minutos después. Los ojos se me llenaron de lágrimas e intenté contenerlas por los pasillos para que los clientes que se encontraban por allí no se percatasen de nada. Fue cuando vi a Eva que rompí a llorar... De buena gana me hubiese tirado a patalear en el suelo, pero seguí viéndolo infantil...

—¡Me han despedido!

—Tati... —me abrazó tan fuerte que hasta dolía pero me sentí protegida entre los brazos de mi mejor amiga.

—No es justo —dije con rabia.

—Seguro que te ha pasado esto porque el destino te tiene preparado algo mejor...

—Sí, pertenecer a una fila eterna en el *INEM*...

Sentada en mi mesa, con la mente estancada en lo oído, cogí mi móvil siendo consciente de lo mucho que me temblaban las manos. Busqué el número de Pablo y le dejé un WhatsApp:

● **Malas noticias amor... te veo a la hora del almuerzo en la entrada... Te amo.**

Dejé mi móvil en el cajón del escritorio e intenté hacer mi trabajo como si dentro de dos semanas no tuviese que irme de allí. No sé de dónde saqué las ganas de trabajar correctamente y no llevar a cabo mi maléfico plan de descolocarle el registro de stock, lo sé, como villana dejo mucho que desear...

—¡No me mandes un mensaje diciéndome que tienes malas noticias y después no me cojas el teléfono cuando te llamo! No he tenido tiempo en toda la mañana de subir a las oficinas —Pablo estaba nervioso, reconozco que en su lugar yo hubiese estado igual porque no soy *Doña Paciencia* que digamos—. ¿Qué es lo que pasa?

—Me han despedido —eso es Tati, con tacto, como solo tú sabes hacerlo...—. Estoy fatal, Pablo.

La expresión de Pablo cambió instantáneamente, se le petrificó el rostro.

—¿Cómo? ¿por qué?

—La empresa no va todo lo bien que debería y tienen que prescindir de algunos empleados, es en ese punto donde me hago *actriz principal* de este puto papelón de mierda que es mi vida en la juguetería, aquí, donde he invertido miles de horas de mi vida para acabar en la puta calle— me salieron las palabras a borbotones, no podía pararlas, no cogí aire y fui desinflándome como un globo al final de la frase—. Pablo, en dos semanas estoy en la puta calle... No sé qué cojones vamos a hacer...

Sinceramente, deseé que Pablo dijese algo que me tranquilizase, algo dejándome entender, aunque ni yo misma me lo creyese, que era un bache que pasaríamos juntos, que la vida no acababa con la llegada de mi despido y que, seguramente, la vida me tendría preparado algo mejor, pero no, no me dijo nada, él solo me abrazó y se mantuvo callado...



## Capítulo 3

### AÚN PUEDO HUNDIRME MÁS

Ya hacía diez días que había terminado en la empresa donde había pasado/malgastado cinco años de mi vida. Estaba transformándome en un *monstruo casero* ataviada eternamente con mi camiseta, casi transparente de tantas lavadas, y mi cola de caballo que lució mejor en otros tiempos. No me hacía a la idea de pasar tantas horas en casa. Tenía la mente constantemente trabajando, ajustando números para saber cómo demonios íbamos a lograr llegar a fin de mes. Me levantaba ya desganada, sintiéndome una maldita mantenida, me sentía completamente inútil y aquellas cuatro paredes, que en su día hubiera dado parte de mi sueldo por disfrutarlas, estaban pasando a convertirse en una prisión. Cansada de una monotonía y de un descanso obligado, mi mejor momento y más emocionante del día era cuando me sentaba en el sofá, con una tableta de chocolate, a ver *SÁLVAME*...

Eva no dejaba de llamarme un solo día, agradecía aquellos minutos, u horas, que pasábamos prácticamente pegadas a nuestros teléfonos. Aunque me ardiese la oreja, e incluso en ocasiones llegase a pensar que hoy sería el día en el que mi móvil explotase en mi oreja dándole el final dramático a mi historia, no podía estar sin hablar con ella. Aquellas charlas eran oxígeno puro directo al pulmón. Los sábados, cuando terminaba al medio día de trabajar, venía para estar conmigo y comíamos juntas. Aquello se había convertido en un ritual y, aunque me gustaba que Eva viniese a verme, no podía evitar sentirme como una pobrecita desganada a la que había que ir a visitar para que no terminase como una ballena moribunda, gorda y encallada en alguna esquina de mi humilde pisito.

—Tati... hazme el favor y tira esa camiseta roñosa... No sé cómo le sigues levantando la polla a Pablo...

—Eres una cerda... La polla de Pablo reacciona perfectamente, no te preocupes por eso, zorra. Además estúpida, te informo de que esta es mi camiseta cómoda, la tengo desde que tenía quince años —puso los ojos en blanco—. Es de las *Spice Girls* aunque apenas se les vean ya las caras... —en realidad ya iba siendo hora de deshacerme de ella (de la camiseta, no de Eva)—. Estas cinco han secado más lágrimas en los últimos días que una profe de guardería el primer día de curso.

—De verdad, Tati, bromas a parte, deberías volver a ser la de antes —se sentó en la encimera, prácticamente de un salto, mientras yo terminaba de servir la comida en los platos—. No sé, creo que no se termina el mundo con un despido, estás haciendo una bola enorme. Una montaña de un grano de arena...

—¿Una bola enorme? ¿una montaña de un grano de arena? —fruncí el entrecejo bastante mosqueada—. No me jodas...

—Puedes tomártelo como unas pequeñas vacaciones.

—¡Necesito trabajar, Eva! Y créeme, el motivo económico es la parte que menos me

preocupa...

—¿Dónde cojones piensas trabajar con esas pintas?

Yo no me considero una chica espectacular, no soy el tipo de mujer capaz de enmudecer a un hombre con solo su presencia. Soy resultona, como diría mi madre. Tengo una estatura media y me enfundo una cuarenta de pantalón. El día que repartieron las tetas llegué la primera porque tengo un pecho bastante agraciado y generoso. Tengo el pelo negro casi por la cintura, parece que no es natural por el brillo que tiene pero puedo prometer y prometo que es mi color, aquí no ha pintado brocha alguna. Tengo los ojos azules (herencia de mi padre), los labios carnosos y la piel color caramelo (herencia de mi madre). Siempre me he sacado mucho partido, me encanta pintarme los labios, preferiblemente de color rojo, y llevar las pestañas espesas gracias a mi súper máscara de pestañas. Me encanta vestir a la moda, creo que hubo meses en los que gasté más dinero en ropa que en comida... Así que, aunque me costase reconocerlo, Eva tenía razón. Últimamente andaba hecha un adefesio pero es que no me apetecía arreglarme para quedarme en casa.

—Llámame rara si quieres, Eva —vacilé—, pero no le veo sentido a maquillarme y ponerme tacones para quedarme en casa... —puso los ojos en blanco.

Cuando estaba trabajando no era consciente de lo poco que veía a Pablo porque estaba con la cabeza ocupada y porque de vez en cuando asomaba la cabecita por la oficina y ya me bastaba, pero ahora se me hacían las horas eternas... Estaba deseando que llegase para dejar de estar sola, necesitaba hablar con alguien, contarle lo emocionante de vaciar el suavizante en el cajetín de la lavadora habiendo antes olido el tapón y siendo consciente de que la ropa no olería así al sacarla ni de coña. Necesitaba vaciarme, contarle cosas por muy estúpidas que resultasen y necesitaba discutir, era como la chispa de mi vida, discutir era lo único que me hacía soltar adrenalina, triste pero cierto. Oír la cancioncita que la lavadora hacía al terminar el lavado también era adrenalina pura...

Desde que pasé a formar parte de la fila eterna del INEM, no hacíamos otra cosa que no fuese discutir. Discutir por todo. Reconozco que yo estaba bastante irritable porque me sentía inútil y la vida de *maruja* no iba conmigo... Me sentía enjaulada. Cuando discutíamos, a veces por chorradas tipo “no has rellenado el tarro del café” o “has guardado el mantel en el cajón que no es”, Pablo callaba para que la cosa no fuese a más pero yo parecía necesitar la discusión, me sentía viva en ese momento y su silencio me enervaba más aún.

Un sábado, mientras terminaba de limpiar el cuarto de baño (otro de mis momentos de adrenalina a tope), me llamó Eva para proponerme una salida de chicas para despejarme:

—Tati, no me puedes decir que no... Esta noche salimos, ya va siendo hora. Cenamos y nos tomamos un par de copas... Nos lo merecemos, amiga.

—Me gustaría estar con Pablo, últimamente no estamos muy bien porque soy una imbécil insoportable. Tenemos plan de pizza, sofá y peli...

—Eso lo hacéis mañana. ¡Hoy es nuestro día!

—Qué intensa eres, Eva... Ya te lo he dicho, me da cosa dejar solo a Pablo un sábado por la noche para irme de juerga con la loca del coño de mi amiga —en realidad me apetecía, Pablo era un tipo muy casero y yo una fiestera “enjaulada”—. Creo que me va a poner mala cara, Eva... Y no quiero más discusiones.

—¿Qué dices? Pablo no te va a poner impedimento, estará encantado de que vuelvas a ser la Tatiana de siempre, seguro andas enfundada en tus guantes de plástico limpiando algo, con un moño desaliñado y tu camiseta roñosa de las *Spice*...

Me miré al espejo del baño, me había descrito tal cual. ¿Cuándo cojones me volví tan

previsible?

—Te mando un mensaje luego. Prefiero consultarlo con él por si tenia planeado algo para hoy.

—Vale pordiosera aburrida.

—Si no fuera por lo que te quiero juro que hacía tiempo que te hubiera mandado a la mierda.

—Lo sé —se carcajeó—. Adiós.

Cuando colgué oí la llave en la puerta de casa. En realidad le echaba de menos, Pablo era mi novio pero a la vez mi mejor amigo y no me gustaba estar mal con él.

—Hola amor, ¿qué tal ha ido hoy tu día? —le puse morritos para que me diera un beso. Me besó y fue directo al baño a quitarse su uniforme azul marino de trabajo con el logo de la juguetería en la espalda, le seguí.

—Hola cariño, estoy súper cansado. Hoy llegó el pedido de piscinas y hemos estado Víctor y yo descargándolas y ordenándolas en ese almacén que hay que saber jugar al *Tetrix* para encajarlo todo. Estela nos obligó a dejarlo terminado todo antes de marcharnos a casa —me miró con ojos cansados mientras se quitaba el pantalón de uniforme dejando ver su bóxer negro. Me era inevitable no mirarle la polla marcada en él—. Me ha propuesto salir a tomarnos unas cervezas pero me faltan ganas.

—¿Estela? —me carcajeé sabiendo que se refería a Víctor.

—Víct...

Le interrumpí energéticamente, quise aplaudir pero no lo vi apropiado, no quería parecer encantada de huir de aquella jaula...

—¡Ve!

—Estoy cansado... ¿Tenías algún plan para hoy? —se acercó con un movimiento bastante provocador bajándose su bóxer, su polla se alegró de verme—. Yo había pensado que tú... y yo... pues...

Me besó la mejilla y la comisura de los labios. Sentí un escalofrío desde los pies a la cabeza. Su polla dura me rozaba el ombligo.

—¿No estabas cansado? —le susurré pícaro.

—Para follarte nunca, cariño —me levantó subiéndome al lavabo sin hacer apenas esfuerzo.

—¡Hazlo!

Terminé empapada en sudor... Había sido duro, note desesperación en sus embestidas, ganas. Nos dimos un baño juntos y, mientras le frotaba la espalda, le dije que habíamos quedado Eva y yo en vernos esa noche.

—Sí, tienes que despejarte... Creo que llamaré a Víctor para tomarnos unas cervezas aquí en casa, prefiero estar tranquilo.

—Se te notan los años, cada día que pasa te vuelves más huraño...

—Y más *guapete* —sonrió a la vez que me guiñaba un ojo.

Nos salimos de la bañera rozando nuestros cuerpos y notando que, aunque llevábamos bastantes años juntos y últimamente las cosas no estaban siendo fáciles, seguíamos como el primer día (o al menos eso creía yo...). Me besó los labios y me quitó la toalla que rodeaba mi cuerpo dejándola caer tras de mí, observada por la picardía de sus ojos azules, pensaba que lo nuestro jamás tendría fin. Me encantaba sentirme deseada cuando ni yo misma me sentía a gusto conmigo misma.

Fui desnuda hasta nuestro dormitorio para escoger la ropa que me pondría para la salida nocturna con Eva, estaba ilusionada, como cuando estrenas algo que tenías muchas ganas de tener.

Había quedado con Eva a las nueve de la noche, a las ocho aún tenía mi cama llena de ropa que

no conseguía conjuntar... Ropa con la que me veía demasiado arreglada, o demasiado desarreglada, ropa que no me entraba (el chocolate de las tardes ya empezaba a pasarme factura) o ropa que ya me había puesto tantas veces que empezaba a replantearme usarla como pijama... Al final, veinte minutos antes de las nueve, me puse un pantalón vaquero pitillo desgastado con una blusa blanca con transparencias y mis sandalias de tiras finas negras. Me pinté los labios rojos y alisé mi melena negra. Me miré al espejo y me dieron ganas de aplaudirme.

¡Tatiana ha renacido!

Sonó mi móvil y leí el mensaje de Eva que decía que estaba esperándome en mi portal. Me despedí de Pablo y de Víctor, que había llegado mientras yo me vestía, y los dejé boquiabiertos con mis movimientos de caderas.

—Disfruta cariño, te lo mereces. Sé buena —me guiñó el ojo.

—Siempre soy buena, ya lo sabes —le saqué la lengua y cerré la puerta.

Eva estaba espectacular, no era novedad. Su melena rizada tenía un brillo especial. Llevaba un vestido de tirantas ceñido de color blanco y unas sandalias negras parecidas a las mías. Sus uñas esculpidas impecables lucían rojas. Eva no necesitaba adornos, era guapa con su cara sin apenas maquillaje, en ella, el dicho de que menos es más se cumplía a rajatabla.

—Dios santo del cielo que cuidas a tus hijos aquí en la Tierra, chica —me dijo—, estás espectacular.

Fuimos a cenar a un bar de tapas nuevo que habían abierto hacía muy poco. El local era muy moderno. Las sillas y las mesas eran de color blanco y las paredes estaban decoradas con cuadros de colores plateados y rojos.

Fue poner un pie en aquel local y varios hombres se giraron hipnotizados por la luz de Eva, los mismos hombres que se llevaron un codazo de sus respectivas parejas. Y es que Eva era así, era guapa, eso era evidente, pero lo que realmente te hacía voltear la cabeza era su luz.

—Si llego a saber que las sillas del sitio este que me han recomendado son blancas, hubiese elegido otro vestido. Joder, estoy mimetizada con el entorno, parezco un camaleón...

Eva era así, y me encantaba, era capaz de darle luz al día más nublado, la chica de la sonrisa eterna, aunque por dentro estuviese hecha una mierda...

Hacía una semana que no nos veíamos, aquella rutina de las visitas de los sábados seguían ocurriendo, y para ella, aunque me contaba mucho por teléfono diariamente, era importante contarme todo lo ocurrido, cara a cara, los sábados así que tenía muchas cosas que contarme aunque prácticamente conocía todo lo que tenía que decirme. Sin lugar a dudas, su vida era mucho más interesante que la mía que solo me dedicaba a contarle mis peleas y reconciliaciones con Pablo...

—¿Te acuerdas de Óscar, el chico del gimnasio? —¿cómo no me voy a acordar si no paras de hablarme de él? Lo pensé, no lo dije, no quise ser cruel después de las chapas que le daba con mis mierdas internas.

—Sí, claro, el follador nato... —resumí. Sonrió asintiendo.

—Pues ayer, después de entrenar, como en tantas otras ocasiones, follamos en los vestuarios de los chicos —respiró hondo y cerró los ojos—. Me sentí mal después, no me suele pasar esto con frecuencia pero últimamente no deja de pasarme... No sé, estoy empezando a cansarme de esto que tenemos. No sé cuánto más voy a aguantar, Tati...

Óscar era un chico guapo, quizás eso era lo único que tenía, *fachada*. Me lo presentó un día que acompañé a Eva, con una invitación, a probar su gimnasio (único día de mi existencia que pisé uno). Óscar llamaba mucho la atención, tenía un físico de esos que te hacen, casi por inercia,

girar la cabeza. Tenía la cabeza rapada, un cuerpo musculoso muy trabajado, se le notaban las horas invertidas entre pesas y comidas basadas en batidos proteicos. Lo que más me llamó la atención de Óscar fueron sus ojos verdes de infarto, su mirada era muy profunda y pícara, podía llegar a entender el enganche de Eva con él. Óscar es de esos hombres que cuando te miran sientes como si te desnudasen, sabe que es guapo y presume de ello. Y a parte de ese físico tan llamativo, lo que más puede llegar a engancharte a él es su forma de hablar, sabe qué, cómo y cuándo decir las cosas para que caigas completamente rendida a sus pies. Era como Gastón, de la Bella y la Bestia, pero sin pelazo.

Eva, aunque nunca lo admitía, sí que creía en el amor, hasta que le conoció a él. Óscar estaba casado y ella era su amante desde hacía poco más de un año. Intentaba alejarse pero volvía a caer, Óscar sabía cómo hacerlo y se aprovechaba de eso. Ya me era imposible recontar las veces que Eva, muy convencida, me decía que él dejaría a su mujer por ella, pero nunca llegaba ese día, nada cambiaba, su mujer seguía siendo su mujer y ella seguía siendo la amante. Estaba segura de que en el fondo ella lo sabía al igual que lo sabía yo, pero prefería tener las migajas de algo que a ratos le daba felicidad, a no tener nada. Le daba pavor imaginarse que podía perderlo por completo, aunque cuando no se tiene no se puede perder, obvio. La he visto llorar por él, ella decía que de rabia, yo estaba completamente convencida de que era por amor.

—Eva —cogí su mano sobre la mesa y le di un apretón para que supiera que yo estaba a su lado, como siempre—, ya llevas muchos meses con esta situación, no mereces ser segundo plato de nadie. Mírate, eres preciosa, por fuera y mucho más por dentro. Ni él vale tanto, ni tú tan poco... Tienes que terminar con esto ya...

—Sí, ya es por orgullo propio —la vi decidida aquella vez, deseé que lo hiciera realidad de una vez por todas.

Después de cenar nos fuimos a un pub muy tranquilo donde Eva, al parecer, era clienta VIP. Bebí dos copas y ya me noté mareada, ya no era la que una vez fui. Hablamos mucho, muchísimo. Reímos mucho, muchísimo. Se nos acercaron varios chicos pero con la técnica infalible de fingir que éramos pareja, como ya habíamos hecho en otras ocasiones para que se largaran y seguir riéndonos entre nosotras, conseguimos alejarlos. En nuestra cita/escapada no cabían los chicos, estábamos allí por y para nosotras.

No fui consciente de la hora que era hasta que saqué mi móvil de mi cartera de mano para consultar si tenía alguna llamada o mensaje de Pablo. Casi las tres de la madrugada y no había nada en mi móvil, ni una llamada, ni un mensaje, ni un simple WhatsApp... Me extrañó pero supuse que Pablo no quería molestar. Él sabía que necesitaba aquella escapada.

Cuando ya dimos por terminada la gran noche a poco más de las tres y media, fuimos de la mano bailando hasta la barra. Sentía las miradas clavadas en nuestros cuerpos. Hacía tiempo que no salía y no recordaba el asco que me provocaba sentirme como un trozo de carne andante... Dispuestas a pagar lo que habíamos consumido, la camarera, una chica con cara de estar hasta el mismísimo coño de estar allí aguantando babosos, nos dijo que nuestras consumiciones ya estaban abonadas. Habíamos sido invitadas por el portero del local. Eva sonrió a la camarera y posteriormente, al salir del local, lo hizo con el portero.

**Nota mental:** preguntarle algún día a Eva si se había follado alguna vez al portero, aunque conocía perfectamente la respuesta...

Cogimos un taxi camino a casa, primero me bajé yo y Eva siguió montada camino a su casa. Al bajarme en mi portal, me extrañó ver que las luces de mi piso estaban encendidas, era muy tarde como para que Pablo aún estuviese despierto esperándome pero pensé que podía estar

preocupado por mí y que decidió esperarme despierto.

Entré en mi piso y oí que el televisor aún estaba encendido. Me había quitado los tacones al entrar en el portal porque no quería ser la comidilla del rellano los próximos días así que al entrar, Pablo no pareció haberme oído, ni él ni Víctor que aún estaba en mi casa, para ser más exacta, estaba en mi casa, en mi salón, en mi sofá, con el torso desnudo sobre mi novio.

Se me cayó la cartera de mano al suelo junto con las llaves al ver a mi chico besándose con su compañero de trabajo. Los dos se levantaron intentando abrocharse, sin éxito, las cremalleras de sus pantalones. Fue una escena tan violenta que únicamente pude salir hacia mi dormitorio llorando y tapándome la cara con unas manos empapadas de sudor a pesar de tenerlas heladas.

Oí cerrarse la puerta de casa mientras metía mis cosas en una maleta, rápido, sin orden, con la cara empapada y la máscara de pestañas manchándomela de negro. Poco después, Pablo abrió la puerta del que había sido nuestro dormitorio durante los últimos meses. No podría explicar lo que sus ojos me decían.

—Tati —intentaba hablarme pero cada letra que pronunciaba era tan larga que parecía una palabra.

—No quiero oír nada, Pablo. Sé perfectamente lo que he visto. No quiero que intentes convencerme de que no es lo que parece...

—No podría convencerte de eso —noté un pinchazo en el estómago—, quiero explicarte cómo ha pasado todo. No quiero que te vayas sin hablarlo...

Juro que deseé darle un empujón e irme, perderlo de vista para toda la vida. Había conseguido partirme el alma y aun así necesitaba oírle, necesitaba saber el porqué de lo allí ocurrido. Cerré los ojos para evitar mirarlo y me senté en *nuestra* cama. Se acercó algo indeciso para sentarse a mi lado pero le paré con un gesto de mano para que no se acercara. Se arrodilló frente a mí. Solo llevaba puesto un vaquero negro con el botón desabrochado y lo vi más indefenso que nunca, no reconocí a mi Pablo frente a mí, estaba perdido y yo más perdida aún.

—Cariño —quise interrumpirle, decirle que no me llamase así nunca más pero dejé que siguiera hablando—, como sabes conozco a Víctor antes de que llegases a mi vida... Antes de que entrases a trabajar en la juguetería, él y yo fuimos destinados a la misma sección de almacenaje. Estaba pasando por una ruptura muy reciente y vio en mí a un confidente, un hombro donde apoyarse... Me lo contaba todo, nos lo contábamos todo. Un día salimos a tomarnos unas copas y bebimos demasiado, nos fuimos a su casa y me invitó a quedarme allí a pasar la noche para no irme solo a mi apartamento en aquel estado...

Creo que hubiera sido un buen momento para levantarme, coger mi maleta e irme de allí... Si escuchaba de su boca lo que ya me imaginaba iba a terminar destrozada. Pero no le interrumpí, de nuevo dejé que siguiera hablando notando la bilis subírseme por la garganta amargándomela.

—Estábamos sentados en el sofá cuando empezó a acordarse de la chica con la que había terminado hacía poco, y empezó a llorar... Le limpié las lágrimas y nos miramos a los ojos —se quedó callado durante unos segundos que se me hicieron horas—. Nos besamos, Tatiana.

Ahí estaba, sentada frente al que consideraba, hasta hacía unos minutos, el hombre de mi vida, mirándole a los ojos y sin lograr verlo. Intentando reflejarme donde tantas veces lo hice pero no podía, ya no lograba verme en el reflejo de sus ojos.

—Estaba confundido, nunca había besado a un chico, jamás me había sentido atraído por un hombre. Aquella noche dormimos juntos y... bueno, puedes imaginártelo —no me quería mirar a los ojos, sabía perfectamente cómo se estaba sintiendo, tenía la mirada fija en el suelo, aun así decidió continuar, parecía tener necesidad de ello—. Decidimos dejarlo ahí y así fue, lo dejamos

guardado como nuestro gran secreto. Jamás volvimos a hablar de lo que había pasado... Hasta hoy...

—Pablo...

No podía decir nada más, no me salían las palabras de la garganta, mi cabeza estaba repasando desesperadamente los momentos que Víctor y Pablo habían compartido a mi lado para intentar encontrar algún momento en el que hubiese podido darme cuenta de que, entre ellos, había pasado algo y el amor que le tenía a Pablo quizás no me había dejado verlo por aquello de que el amor es ciego... No, no encontraba ningún momento. Jamás hubiera podido imaginarme aquello.

—Casi al año de aquel episodio —continuó—, llegaste a la juguetería volviéndome loco por ti. Desde que estás en mi vida no te he engañado, por favor no pienses que nos hemos estado riendo de ti a tus espaldas porque no ha sido así, te lo prometo, tienes que creerme —notaba que era sincero, aquellos ojos no podían estar mintiéndome, no en aquel momento—. Tienes que creerme, Tati...

—¿Por qué nunca me lo contaste, Pablo? ¿por qué te has guardado algo así?

—Prometimos dejarlo ahí. Además, jamás hubiese sabido cómo decirte esto, no sabía qué ibas a pensar de mí. Pasó con Víctor porque es él —él, no supe cómo interpretarlo. Sabía que Víctor era especial para Pablo pero no sabía que hasta tal punto.

—Sabía que Víctor era especial para ti, no tienes otro amigo que no sea él, pero nunca imaginé que entre vosotros hubiera pasado esto que me cuentas... ¡Por Dios, Pablo!

—Tati...

—¿Qué sientes por él?

—No lo sé, Tati.

Se me heló la sangre. Noté que me faltaba el aire, el nudo de mi estómago se hizo mucho más grande. Me levanté de la cama aturdida por toda la información recibida y por lo vivido minutos antes, fui al baño a secarme las lágrimas negras que me corrían por la cara y me miré al espejo, sentí pena por mí, pena por Pablo, pena por nosotros, pena por tantos planes que acaban de caer como un castillo de naipes, pena por este nuevo palo que había caído sobre mi espalda dejándome más hundida aún. Aquello no pudo llegarme en peor momento. No estaba fuerte para poder afrontar ese nuevo azote que me daba la vida, aunque para una cosa así, ¿quién cojones podía estar preparado?

Cogí mi maleta y me fui de casa, de nuestra casa. Al cerrar aquella puerta, dejando a Pablo con la mirada fija en ella, sentí que en aquel piso dejaba parte de mí.

## Capítulo 4

### NUEVO CAMINO

Tan solo bastó mandarle un mensaje a Eva diciéndole que necesitaba quedarme a dormir en su casa, para que en media hora, estuviésemos las dos llorando abrazadas en su sofá. Le expliqué lo que había pasado con Pablo y todo lo que posteriormente me había contado. Eva me abrazó tan fuerte que parecía que quería unir todos los trozos rotos de mi alma. Horas antes habíamos estado riendo como locas y ahora no podía parar de llorar.

Aquella noche la pasé llorando en la cama de mi amiga que me abrazaba como si no quisiera que me fuese de allí nunca para protegerme de todo y de todos. Joder, cuánto la necesitaba.

Desperté con el olor fuerte a café que iba inundando estancia por estancia toda la casa, y con un dolor enorme de cabeza. Parecía que era una pesadilla lo que había vivido la noche anterior, me era imposible asimilar lo sucedido. Me levanté de la cama y fui al baño que había dentro de la habitación de Eva. Me miré en el espejo y vi reflejada una Tatiana que nunca antes había visto, y mira que había vivido rachas putas... Tenía unas ojeras moradas que captaban cualquier mirada, el pelo cogido en una coleta desdeñosa y llevaba un pijama de conejitos que Eva me había dejado y que no sumaba glamour alguno. En casa nunca usé pijama así que Eva me dejó el mejor que tenía, palabras textuales de ella, no quiero imaginar cómo sería el peor pensé, y se me escapó una sonrisa.

Fui al salón y allí estaba Eva, dándole los últimos retoques a una mesa con un desayuno espectacular.

—Bienvenida señorita Tatiana Santana.

—¿A qué es debido este despliegue culinario?

—Tome asiento —retiró la silla invitándome a sentarme—. Coma tanto cuanto desee. Aquí, en el *Hostal Evita*, la comida es excelente. Tenemos a la mejor chef. Puede tomar frutas, tostadas, bollitos —señalaba las cosas como si fuese azafata de algún programa de televisión—, zumos, leche, café... ¿Qué desea tomar?

—Un ibuprofeno —puso los ojos en blanco y sonreí.

—Es imposible, dimíto como tu mejor amiga —iba a la cocina refunfuñando y me hizo sonreír—. ¡Contigo es que no se puede! Una monta este espectáculo, madruga un domingo para preparar un desayuno de revista y ¿para qué?

Volvió refunfuñando igual a como se había ido. Me dio la pastilla con desgana y me arrancó muchas más sonrisas de las que tenía pensadas mostrar aquel domingo, pero eran por ella, mi amiga era tan especial, tan única... Era lo mejor que pude haberme llevado de mi etapa en la juguetería, ojala la hubiera conocido antes. Cómo me hubiera gustado tenerla durante la adolescencia, ¿cuántas batallas me habré perdido?

—Evita, gracias por todo —le di un beso en la mano—. No sé qué sería de mí sin ti... Siento mucho que tengas una mejor amiga tan estúpida...



—Te he cogido ya cariño —me guiñó el ojo y me sacó la lengua burlona, cuánto la *amodoro*—. Tati, anoche lo estuve pensando —me descolocó—. Anoche me dijiste que no volverías al piso que compartías con Pablo, ¿qué te parece quedarte aquí conmigo? Llevo un par de meses buscando compañera de piso pero las que he entrevistado no me han convencido.

—Sabes que ahora mismo no tengo mucho dinero... Pensaba volver a casa con mis padres hasta que encontrase otro trabajo...

—No te preocupes por el dinero. Tú me ayudas con las cosas de casa mientras yo estoy en el trabajo hasta que vuelvas a trabajar, y entonces ya hablaremos de números.

—Vale, me estás pidiendo que sea tu *chacha*.

—Más o menos —me sacó la lengua y desayunamos.

Eran las cuatro de la tarde y estábamos en el sofá viendo *Grease*. Me encantaba esa peli y Eva lo sabía, cantábamos todas las canciones con nuestro perfecto inglés inventado y hacíamos la coreografía únicamente moviendo los brazos.

Consulté mi móvil y tenía un mensaje de Pablo. Quise ignorarlo, fingir que no lo había visto, seguir cantando canciones inventadas con Eva y evitar venirme abajo, pero no, lo leí.

Y dejé de cantar...

Y me vine abajo...

● **Tati, estoy preocupado. Dime, al menos, que estás bien.**

Volví a dejarlo sobre la mesa baja del salón. Las tripas se me retorcieron, me dolía el estómago cada vez que me acordaba de la escena que vi en mi sofá... Fingí que todo estaba bien pero a ella era imposible engañarla.

—¿Era él?

—Sí.

—¿No vas a contestarle?

—No.

—¿Crees que haces lo correcto?

—Sí.

—No tienes muchas ganas de hablar, ¿verdad?

—Así es.

Me dio un apretón en la rodilla y seguimos viendo la película.

## Capítulo 5

### MI CAMINO

Hacia dos semanas que me había marchado de la que fue mi casa, ahora tenía un nuevo hogar. Aunque junto a Eva todo era más fácil, tenía que adaptarme a un nuevo ambiente, a una nueva convivencia que, aunque era maravillosa, no dejaba de ser algo nuevo para mí. En esa última etapa de mi vida, en apenas unas semanas, había tenido que marcharme de dos de los lugares que más habían significado para mí en los últimos años; la juguetería y el pisito modesto que Pablo y yo compartíamos. Y de ambos tenía la sensación de haber tenido que salir por la puerta de atrás aun sabiendo que nada había hecho mal en ninguno de los dos sitios. En ambos me sentí infravalorada, en ambos lugares di más de lo que recibí, de eso sí que estaba completamente segura. Tantos cambios estaban haciendo mella en mí, en mi autoestima y en mis ganas prácticamente inexistentes de afrontar nuevos retos...

Había recibido muchos mensajes de Pablo y no había contestado a ninguno. Sabía que Eva había hablado con él en el trabajo, necesitaba al menos tranquilizarle. Le había dicho que estábamos viviendo juntas y que necesitaba mi espacio y tiempo para sanar, que me dejase lamerme las heridas tanto y cuanto necesitase. Nada más lejos de la realidad, necesitaba que el tiempo pasase rápido, no quería hundirme más de lo que ya estaba. Sanar y al fin volver a ser yo.

En casa de Eva tenía mi propio dormitorio que había decorado a mi gusto tras la insistencia de Eva. Me encantó que las paredes fueran celestes porque es mi color preferido, me da paz y, aunque Eva me dijo que podíamos pintarlo de otro color si me apetecía, no quise. Compré unas cortinas blancas y un cabecero acolchado también de color blanco, varias estanterías que llené de velas y algunas fotos que vi en el dormitorio de Eva de nosotras. No necesitaba nada más allí, en mi rinconcito tenía paz y era justo lo que necesitaba.

Mi dormitorio tenía una ventana grande que hacía de mi rinconcito un lugar lleno de luz. La ventana daba a un parque que tenía zonas de juegos para niños, un bar pequeñito con algunas sillas en las que la gente se sentaba por la noche mientras tomaban algo, y muchas personas haciendo deporte por la mañana (ya hay que tener ganas...) o paseando. Me encantaba mirar por mi ventana, respirar el aire puro que tanto se anhela cuando vives en la ciudad, ese olor a césped húmedo recién cortado, a árboles en flor y a tierra mojada. Molaba también llegar a sentir la energía positiva de todas aquellas personas. Asomarme a aquella ventana se convirtió casi en una terapia.

Perdí la cuenta de los currículums que envié y entregué en mano. No le hacía asco a nada, a todos los trabajos le veía un lado positivo, necesitaba trabajar así que los envié desde para limpiar hoteles hasta para ser secretaria, pasando por mozo de almacén y animadora para eventos... Necesitaba trabajar, en lo que fuera, necesitaba volver a sentirme útil y poder ayudar a Eva con los gastos de casa.

Sonó mi móvil, temí mirarlo por si era Pablo de nuevo. La pantalla reflejaba un número que no tenía memorizado, sentí unos nervios un poco absurdos ya que podría ser mi banco para intentar

colocarme un nuevo seguro de vida, era como una sensación de estar esperando malas noticias constantemente. ¿Cuándo dejaría de sentir aquello? Pensé en no contestar pero teniendo unos padres en una ciudad distinta, una hermana estudiando en Londres, una amiga loca del coño y mil currículums enviados, me vi en la obligación de responder.

Crucé los dedos, que sea una entrevista, por favor...

—Buenos días, ¿Tatiana Santana? —una voz de mujer me hizo la pregunta.

—Sí, soy yo.

—Soy Susana, secretaria del Vidal Abogados. El motivo de mi llamada se debe a la recepción de su currículum—mi yo interno saltaba a la vez que tiraba confeti. Sinceramente, no recordaba ni dónde ni cuándo había dejado mi currículum allí pero poco me importaba—. ¿Le vendría bien venir para hacerle una entrevista esta misma tarde?

—Sí, claro. Dígame hora y lugar y allí estaré —no sé si soné desesperada, ni si parecerlo podía llegar a ser algo positivo, sinceramente me importó muy poco—. Cojo papel y bolígrafo, deme un momentito.

Busqué por los cajones desesperada un trozo de papel y un bolígrafo. La chica, muy amablemente, me dio los datos de dónde se ubicaba la empresa y colgó.

¡Qué alegría! Tenía la entrevista a las seis, Eva no llegaría a casa hasta las nueve así que le escribí un mensaje con mis dedos temblorosos.

### ●A las 6 tengo una entrevista de trabajo. Te cuento cuando salga!! ??

Aún no había llevado toda mi ropa a mi nueva casa pero seguro que tendría algo decente para ponerme para la entrevista.

Como siempre, me volví loca conjuntando modelitos hasta que encontré uno que me hacía sentir a gusto. Me puse una falda de tubo negra, una blusa roja metida por dentro y me calcé mis sandalias altas negras, me hice una coleta alta sacando los mechones de mis patillas, me pinté los labios de color rojo y las uñas de color crema. Ya estaba lista.

Me miré en el espejo de la entrada antes de salir, me atusé la falda y le tiré un beso a mi reflejo. Suerte me dije en voz alta, y salí a comerme el mundo.

¡Tatiana, tú puedes! Me repetía una y otra vez...

Y no conseguía calmar el tembleque de mis piernas... Jodidos nervios, no me la juguéis...

Cuando bajé del taxi, frente al edificio que la chica me había dicho por teléfono, me costó mantenerme firme. Las piernas seguían con su imparable tembleque. Encontrar trabajo era una necesidad vital para mí, ya no económicamente, que también, sino que necesitaba volver a ser yo. Sentirme útil, dejar de ser el parásito de Eva aunque ella se empeñase en quitarme esa idea de la cabeza. Trabajar para distraerme, salir de mi maldita rutina para no acabar volviéndome loca.

Entré decidida y fui hacia el mostrador de aquel precioso recibidor marmoleado para preguntarle al chico dónde estaba la oficina que Susana me había dicho por teléfono. El chico de recepción me pareció muy simpático. Tenía una sonrisa preciosa, serena, sincera. Pude leer en su chapa que se llamaba Jesús Sánchez. Amablemente me indicó el camino y seguí decidida, aunque aún no lograba hacerme dueña de mis piernas...

Respiré hondo y llamé a la puerta. En el lateral, en la pared, había una placa dorada donde se podía leer que allí era el bufete del Señor Vidal. Me abrió una chica alta, rubia, con unos ojos casi como los míos, tendría la misma edad que yo pero parecía mayor. Me invitó a pasar con un gesto de su mano y con una amplia sonrisa, prácticamente protocolaria, mostrando gran parte de su

dentadura perfecta.

—Buenas tardes, debes ser Tatiana —asentí—, soy Susana. Hablé contigo esta mañana —me estrechó la mano y con la otra me invitó a seguirla—. Te entrevistaré en mi despacho.

La oficina estaba dividida en pequeños despachos. Entraba mucha luz por los grandes ventanales que tenía cada habitación, la sala que hacía de recibidor tenía muchas plantas verdes repartidas por la estancia, colocadas estratégicamente para hacer de aquel lugar un sitio tranquilo y acogedor. Pegado a una de las paredes había un sofá blanco que tenía aspecto de ser bastante incómodo y justo delante de él, una gran alfombra negra que pisé con cuidado para no caerme, un par de estanterías con algunos libros decoraban el resto de paredes, todo bastante preciso, ordenado y básico. Si aquello había sido decorado por el que ojalá llegase a ser mi jefe, debía ser un hombre muy estricto, ordenado y aburrido.

Seguí a Susana hasta su pequeño despacho y noté que aquella estancia debía estar decorada a su gusto porque, aunque no estaba muy cargada a nivel decorativo, tenía un toque diferente al recibidor. Era sencilla y moderna. Su mesa era de cristal con unas flores blancas, dos sillones blancos de piel de aspecto cómodo, en el suelo una alfombra bastante mullida blanca, supe al instante que ella no era la que limpiaba aquella alfombra, yo jamás hubiera elegido aquel color si tuviera que volver a dejarla impecable una vez sucia. Aquella habitación era tan blanca que parecía la entrada al mismísimo Reino de los Cielos.

Nos sentamos frente a frente con la mesa de cristal de por medio. Susana tenía unos folios frente a ella donde apoyaba sus manos con una manicura francesa perfecta. No dejaba de hacer girar un bolígrafo entre sus dedos, estaba nerviosa, ya éramos dos, mis rodillas parecían una castañuela.

—Bueno Tatiana, creemos que dada su trayectoria profesional encajaría con el perfil que estamos buscando. Estamos buscando una chica para que lleve las citas y responda al teléfono básicamente. No es una tarea complicada.

—Me adapto a todo y aprendo muy rápido —soné tan desesperada que quise darme un codazo.

—El señor Vidal necesita una secretaria con la que estar codo con codo en este local. Tiene otro en Madrid —aclaró.

—Solo dígame cuándo empezar —el corazón me latía a mil por hora.

—¿Te puedo tutear? —asentí—. El señor Vidal es muy serio y correcto en su trabajo, ya te advierto que no te lo va a poner fácil.

—Intentaré estar a la altura siempre.

—¿Te importaría estar una semana de prueba para que él dé su visto bueno?

—No tengo problema en que así sea.

—Pues empiezas mañana, Tatiana —se levantó y me dio la mano—. Bienvenida a *Vidal Abogados*.

Salí de aquella oficina prácticamente igual de nerviosa a como había entrado, necesitaba aquel trabajo, necesitaba demostrarle al señor Vidal que era apta para pertenecer a su equipo, tenía una semana de prueba, no podía defraudar a nadie. Me dirigí al ascensor, entré, pulsé el botón que indicaba la planta baja, respiré hondo y expulsé el aire lentamente dejando que con él se marchase la carga contenida de mis últimas horas. Cogí mi móvil para escribirle un mensaje a Eva y decirle que empezaba mañana, estaba incrédula, no podía creer que por fin iba a volver a sentirme útil. Justo cuando iba a terminar de escribir el mensaje, las puertas del ascensor se abrieron, salí sin mirar al frente, con los ojos clavados en la pantalla de mi móvil y me estampé en el pecho de un hombre como un mosquito en el paragolpes de un coche. Mi móvil salió volando y cayó al suelo

desmontándose por completo.

—¡Joder! —maldije con la mirada fija en mi móvil destrozado.

Nos agachamos los dos para recogerlo. Agradecí que nuestras cabezas no se chocaran, era lo que faltaba en aquel momento para poder catalogarlo como uno de los mayores ridículos de mi existencia. Allí, en cuclillas, me fijé en los zapatos negros que tenía delante. Brillantes con unos cordones finos. Fui subiendo mi mirada analizando la raya de aquellos pantalones perfectamente planchados hasta que vi aquella cara y casi me caí de espaldas, debí tener una cara de estúpida considerable pero es que aquel chico era bastante guapo. Parecía un modelo de revista.

—Lo siento —tenía una voz ronca y estaba nervioso por como le vibraban las palabras en la boca—. Iba distraído con mi móvil y he chocado contigo. Joder, siento lo de tu teléfono.

—No, perdona, fue culpa mía, yo también iba distraída mirando el mío —cogí las piezas y se las mostré—. Ahora ya poco voy a poder ver, por idiota...

Era el hombre más guapo que había visto nunca, sé que suena a tópico de novela pero es que era real. Tenía el mentón pronunciado, perfilado. La mandíbula apretada le daba un toque masculino y lo hacía mucho más atractivo. Tenía el pelo negro, engominado fijando un perfecto tupé del que se escapaba un mechón que caía sobre su frente. Tenía unos ojos grises enmarcados por unas pestañas espesas y unas cejas perfectas. La nariz era grande pero fina y los labios... ¡Dios qué boca! Llevaba un traje azul marino que le sentaba como un guante, una corbata a juego con el traje y una camisa blanca... Blanca y manchada con mi labial rojo gracias al choque frontal que había tenido sobre su pecho...

—Te he manchado la camisa al chocar.

Señalé tímidamente la mancha. Se miró un poco pasota, chulesco incluso, y se limpió con la mano sin obtener resultado alguno mientras me miraba con una mirada penetrante que me puso roja de inmediato. Guardé las piezas, que minutos antes habían sido mi móvil, en mi bolso y me dispuse a irme cuando me agarró del brazo. Un primer roce buscado, me erizó el vello de la nuca.

—Soy Alejandro, encantado de conocerte —me tendió la mano y se la estreché, mi mano se perdía en la suya, tenía una mano fuerte y grande—. Ojala nos hubiéramos conocido de otra forma —sonreí como una quinceañera ante un chico guapo—, aun así, me alegra que haya sucedido igualmente, aunque no hayamos terminado bien parados ninguno de los dos. De verdad, siento lo de tu móvil...

—No te preocupes por mi móvil, de verdad. Me servirá de aprendizaje, a veces vivimos con estos cacharros del demonio pegados en la mano.

—Bueno, no quiero entretenerte más. Espero no haberte fastidiado mucho. ¿Cómo me habías dicho que te llamabas?

—No te lo he dicho... —reí y me mordí el labio inconscientemente—. Soy Tatiana. Alejandro, tengo que irme —o me enamoraré perdidamente de tus ojos y no podré separarme jamás de ti, pensé—. Siento también lo de tu camisa...

Salí del pasillo de los ascensores camino al portal del edificio. Dije adiós al chico de recepción que me respondió efusivamente con su mano y salí a la calle. Me temblaban las piernas, las manos, yo entera vibraba. ¿Qué me había pasado? Paré un taxi y me fui a casa.

Quedaba una hora para que Eva llegase, no pude enviarle el mensaje contándole cómo me había ido porque mi móvil había quedado destrozado, completamente inútil fue el diagnóstico.

Entré al baño a darme una ducha. Aquellas dos semanas lejos de Pablo habían sido duras. No conseguía quitarme de la cabeza la imagen de Pablo y Víctor en mi sofá. Sabía que aquello no iba a ser fácil dejarlo guardado en el cajón del olvido donde tantas otras veces tuve que guardar

episodios de mi vida que necesitaba borrar. Había sido un palo grande, una situación complicada y superar aquello, no iba a ser menos...

Echaba de menos mi casa, mi cama, mi Pablo, mi vida al fin de cuentas, pero desde que vi a Alejandro, sentí como si mi cuerpo hubiese renacido, cuando me dio la mano me recargó la energía que en silencio pedía a gritos, solo deseaba volver a encontrármelo y es que aquel encuentro fortuito me había dejado un poco descolocada sin saber porque.

—¡Sabía que lo conseguirías! —Eva aplaudía como loca, estaba tan emocionada como yo, ella sabía como nadie lo mucho que necesitaba volver a sentirme útil—. Vamos a celebrarlo con una copa de vino, o dos... o tres...

Repartió el vino blanco afrutado en nuestras copas que quedaron empañadas al instante y brindamos por ella, por mí, por nosotras... Por el futuro.

—Hoy... conocí un chico al salir del ascensor de la oficina... Justo después de mi entrevista de trabajo —Eva abrió sus ojos como platos y tragó el trago de vino que tenía en la boca—. No me mires así. Aún no sé ni por qué te cuento esto...

—¡Me estás dejando loquísima!

—No pude quedar peor delante de él... —continué con la mente repasando lo sucedido en el ascensor.

—¿Por qué dices eso?

—Choqué contra su pecho al salir del ascensor manchándole de labial rojo su camisa impecable, tiré mi móvil haciéndolo pedazos por el susto, un caos...

—Dime que está bueno...

—Es guapísimo, Eva. Tiene una mirada de esas que son capaces de quedársete grabadas al instante, de las que cuestan una eternidad conseguir borrarlas. Tiene un toque de tío interesante que te dan ganas de volver a verle para conocer más de él. No consigo olvidarme de su cara y de cómo me miraba...

—Dime que te dio su número de teléfono y me caigo muerta aquí mismo...

—Pues no, además no creo que volvamos a vernos... Una lástima porque tengo curiosidad por saber cosas de él, solo me queda conformarme con saber que se llama Alejandro...

Eva empezó a cantar cual diva del pop empuñando un micrófono inexistente la canción de Lady Gaga, Alejandro.

Eva tenía un teléfono móvil que no usaba. Me lo dejó hasta que yo comprase uno nuevo. Metí mi tarjeta, que era lo único que podía utilizar de mi antiguo móvil, y vi que tenía un mensaje suyo deseándome suerte, y otro de Pablo. Pensé en no abrirlo, borrarlo directamente como me nacía siempre que me llegaba algo de él, pero de igual modo, como siempre terminaba haciendo, lo leí.

**●Tati, sé por Eva que estás bien. Tenemos que hablar para ver qué hacer con el piso. Aquí hay muchas cosas tuyas. Por favor, ponte en contacto conmigo.**

Susana me había explicado que trabajaría de diez de la mañana a dos de la tarde así que pensé en quedar con Pablo por la tarde cuando ya fuese oscureciendo. No podía seguir alargando las cosas, tenía la necesidad de ponerle el punto y final a todo, además, necesitaba mi ropa. Le contesté:

**●Ok. Te parece mañana a las 20:30?**

Respondió al segundo con un simple “perfecto”, era como si hubiese esperado con el móvil en

la mano hasta recibir mi contestación.

No podía dormir. Eva me había preparado, antes de irnos a nuestros respectivos dormitorios, una tila. Me la tomé como si llevase meses sin beber agua, y eso que odio las infusiones... Me asomaba por mi ventana para ver las personas pasear por el parque, elegí la ropa que llevaría a mi primer día de trabajo, miré fotos que Eva tenía en la memoria del móvil que me había dejado y fue ahí donde me entretuve más, lo sé, soy una jodida cotilla, alcahueta, metiche, llámame como quieras. Observé las fotos detenidamente, en algunas salía con Óscar. Los dos sonreían de verdad, con los ojos, que es cuando se sonríe con sinceridad. Tenía varias en la cama con él, tapados con las sábanas blancas de algún hotel, sus caras tenían el brillo de haber estado follando hacía minutos, algunas estaban tomadas sobre el césped de algún parque, seguro habría sido un encuentro fugaz de esos que se regalaban muy de vez en cuando... Sentí pena por Eva, ella lo negaba, pero Óscar la tenía completamente enamorada y para ella solo tenía los ratitos que a él le sobraban al día... La jodida mierda de siempre.

Sonó el despertador, eran las ocho. En la cocina ya olía a café y el sonido de la cuchara girando dentro de una taza se convertía en la banda sonora de nuestras mañanas. Eva ya estaba vestida con el uniforme de la juguetería, llevaba una coleta alta y estaba preciosa. Me dio una taza de café, un beso en el pelo y se fue a trabajar, no sin antes desearme suerte cruzando los dedos con sus uñas rojas perfectamente pintadas.

Llegué al edificio quince minutos antes, no me gustaba llegar tarde y menos aun a un primer día de trabajo. Allí estaba el conserje, concentrado tras su mostrador ordenando algunas cartas.

—¡Buenos días! —me saludó con su ya característica sonrisa y su mano alzada cuando oyó cerrarse la puerta de cristal que daba paso al edificio.

—Buenos días —sonreí—. Creo que nos vamos a ver muy a menudo por aquí, hoy empiezo mis prácticas en *Vidal Abogados*, ojalá me quede para una larga temporada.

—Con estos tiempos que corren donde conseguir trabajo es tan complicado es motivo de celebración encontrar uno. Me alegro mucho por ti.

Con Jesús tenía esa sensación, que en contadas ocasiones sentimos cuando una persona se cruza en nuestro camino, de que a esa persona debiste conocerla en una vida anterior, me parecía conocerlo de toda la vida. Jesús es de esas personas que te caen bien aun sin haberlo tratado. Tienen ese no se qué, qué sé yo, que mola muy mucho.

Jesús, era un chico bastante guapetón, joven, tendríamos la misma edad. Llevaba el pelo peinado hacia atrás de color castaño y sus ojos estaban enmarcados por unas gafas de pasta de color negro que hacían sus ojos aún más vistosos. Llevaba barbita de varios días.

—Si voy a verte diariamente, déjame presentarme —se levantó y rodeó el mostrador hasta llegar a mí. Era muy alto y fibroso. Me tendió la mano y se señaló el cartelito que llevaba en su polo gris con la otra mano—. Soy Jesús Sánchez, conserje del edificio. Si necesitas saber algo ya sabes a quién acudir.

—Encantada de conocerte, Jesús. Yo soy Tatiana —le estreché la mano—. Voy a subir ya, no quiero llegar tarde mi primer día de trabajo...

—¡¡Suerte!!

El trayecto en ascensor se me hizo eterno. No pude evitar acordarme del encontronazo que había tenido el día anterior con aquel chico tan guapo. Los nervios hacían que me temblasen las piernas. Mis sandalias de tiras con tacón no me daban ninguna estabilidad y tenía que hacer un esfuerzo considerable para mantenerme erguida fingiendo tranquilidad... Estaba segura de que al día siguiente tendría agujetas en los músculos de mis piernas...

Había elegido para mi primer día de trabajo una falda tubo por la rodilla de color gris y una blusa blanca de tirantas metida por dentro de la falda. El pelo lo llevaba recogido en una coleta baja al lado que había rizado con esmero por la mañana con mis tenacillas. Mi labial rojo no faltó, no podía faltar, nunca, era como mi sello de identidad.

Llamé a la puerta de la oficina y me abrió Susana. Estaba muy guapa con su vestido de vuelo verde botella por la rodilla. Aquella mujer era bastante despampanante, desprendía seguridad por los cuatro costados aunque estuviese hecha un manojo de nervios.

—¡Buenos días, Tatiana! —parecía contenta con mi llegada y eso me hizo sentir bien—. El señor Vidal te está esperando en su despacho para explicarte cuál será tu tarea en el día de hoy. Hoy vamos a tener suerte...

—¿Por qué?

—Viene de buen humor... No es algo común en él.

—Me alegro —casi fue un susurro—. Susana, ¿dónde está el despacho del señor Vidal?

—Sígueme.

—Por cierto, ¿dónde podría dejar mis cosas?

Susana me acompañó al que iba a ser mi pequeño despacho. Aún me parecía mentira poder decir aquellas palabras. Aquella pequeña estancia era muy impersonal, todos los muebles eran blancos, las paredes blancas y ni un mísero cuadro o plantita que le diese un toque de color... Un cuadrado vacío, eso sí, con muchísima luz, y eso me encantaba.

Dejé mi bolso en uno de los cajones del escritorio y me dispuse a ir al despacho del Señor Vidal. Susana me había señalado una puerta que estaba al final del pasillo y allá que fui.

Caminar hasta la puerta del despacho del que iba a ser mi jefe se me hizo eterno. Los nervios cada vez eran mayores y mis piernas temblaban más y más cada vez que un nuevo paso me acercaba a la puerta. Desde mi pequeño e impersonal despacho hasta la puerta del despacho del señor Vidal, intenté controlar mis piernas, mis pies y mis sandalias tropecientas veces.

Llegué al despacho y llamé suavemente con los nudillos y temerosa sin saber bien el porqué de aquel temor. Escuché un rotundo y simple “adelante” y entré. Sabía que mis nervios me pasarían factura y ahí estaba, tirada en el suelo como una lagartija, había tropezado con la alfombra. Siempre creí que esas cosas solo pasaban en las películas románticas. Oí a mi jefe levantarse apresurado de su sillón e ir corriendo hacia mí. Solo pude ver sus zapatos y me resultaron conocidos. ¿Dónde los había visto antes?

—¿Estás bien? —aquella voz...

—Sí, debí tropezar con la alfombra —me tenía cogida suavemente del brazo para ayudarme a levantar del suelo. Cuando le vi la cara, me ruboricé inmediatamente.

—¿Tatiana?

—Alejandro —titubeé, no podía ser verdad, ¿de tantos hombres en el mundo tenía que ser él mi jefe?

—Si que eres patosa... Dos de dos —sonrió—. Dos veces que te has cruzado conmigo, dos veces que has tenido un accidente. Por favor, déjalo ya, ya me has sorprendido suficiente —se le torció el labio hacia arriba dejando ver una pequeña sonrisita.

—Toda una suertuda... —dije atusándome la falda.

—¿Estás bien?

Intenté evitar mirarle a la cara, la cara me ardía podía sentirlo, debía tenerla como un tomate, aquellas situaciones vividas con él se estaban convirtiendo en mi propia tumba.

—Sí, estoy acostumbrada a ir así por la vida. Ser patosa es mi sello de autenticidad... —



sonrió y pasó la mano por su tupé perfecto.

—Toma asiento —asentí, me senté en el sillón mullido que me ofreció caballerosamente y fijé la vista en un puzle enmarcado que tenía detrás de él.

—¿Te gusta?

—¿Cómo dices?

—El puzle, que si te gusta.

—Ah, sí, claro... Es muy bonito. ¿Lo has hecho tú?

—Sí, me relaja mucho... —sonrió—. He de decir que estoy gratamente sorprendido de que seas mi nueva secretaria...

—En pruebas —puntalicé.

—En principio sí —mostró sus dientes perfectos tras su leve sonrisa, se desabrochó el botón de su chaqueta negra y se sentó en el sillón que presidía su escritorio—, pero estoy seguro de que te veré durante mucho tiempo...

—Yo haré todo lo posible porque así sea. Soy una chica que aprende rápido y tengo muchas ganas de trabajar.

—Así me gusta.

Giraba sobre sus dedos corazón y pulgar una pluma estilográfica y aquel simple movimiento me estaba poniendo cachonda. No sé qué tenía Alejandro pero despertaba en mí una parte que tenía escondida, tan escondida que no recordaba haberla mostrado antes.

—Supongo que ya Susana te habrá explicado en qué consistirá tu trabajo —asentí con los ojos fijos en los movimientos que sus labios hacían al hablar—. Bueno, señorita Santana, solo me queda decirte que eres bienvenida al equipo.

—No va a arrepentirse.

—Que ahora sea tu jefe no significa que tengas que hablarme de usted —me guiñó el ojo.

—Lo tendré en cuenta —dije nerviosa.

Me puse en pie y supe que sus ojos estaban recorriéndome por completo, me sentía analizada, y no me sentí cohibida, todo lo contrario. Me gustaba la forma que tenía de mirarme.

Tenía empuñado el pomo de la puerta y me disponía a salir cuando carraspeó y dijo:

—Tatiana, marcando el número 1 en el teléfono de tu despacho pasas directamente a hablar conmigo —asentí cerrando tras de mí la puerta del portento de *mi jefe*.

Susana estaba haciendo unas fotocopias en la máquina de la entrada con una taza de café en la mano. Tenía una sonrisilla dibujada en la cara con unos labios perfectamente pintados de fucsia. Fue la primera vez que noté algo raro en su forma de sonreírme, parecía fingir y me sentí un poco extraña...

—¿Qué tal te fue? —me susurró.

—Hice una entrada triunfal, de esas que dejan huella para toda una vida... —me cubrí la cara con las manos.

—¿Qué te ha pasado?

—Tropecé con la alfombra al entrar, imagínate la escena... Qué vergüenza...

—Estoy segura de que Vidal te habrá hecho sentir a gusto, él es muy caballeroso...

—La verdad que no puedo quejarme —sonreí.

—¿Te apetece un café? —me señaló una puerta con un cartel dorado en el que podía leerse claramente la palabra “RESERVADO” en negro—. Esa es nuestra sala de descanso. Yo suelo desayunar ahí todas las mañanas. Si quieres tomar algo durante la mañana, puedes entrar. Vidal y yo vamos comprando cositas y las traemos casi semanalmente. Hay una gran variedad de cosas

calóricas.

—Vale, muchas gracias, pero mejor otro día... Hoy los nervios no me dejarían disfrutar —le guiñé el ojo—. Me voy a mi despacho.

—Por cierto, por si Vidal no te lo ha comentado, puedes decorarlo a tu gusto.

—¡Genial!

Me encantó la idea. Estaba ilusionada con todo lo que estaba viviendo, al fin un poco de oxígeno para mis pulmones. Poniendo aquel pequeño espacio impersonal a mi gusto me sentiría más a gusto aun, tenía que hacer de aquella habitación mi segunda casa. Cuanto antes, mejor.

Mi jornada laboral pasó volando. Le concerté un par de citas a Alejandro, había archivado papeles con Susana, intentando memorizar cada dato que me daba, y no había dejado de pensar en Pablo, en la reunión que tendríamos por la tarde. Llevaba nerviosa toda la mañana, primero por mi nuevo puesto de trabajo, segundo por Pablo y tercero por Alejandro, me despertaba *cosas*... No sabría explicar qué sentía cuando le tenía cerca, me ponía nerviosa como si fuera una quinceañera, me hacía quedarme embobada mirando el mechón de pelo que caía sobre su frente. No había vuelto a verlo ni oírlo en toda la mañana, creo que gracias a eso logré concentrarme un poco en mi trabajo... Cuando él estaba cerca, concentrarme no era tarea fácil.

Llamaron a mi despachito impersonal y abrió sin esperar a darle permiso. Allí estaba, apoyado en el marco de la puerta con su traje de chaqueta negro que parecía estar hecho a medida. Tenía una corbata roja con unas rayas negras y una camisa blanca.

—Señorita Santana —en su tono de voz noté juego y como si de algún tipo de magia se tratara, se me erizó el vello de la nuca—, creo que ya es hora de que regrese a casa... Seguro tiene a alguien esperándola.

—Estaba ordenando unas carpetas y no me di cuenta de la hora —me puse de pie y ordené mi escritorio nerviosa.

—Una chica muy aplicada...

—Ya se lo dije, Vidal —dejé escapar una sonrisa burlona, me di un codazo mentalmente por coquetear con mi jefe.

—¿La espera alguien?

—¿Estaba ligando conmigo? Tatiana, no seas creída, me reproché mentalmente. Piernas no desfallezcáis, mantenerme en pie por favor, dejadme algo de dignidad ante este Adonis...

—Se podría decir que no.

—Si es así podría aceptar una invitación a almorzar, o a cenar...

—Hoy no puedo, quizás otro día —su corbata, mi labial y mis mejillas, rojo, todo rojo.

—Seguro —me guiñó un ojo.

Me dispuse a salir tras coger mi bolso del cajón del escritorio y pasé por delante de él. Qué bien olía, olía a algún tipo de gel fijador que debía utilizar para mantener su flequillo a raya y a su perfume.

—Como lleva mi agenda, cíteme con Tatiana Santana el día que ella le comunique —sonreí—. Mientras tanto, sabré esperar. Cuando tenga concertada mi cita, avíseme. Es un asunto urgente, no lo demore —su ya característica sonrisa de medio lado salió a relucir.

—No sé yo si es lo correcto, señor Vidal, ya sabe lo que dicen, no se debe mezclar el trabajo con el ocio...

—Bueno, no quede con el señor Vidal —fruncí el entrecejo e intenté no parecer muy pensativa —, podría hacerlo con Alejandro, sé de buena tinta que es bastante más majo... —me guiñó el ojo y me abrió la puerta.

Salí coqueta meneando mis caderas a la vez que rezaba por no darme un trompazo contra el suelo.

—Hasta mañana, señor Vidal.

—Estás fuera de *Vidal Abogados* —señaló el suelo del pasillo donde me encontraba, fuera ya del bufete.

—Entonces, hasta mañana, Alejandro —sonreí.

—Hasta mañana, Tatiana.

Fui hacia el ascensor notando sus ojos clavados en mi nuca, o en mi culo, no sabría decirlo con seguridad.

—Tatiana —me llamó y me giré—, desde hoy mismo me declaro fan de esa falda.

Duda resuelta. Directamente a mi culo.

No dije nada, sonreí haciéndome la interesante, queriendo dejar entrever que yo estaba acostumbradísima a fascinar a todo Adonis que me cruzaba por la vida.

Cuando llegué a la planta baja, me dirigí a la gran cristalera que era la puerta principal del edificio. Cuando pasé por el mostrador donde Jesús estaba liado con sus cosas y me vio pasar, me despidió con su ya saludo enérgico de mano.

Me caía bien ese chico...

La vuelta a casa en taxi la pasé pensando en Alejandro, aunque de vez en cuando, Pablo y nuestra reunión interrumpía mis pensamientos. Deseaba que terminase ya el día, dejar por fin el “tema Pablo” zanjado y volver a ver a mi jefe o a Alejandro, lo mismo me daba, me gustaban ambos.

## Capítulo 6

### PUNTO Y APARTE

Llegué al portal del que había sido mi hogar durante seis meses y parecía que acababa de conocer aquel sitio. Me sentía fuera de lugar. Suelen decir que cuando la mente sufre mucho por alguna situación vivida, el cerebro resetea y a veces tenemos pequeñas lagunas, vagos recuerdos, eso debió pasarme en aquel momento porque pocos eran los pensamientos que me aferraban ya a aquel lugar.

Subí a la segunda planta sintiéndome una imbécil por temblar como lo hacía. Me hubiese encantado llegar a aquel piso segura, pasota e indiferente a todo lo pasado, o al menos fingir que lo había superado, pero no podía actuar así. Llamé a la puerta de la que fue mi casa y allí estaba Pablo. Llevaba un vaquero claro desgastado y una camiseta negra de cuello en pico donde podía apreciarse el comienzo de su pectoral, estaba descalzo, como a él le gustaba estar siempre por casa, y algo despeinado pero de igual modo estaba guapísimo. Pablo siempre estaba guapo, recién levantado, resfriado con la nariz colorada de sonársela cada dos por tres, sudado de estar cargando y descargando *pallets* en la juguetería... Para él no suponía nada, tenía esa dulzura en la cara que le aportaba juventud e inocencia.

Al verle, sentí pena. Ese sentimiento prevaleció sobre cualquier otro. No pude evitarlo. Demasiados recuerdos removidos, demasiado reciente todo.

—Hola Tati, pasa por favor —su voz estaba apagada. Él también tenía ese sentimiento de pena que a mí me despertaba aquella situación, lo podía ver en sus ojos.

—Hola, ¿cómo estás? —entré y me acerqué para que pudiésemos darnos un par de besos en las mejillas.

Respiré de nuevo el perfume que tantas veces había conseguido enloquecerme, pero esta vez no sentí lo mismo... Su perfume ya no estaba grabado a fuego en mí, al menos ya no en la parte donde se almacenaban mis olores favoritos del mundo, pasó a ser un olor más y me di cuenta de que desde aquel mismo instante ya nada, jamás, volvería a ser igual entre nosotros...

—Creo que esa pregunta tendría que hacértela yo a ti.

—Supongo que el tiempo todo lo curará... Ahora mismo estoy desubicada.

—Yo me siento igual. El piso me viene grande, no estoy a gusto aquí. Si tú no estás parece que no es mi casa, me siento como si viviese en casa de otra persona solo que con miles de recuerdos que me atrapan en cada estancia. En el trabajo tampoco estoy al cien por cien y temo que me pase factura. Me siento como tú, desubicado, esa es la palabra exacta para definir lo que siento... Me gustaría que volvieras Tati —noté un pinchazo fuerte en el pecho.

—¿Volver?

—Creo que si nos damos otra oportunidad...

—Sabes que... —no me dejó terminar lo que quería decirle.

—Sé que es difícil, pero no imposible. Dame otra oportunidad.

Me senté en el sofá con las manos en la cara, no quería llorar pero llevaba mucha carga emocional encima de mis hombros desde que dos semanas atrás saliese por aquella puerta, aun así aguanté, ya me derrumbaría más tarde. No había ido hasta allí para llorar.

—No, Pablo.

—Puedo cambiar.

—¿Cambiar? Las personas no cambian —se había arrodillado frente a mí y se me vino a la cabeza aquel día que lo descubrí con Víctor, sentí ardor en la garganta—. Te pregunté qué sentías por Víctor y no supiste decírmelo, si únicamente hubiese sido sexo, no hubieras tenido problema alguno en decirme que no había nada más. No quiero alargar esto Pablo, voy a llevarme mis cosas. En un futuro podremos ser amigos, estoy segura de que podremos serlo, ahora mismo necesito tiempo.

—Tiempo... —suspiró.

—Sí, tiempo sin verte, sin oírte —tragué saliva—, sin olerte. Desconectarme de ti, de todo lo que un día nos mantuvo unidos, desconectar de todo lo que tenga que ver con lo que fuimos.

Las lágrimas le corrían por la cara, se levantó y se fue para la cocina. Yo sentí ganas de abrazarlo pero no lo hice, fui hasta el que había sido mi dormitorio y empecé a meter ropa en bolsas de basura a lo loco, quería terminar ya con aquella agonía. Quería empezar a darme el tiempo que mi mente necesitaba para sanar y quería huir de los ojos de Pablo, aquella tristeza que contenían me dolía más de lo que creía que podía llegar a dolerme. Demasiados años amándonos, demasiados momentos bonitos, demasiado cariño para querer borrarlo de un día para otro.

Iba en taxi camino al piso que compartía con Eva, en el maletero llevaba cuatro bolsas que contenían recuerdos de una vida, ahora sí sentía que me había ido de verdad. Las lágrimas empezaron a brotarme sin parar de los ojos. Noté la mirada del taxista a través del espejo retrovisor, una vez más estaba dando la nota, últimamente no dejaba de ser el centro de atención allí donde iba.

—Señorita, permítame meterme donde no me llaman pero la veo llorar de esa forma y me parte el alma —levanté la mirada y me sequé los ojos con un papel empapado de mis lágrimas y hecho girones—. Tengo una hija de su edad —me pasó un pañuelo de tela que olía a ropa limpia.

—Gracias.

—No tiene que dárme las. Puede quedárselo.

Nos mantuvimos callados unos minutos hasta que me vi con fuerzas de hablar sin que mis sollozos me interrumpieran.

—Si su hija, de un día para otro, le dijese que el amor de su vida la dejó por otra persona, ¿qué le diría?

—Le diría que si alguien no supo mantenerla a su lado y pudo cambiarla por otra persona, no merece sus lágrimas. Las rupturas se superan, lo que hoy te parece un océano mañana será un lago y pasado un charco. Los momentos malos se olvidan, los bonitos perduran a no ser que nos empeñemos en que pase lo contrario. Dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo, y yo ya soy bastante viejo, sé de lo que hablo —sonrió—. Hágame caso, bonita. El tiempo todo lo pone en su lugar.

—Sí, lleva razón. El tiempo todo lo curará —solo pude decir eso.

—No le quepa la menor duda.

El tiempo sería mi aliado, todo lo curaría, estaba segura de que así sería. Solo quedaba dejar que pasase y no era algo sencillo. Pablo y su infidelidad se resistía a abandonar mi mente. Estaba aferrado aquel puto recuerdo a mí.

—¡Flipo pepinillos con Pablito! —le había contado a Eva la reunión con Pablo mientras cenábamos sentadas en el suelo apoyadas sobre la mesa baja del centro—. No entiendo cómo aún se atreve a pedirte que vuelvas con él... Definitivamente ha perdido el juicio...

Era algo tan ilógico que la reacción de Eva era obvia.

—Estaba muy afectado, nunca le había visto así, Eva...

—Afectado por tres razones.

—Me sorprende que sepas más de él que yo...

—Tati, es lógico —se limpió la boca con la servilleta y se preparó para soltar su discurso, según ella, con todas las claves—. Está afectado, primero, porque sabe que la ha cagado y esto deja tocada cualquier mente de alguien con un poco de empatía al prójimo, segundo, porque tiene un problemón enorme, contar en su casa que ya no está contigo y que es gay, con esos padres anticuados que tiene, cualquiera estaría cagado... y tercero, y no menos importante, porque como la jefa se entere de que tiene un lío con Víctor van los dos a la puta calle, te lo digo yo que conozco perfectamente a la homofóbica de la gran jefa...

—No sé, me da miedo de que haga alguna estupidez...

—No le veo capaz de hacer algo como lo que estás pensando.

Me quedé en silencio, por primera vez, al pensar en Pablo, sentí miedo.

—No pienses más en Pablo —pinchó de su ensalada y se metió en la boca más lechuga de la que podía caberle. Siguió hablándome con la boca llena—, va a estar bien. Cuéntame qué tal tu primer día, petarda.

—Quitando una entrada triunfal *made in Tatiana*, genial. Entré como una lagartija en el despacho de mi jefe— los ojos de Eva se abrieron expectantes animándome a seguir con mi historia—. Tropecé con la alfombra...

—Jooooder, Tati... En tu línea... ¡No esperaba menos de ti!—se reía a carcajadas dejando ver la ensalada de su boca. Le di un codazo.

—Pues espera porque ahora viene lo mejor...

—¿Hay algo que pueda superar esto?

—¿Te acuerdas de Alejandro?

—¿El de la mirada enigmática? —me reí.

—Sí, ese.

—¡Volviste a encontrártelo!

—Y tanto que me lo volví a encontrar...

—¡Qué suerte!

—¡Es mi jefe! —la boca de Eva era una O enorme y los ojos se le quedaron paralizados, abiertos al máximo—. Y tuvo que recogerme del suelo... ¿Me queda algo de dignidad ante él?

—Sí, aún no te ha visto la bragafaja que llevas a la oficina. Te doy un consejo, deja de usarla —me guiñó un ojo—. Nunca se sabe cuándo podría saltar la liebre...

—Estás fatal...

**Nota mental:** no volver a ponerme la bragafaja.

El olor a café me llegó a la nariz antes de que me sonase el despertador. Prefería despertar así porque el sonido infernal del despertador me pone desquiciada.

Eva estaba sentada en la mesa de la cocina con su taza en la mano, la noté pensativa, metida en su interior. Tras darnos los buenos días, me serví mi café y me senté frente a ella.

—¿En qué o quién piensas?

—Anoche recibí un mensaje de Óscar. Había peleado con su mujer y quería verme... Pensé en

no ir, lo intenté, por un instante hasta ignoré su mensaje. Pero volví a ser la estúpida de siempre, el segundo plato. Volví.

—Tranquila —le cogí la mano y se la apreté fuerte.

—Soy idiota, Tati. Siempre vuelvo, joder. Me gustaría valorarme pero no sé qué me pasa con Óscar, es mi tendón de Aquiles, mi maldita debilidad... —las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos. Me dolía tanto verla llorar.

—Eva, estás enamorada —le retiré un mechón de pelo rojizo de la cara—. No quieres reconocerlo porque es difícil tu situación, sabes que no dejará a su mujer por ti, lo hemos hablado muchas veces. Tú lo sabes.

—Joder, soy idiota. Siempre he querido fingir que no necesitaba más de lo que me da. Quería demostrar que era feliz con lo poco que tenía de él pero solo me he estado engañando a mí misma...

—A mí nunca conseguiste engañarme, te conozco amiga. No quiero que sufras por él, sé que donde hubo fuego cenizas quedan, como dice el refrán, pero tienes que darte tu sitio. Si no te empiezas a valorar tú misma no puedes pedir que te valore él —rodeé la pequeña mesita donde estábamos desayunando y le di un abrazo por detrás.

—Tengo que hacerlo.

—Vales millones —le di un beso en el pelo—. Me voy a la ducha.

—Gracias por estar siempre a mi lado.

—Esa frase es mía y lo sabes —le saqué la lengua—, no olvides jamás cuantísimo te quiero, Evita.

—Y tú no olvides dejar la faja en casa —sonrió y me sentí feliz con ese gesto—, lo mucho que te quiero ya lo sabes tú.

—Loca del coño...

Mi loca del coño favorita del mundo.

Entré en mi pequeño despacho con una caja de cartón que había preparado la noche anterior antes de irme a la cama. Había metido un marco con una foto de Eva y mía en la playa, estábamos sonriendo con los pulgares hacia arriba, me encantaba aquella foto, teníamos varios años menos pero cualquiera lo diría... También metí una pequeña plantita con un par de flores amarillas para darle un toque de color a mi impersonal cuadrado. Cuando el día anterior iba camino a mi cita con Pablo, paré en una tienda de complementos para el hogar y compré una alfombra bastante mullida de color chocolate (un color mucho más “agradecido” que el que había elegido mi compañera) y también la había traído en mi caja. Estaba colocándola, cuadrándola al milímetro, cuando llamaron a mi puerta. Volvió a pasar antes de que yo contestase, aquello ya estaba pasando a ser una costumbre pero quién era yo para decirle cómo actuar en aquel lugar.

—Buenos días, Tatiana. Veo que estás haciendo tuyo este espacio— se paseó por el pequeño cuadrado que era mi despachito haciéndoseme imposible no mirarle el culo que le marcaba aquel pantalón de traje—. Me gusta que así sea, significa que piensas quedarte mucho tiempo.

—Bueno, eso no depende solo de mí— vacilé.

—Si todo sigue como hasta ahora estoy seguro de que te veré mucho por aquí —sonrió coqueto—. Y ojalá que fuera de aquí también —me guiñó el ojo y me ruboricé al instante aunque intenté controlarlo—. Quería darte esto.

Me tendió una bolsa de regalo de color rojo brillante. Sus ojos brillaban más incluso que la propia bolsa. Estaba ilusionado de ver su regalo entre mis manos temblorosas. Alejandro estaba guapísimo, no era algo para destacar concretamente de aquel día, estaba guapo siempre. Llevaba

un traje gris marengo que parecía estar hecho para él, una camisa blanca y una corbata de rayas en tonos grises que completaba aquel look.

**Nota mental:** preguntarle si tiene modista propia.

**Nota mental 2:** en caso afirmativo, averiguar nivel de belleza de la susodicha.

—¿Para mí? —pregunté extrañada y asintió con una leve sonrisa dibujada en sus labios.

Abrí la bolsa y dentro vi una caja envuelta en papel de regalo negro. La abrí temblando más aún, no esperaba encontrarme con aquello nada más llegar a la oficina y él, manteniendo la sonrisilla, parecía disfrutar con lo que a mí me tenía completamente atacada.

—¡No puedo aceptar esto! —dije sosteniendo la caja de un teléfono móvil, de una gama mucho superior al que había muerto en el encontronazo, con mi mano derecha.

—Estoy en la obligación de compensarte por haberte roto el tuyo. Si no te sientes cómoda aceptándolo como regalo, tómalo como material de empresa.

—De verdad, no puedo aceptarlo Alejandro, no fue culpa tuya, creo que ya te he dejado bastante claro lo patosa que soy...

—No acepto un no como respuesta. Jamás.

—Alejandro...

—Disfrútalo —me guiñó el ojo y mantuvo aquella sonrisa de medio lado que se estaba convirtiendo en mi curva favorita del mundo—. Ya memoricé mi número en la agenda. Sigo esperando la cita.

—Demasiado insistente, Vidal.

No pude decir nada más. Salió de mi despacho dejándolo impregnado de su olor. Me encantaba como olía. Guardé su olor en mi cerebro la primera vez que le olí al chocar con su pecho al salir del ascensor, y ya se había quedado memorizado para siempre en mí.

Estaba terminando de recoger para irme cuando Susana entró en mi despacho. Ella sí pidió permiso antes de entrar. No tenía la sonrisa tan exagerada que había podido verle cada vez que habíamos estado juntas pero no le di mucha importancia a ese detalle, en el bufete había sido un día ajetreado y se lo achaqué a eso. Demasiado trabajo...

—Tatiana, ¿te apetece que vayamos a comer juntas? Así podríamos conocernos un poco más, creo que vamos a ser compañeras un largo tiempo —esto último juraría que lo dijo con recelo.

—Sí, claro. ¿Fuera o en la oficina?

—Fuera. Necesito desconectar de este ambiente...

—Genial. Terminó de recoger y nos vamos.

Fuimos a un restaurante italiano de esos donde hasta el camarero tiene acentillo. Estaba situado en la esquina de la calle donde mismo lo estaba el edificio donde trabajábamos. Susana iba espectacular con un vestido rosa fucsia entallado por la rodilla, su melena rubia brillante iba recogida en una coleta alta dejando escapar algunos mechones. Yo había elegido aquella mañana un pantalón pitillo negro de talle alto con un lazo que hacía de cinturón y una camiseta ajustada roja que llevaba metida por dentro del pantalón. La noche y el día. Nada teníamos en común. Creía.

Tras pedirle al camarero lo que habíamos decidido almorzar, nos volvimos a quedar calladas como cuando habíamos llegado. Susana me evitaba y me llegué a sentir algo incómoda, no entendía por qué me había invitado a acompañarla si no pensaba ni tan siquiera mirarme.

Pedimos lo mismo, tallarines a la carbonara y pan de ajo. Nos lo sirvieron bastante rápido, agradecí que así fuese porque aquel silencio que se hacía durante la espera entre las dos me estaba descolocando demasiado.



—Suelo venir aquí porque el servicio es rápido y la comida está muy buena —pinchó de su plato y rompió el incómodo silencio que se había creado entre ambas desde que llegamos—, no tengo mucho margen de horario para almorzar.

—Te entiendo. En mi anterior trabajo también estaba así, disponía de un par de horillas para comer —me metí el tenedor con los tallarines en la boca. Tenía razón, estaban muy buenos.

—¿Estás casada?

Me quedé un poco descolocada ante su pregunta porque no me esperaba una pregunta tan personal después de que ni tan siquiera nos habíamos mirado hasta que ella rompió el hielo... Aun así, respondí.

—No. Tenía pareja hasta hace unas semanas pero lo dejamos porque ya no nos entendíamos... —no podía contarle el verdadero motivo de mi ruptura—. ¿Y tú?

—Sí, yo llevo casada unos años —hizo un mohín con la boca dando a entender cierto cansancio por la relación.

—¿No estáis bien? —justo después de soltar la pregunta me arrepentí, qué demonios me importaba a mí.

—No es nuestro mejor momento. Reconozco que yo me he ido desilusionando con la relación... A veces, la monotonía es una losa —dio un trago largo a su vino—. Quería preguntarte algo.

—Sí, claro.

—¿Conocías a Vidal de antes?

—No. El día de la entrevista que tuve contigo, al marcharme, tuve un encontronazo en el ascensor con él. Ahí nos presentamos pero no supe quién era hasta que ayer no entré en su despacho.

—Esta mañana lo vi salir de su despacho hacia el tuyo con una bolsa de regalo —la mirada de Susana se estaba haciendo más dura.

—Sí... Sinceramente, no me lo esperaba... Era un teléfono móvil... —los ojos de Susana se abrieron como platos y dejó el tenedor que se estaba llevando a la boca apoyado en el filo del plato.

—¿Te ha regalado un teléfono móvil?

—El mío se rompió en el encontronazo del ascensor, debe sentirse culpable aunque ya le aclaré que no tenía que sentirse así...

—Tatiana, yo conozco perfectamente a Vidal. No entres en su juego. Hazme caso. Sé de lo que hablo —me quedé un poco pensativa.

—Bueno, yo solo estoy realizando mi trabajo, tampoco conozco nada de él.

—Le gusta jugar con las mujeres, usarlas —se quedó callada unos segundos, tragó saliva—. Usarnos...

—¿Tú y Vidal...?

—Bueno... Podría decirse que soy su *juguetito de emergencia*, el que siempre está ahí —casi me ahogo con el trago de vino que tenía en la boca—. Vidal sabe muy bien cómo engatusar a las mujeres y lo jodido es cuando empiezas a sentir y sabes que no te dará nada a cambio...

—¿Estás enamorada de él?

Se quedó callada, tragué saliva y me di un codazo mentalmente por indiscreta...

—Discúlpame Susana, no debí preguntarte algo así...

—No te preocupes —suspiró—, no pasa nada, puedo responder a eso sin ningún problema aunque dar respuesta no sea algo sencillo, lo único que tengo claro es que estoy enganchada a él... Da vidilla a mi aburrida vida marital... Sé que no suena muy bien pero es real.

No quise aportar nada más a la conversación, tampoco sentía necesidad de saber nada de lo que pudiese tener con Alejandro, me sentía un poco incómoda incluso sabiendo que Susana le era infiel a su marido. Yo y mi puta manía de empatizar con todo el que creo que puede estar pasándolo mal, incluso sin conocerlo...

Llegué a casa deseando meterme en la ducha para despejarme de lo que Susana me había contado durante el almuerzo. No podía decir que me sorprendiera porque los dos eran espectaculares y compartían muchas horas de trabajo codo con codo, era normal que saltase la chispa, era normal que se sintiesen atraídos el uno por el otro, pero me descuadró un poco. Yo sabía que Alejandro tonteaba conmigo como si nada le atase, me resultaba un poco violento que dentro de un sitio tan reducido como era la oficina, se atreviese a estar tonteando con las dos únicas mujeres que trabajábamos en él y para él. He de decir que sentí un poco de decepción también. En mi estupidez interior, llegué a pensar que Alejandro y yo habíamos conectado de una forma algo especial. Era evidente, por cómo tonteaba conmigo, que yo le gustaba. Lo notaba en la forma de hablar conmigo como anteriormente he escrito, pero sobre todo podía notarlo en su mirada. Notaba que me miraba con deseo, podría ser que igual que yo a él. La atracción física hacia su persona era muy fácil, Alejandro Vidal era físicamente perfecto.

Desde que le conocí, una pregunta me había rondado la mente más veces de las necesarias, ¿cómo sería el señor Vidal sin traje? Si pensaba en él no podía evitar que pensamientos sucios se paseasen por mi mente, y estaba segura de que aquello que a mí me despertaba, también lo despertaría en muchas otras. Tenía algo que dejaba huella aun sin haberlo probado, sin haberlo tenido.

Había algo que empezaba a preocuparme, empezaba a querer ver más allá de solo su físico. Conocer cómo era él.

Problemón a la vista...

Alejandro despertaba mi lado oscuro, y por lo que Susana me había dicho, prácticamente a cuentagotas, a ella la tenía hechizada, hipnotizada o idiotizada, no sabría cómo llamarlo exactamente. Tenía que ser un poco más dura, yo no podía pillarme por un picaflor como Alejandro. Ya no tenía quince años para andar poniéndome nerviosa con una cara bonita... Tampoco era el momento, ¿verdad?

—No me lo puedo creer, Tati —Eva giraba sobre sus manos el móvil que Alejandro me había regalado—. ¿Qué le das a los tíos? Con lo borde que eres... no lo entiendo...

—Qué idiota eres.

—Tú solita me das la razón con la forma de dirigirte a mi persona.

—Me reafirmo, eres idiota —puse los ojos en blanco.

—Y yo me reafirmo, qué borde eres...

Me sacó la lengua y me devolvió mi teléfono móvil. Nos quedamos unos segundos calladas que no era común en nosotras.

—¿Qué? —le dije sabiendo, por cómo me miraba, que quería decirme algo.

—Sobre lo que me has contado de Susana.

—¿Qué?

—Pienso que lo que intenta es mantenerte alejada de él.

—No soy competencia, Eva... Si la vieras, lo entenderías...

—No existe mujer en la tierra que pueda pensar que no eres competencia. Solo hay que verte, Tati.

—Tú me quieres, no eres objetiva —me burlé.

—Que te quiero es más que evidente sino no estaría a tu lado aguantándote... —puse los ojos en blanco y ella sonrió de la forma que solo ella podía hacerlo.

—Voy a buscar trabajo de nuevo. Me da en la punta de la nariz —me di un leve toque con el dedo índice en la punta de la nariz—, que las cosas entre Susana y yo se van a torcer si sigo ahí mucho tiempo...

—Lio de faldas lo llaman.

—Eso mismo, amiga.

## Capítulo 7

### PROPUESTA INDECENTE

Ya era viernes. El día anterior en la oficina fue tranquilo. No vi a Alejandro en toda la mañana y con Susana todo estaba como antes de que hablásemos de lo que tenían entre ellos. Solo yo parecía seguir tocada, admiraba la forma tan rápida que otras personas tenían para dar carpetazo a los temas...

Había elegido para ir a trabajar un vestido de tubo negro con un escote en V y mis sandalias de tiras negras. Como cada día, mi labial rojo que me aportaba seguridad era protagonista en mi boca.

Entré a la oficina y escuché gritos en el despacho de Alejandro. Estaba alterado, aunque no podía oír con claridad por qué discutía como lo hacía. Escuché también una voz de mujer que le respondía con un tono de voz más fiero aun que el de él. Era la voz de Susana. Fui rápido a mi despacho y vi en la pantalla de mi ordenador una nota pegada con una caligrafía perfecta:

*Señorita Santana, revise el contestador por si Tatiana me dio cita mientras usted estaba fuera ;)*

*Alejandro Vidal*

Me hizo sonreír aquella breve nota. Me gustaba su insistencia, me hacía sentir especial, aunque no lograba verlo del mismo modo desde que Susana me dijo cómo era con las mujeres.

Necesitaba salir de allí, aquellos gritos me hicieron reafirmarme en la decisión de cambiar de trabajo. Aquello que se cocía en aquella olla a presión llamada *Vidal Abogados* estaba a punto de empezar a hacer girar la válvula, demasiada presión que tendría que salir por algún sitio más pronto que tarde. No estaba dispuesta a salpicarme con algo que no me correspondía.

Estaba revisando la firma de Alejandro en unos papeles que él debía entregar en el juzgado aquella misma mañana cuando, por fin, dejé de oír los gritos de Alejandro y Susana, seguidamente oí un portazo. El taconeo que se escuchaba por el pasillo era rápido y con fuerza, escuché unos sollozos que pasaron de largo por mi puerta hasta llegar al despacho colindante, el despacho de Susana. Sentí ganas de ir a ver si podía ayudarla en algo, no tenía mucha confianza con ella pero me daba apuro escucharla llorar, ¡jodida empatía, salte de mi cuerpo!

Sonó el teléfono de mi despacho justo antes de ponerme en pie para ir a consolarla.

—Buenos días. Tatiana Santana, secretaria del señor Vidal. ¿En qué puedo ayudarle? —aquel saludo ya formaba parte de mí.

—Tatiana, necesito que pases a mi despacho —la voz de Alejandro era seria y seca. Tragué saliva.

—Sí, claro —colgué, me atusé el vestido y me dirigí a su despacho.

Aún se escuchaban los sollozos de Susana en su despacho y me sentí triste por ella. ¿Qué

cojones estaba pasando entre ellos?

La puerta del despacho de Alejandro estaba entreabierta, toqué levemente con los nudillos, un poco temerosa de encontrarme mal a mi jefe y de llevarme alguna regañina colateral.

—Pasa, Tatiana —se levantó y se abrochó la chaqueta.

Su tono de voz me calmó, estaba tranquilo. Llevaba un traje negro con una camisa blanca con un par de botones desabrochados. Se pasó los dedos por su pelo negro y me invitó a sentarme con la otra mano.

—Tatiana, toma asiento, por favor —hice lo que me dijo—. Tengo que llevar los papeles que te dejé al juzgado, ¿revisaste que todo estuviera firmado?

—Sí —se sentó desabrochando de nuevo su chaqueta.

—Perfecto. Coge tus cosas y el sobre con todos los papeles. Necesito que vengas conmigo —sentí una bola en la garganta—, quiero que sepas dónde tendrías que llevar los papeles en caso de que yo no pudiera ir.

—Vale —me levanté de la silla—. Lo tendré todo listo en un momento. Dame unos minutos.

—Tantos cuantos necesites.

Sonreí.

Me dirigí a la puerta y me fui a mi despacho. Por suerte había ensobrado ya los papeles que me había pedido y solo tuve que coger el sobre y mi bolso. Salí y estaba esperándome sentado en el sofá blanco del recibidor de la oficina con la cabeza entre las manos, estaba pensativo, la discusión con Susana le había dejado tocado.

—Ya estoy lista —dije bajito.

—Vamos —se levantó y me apoyó la mano en el bajo de la espalda haciéndome pasar a mí primero, sentí un escalofrío. El calor de su mano hizo que se me erizase el cuerpo.

Subimos al ascensor y, cuando se cerraron las puertas, empecé a sentirme nerviosa. Tenía la mirada en mis sandalias pero notaba sus ojos fijos en mí. Podía notarlos sin necesidad de verlos.

—¿Te pasa algo, Tatiana?

—No, solo estoy pensando... —levanté la mirada y ahí estaban sus ojos grises mirándome fijamente.

—¿Puedo saber en qué? —dejó escapar su sonrisa de medio lado, qué guapo era.

—Me extraña que me hayas pedido a mí que te acompañe cuando yo solo iba a ser tu secretaria... Hasta donde alcanza mi conocimiento, Susana es la que se encarga de tu papeleo en el juzgado...

—Quizás Susana tenga los días contados en el bufete.

Quise contener mi cara de sorpresa. Seguro que la discusión que tuvieron a primera hora tenía mucho que ver en aquella decisión tomada, en caliente, por Alejandro. Me quedé sin palabras. Yo llevaba cuatro días trabajando para él, no debía inmiscuirme.

—Dejemos de hablar de ella, Tatiana —asentí.

Fuimos al aparcamiento subterráneo que tenía el edificio para que Alejandro cogiese su coche. Estaba muy nerviosa solo de saber que íbamos a estar en un espacio tan pequeño juntos, solos. Algo que me ponía muy nerviosa también era saber que iba a estar en aquel espacio con Alejandro donde yo no podría tener nada de control, y sabiendo el currículum sentimental del hombre en sí. Solo esperaba que la situación no se descontrolase, ¿o realmente quería todo lo contrario?

Accionó un mando y se encendieron las luces de un BMW X6 negro. No esperaba menos del señor Vidal... Me abrió la puerta y me ayudó a subir, seguidamente la cerró y rodeó por delante el coche hasta llegar a su puerta. Encima de guapo, caballeroso... Antes de entrar en el coche, se

quitó la chaqueta. Nunca le había visto sin chaqueta, reconozco que mi mente sí que lo había imaginado, y la realidad superó lo que en mi mente yo había creado. Aquel cuerpo que se apreciaba con la camisa era espectacular. La camisa se ceñía a su musculoso cuerpo, con la chaqueta intuía que estaba musculado pero menos de lo que en aquel momento estaba viendo. Tenía unos hombros anchos y unos brazos torneados y fuertes. Casi me quedo bizca. Se montó en el coche y cuando lo vi agarrarse al volante, casi tengo un orgasmo allí mismo...

—¿Puedes sostenerme la chaqueta sobre tus piernas? No quiero que se arrugue —asentí cogiéndola y poniéndola cuidadosamente sobre mi regazo—. Me encantaría ser chaqueta en estos momentos —volvió a sonreír con su ya famosa sonrisita de medio lado y yo me ruboricé al segundo—. Y me encanta verte ruborizada...

—Ya que te estás tomando estas confianzas para hablarme, ¿te puedo hacer una pregunta personal?

—El tema se pone calentito —bromeó, me guiñó el ojo y asintió—. Que no sea muy íntima, no quiero asustarte tan pronto.

—Pocas cosas podrían asustarme a estas alturas de la vida— respondí con chulería aun no creyéndomelo ni yo misma.

—Venga, adelante, dispara. Luego voy a plantearte algo que tengo en mente desde el primer día que me crucé contigo.

Tragué saliva nerviosa.

—¿Qué pasó esta mañana entre Susana y tú? —apartó la mirada un momento de la carretera para mirarme a los ojos.

—Es un tema complicado, Tatiana —la sonrisa desapareció de su cara.

—Sé que tenéis *algo* entre vosotros, ella misma me lo ha contado —qué discretita eres hija, mi yo interno casi me da una patada. Así era yo, no tenía filtros.

—¿Cómo dices? —me miró con el ceño fruncido.

—El miércoles salí a almorzar con Susana y me contó que teníais *algo* —no quise decirle que Susana me había advertido de que le gustaba jugar con las mujeres y que ella era su *juguete de emergencia*.

—No me gusta hablar de temas privados con personas que conozco desde hace cuatro días —tragué saliva—, pero contigo voy a hacer una excepción.

—No tienes que hacerlo si no quieres...

—Quiero hacerlo, me viene incluso bien para lo que quería proponerte. Podría decirse que me gusta jugar —sonrió chulesco—. Cuando me encapricho de alguna mujer, la sigo hasta conseguirla, si creo que tengo posibilidad de tener algo con ella. Si desde el primer momento ella ignora mis señales, paso —vaciló—. Hay demasiados peces en el mar como para andar pescando uno en particular.

—Me resulta algo prepotente tu actitud, no sé, das a entender que tienes una fila de féminas muriendo por tus huesos...

—Es un juego, Tatiana... La verdad que nunca me han faltado fichas con las que echarme unas partiditas —me guiñó el ojo.

Vale, confirmado, no podía ser perfecto, guapo, detallista y engreído...

—Jugar solo es muy aburrido.

—El solitario es uno de mis juegos preferidos... —dije segura y firme.

—Será que nunca encontraste un buen compañero de juegos... —sonrió sin quitarle ojo a la carretera—. Solo busco una compañera de tablero y después que dure la partida el tiempo que nos

plazca.

—¿Susana es tu actual compañera de “juegos”?

—Bueno, ella aceptó mi juego. Ya hemos jugado muchas partidas, ahora deseo cambiar de ficha, ¿me explico?

—Perfectamente.

—Desde el día que choqué contigo en el ascensor he intentado que empieces una partida conmigo —me ruboricé y tragué saliva—. Tatiana, soy muy perseverante con lo que deseo.

—Sinceramente, para lo seguro de ti mismo que demuestras ser me parece un poco infantil que a quedar para echar un polvo lo llares echar una partida...

—Si digo jugar os asustáis menos...

—Bueno, pues siguiéndote el rollo este que traes te diré que yo no puedo jugar contigo ninguna partida.

—Me gusta.

—¿Qué es lo que te gusta? —le miré con el ceño fruncido.

—Me gusta que digas que *no puedes* y no que *no quieres*. Ya te he dicho que la partida dura hasta que uno de los dos decida retirarse... Puedes probar...

—Esto es una propuesta indecente, ¿eres consciente de ello?

—¿Y tú eres consciente de que lo estás deseando?

Llegamos al juzgado con una tensión entre nosotros que no sabría explicar pero que me gustaba. Me había propuesto *jugar* con él y probar. En otro momento de mi vida me hubiera parecido una locura, incluso me hubiese sentido incómoda, pero no sé qué me pasaba con Alejandro que sacaba la parte más oculta de mi ser, la más oscura. Echar una partidita no estaría mal, ¿qué daño podría hacerme pasar un buen rato con un tío como Alejandro? Me atraía mucho físicamente y a nadie le amarga un dulce. Quizás era un poco estúpido, engreído hasta niveles estratosféricos, pero para un ratito podía servirme. Acababa de salir de una relación en la que me habían destrozado y tenía ganas de volver a sentirme una mujer con fuerzas, segura de si misma hasta el punto de meter entre sus piernas a un tío como él, quería sentirme deseada y Alejandro, con su insistencia, me hacía sentir así.

El trámite en el juzgado fue algo rápido y lo agradecí porque estaba deseando volver al coche, volver a la intimidad de aquel espacio pequeño. En realidad me hubiese encantado follar allí mismo, en su coche, resolver de una vez aquella jodida tensión sexual entre los dos. En el juzgado tuve que prestar atención a lo que me explicaba pero yo tenía la cabeza en otro sitio, esperaba que no me lo estuviese notando aunque estaba segura de que no lo estaba consiguiendo. Con la cabeza en nuestra partida pendiente y en los avisos que Susana me había dado acerca de su persona, mi capacidad de concentración había menguado considerablemente. Otra cosa que me tenía desconcertada era haber escuchado llorar en su despacho aquella mañana a Susana, tenía miedo de que yo corriese la misma suerte. Tenía la impresión de que las partidas siempre las terminaba él dejando a su contrincante destrozada... Me sacó de mis pensamientos poniéndome una mano en la rodilla...

Vibré.

—¿Te parece bien si te dejo en tu casa? Ya casi es la hora del fin de tu jornada —su mano estaba caliente y me penetró su calor hasta el hueso.

—No importa, de verdad, yo puedo coger un taxi.

—¿Dónde vives?

—¿No te cansas de insistir? —me reí.

—Nunca.



## Capítulo 8

### MI DECISIÓN

Cuando llegué a casa dejé mi bolso en el sofá y empecé a preparar el almuerzo. Los viernes, Eva venía a almorzar así que preparé un revuelto de setas que a las dos nos encantaba. No sé cómo no me corté un dedo mientras troceaba las setas porque mi mente no estaba junto a mi cuerpo... No conseguía retirarme del pensamiento la propuesta de Alejandro, me producía curiosidad y morbo, mucho morbo. Físicamente me encantaba pero yo nunca había follado por follarse, follarse por simple atracción física... Yo únicamente había compartido cama con dos chicos; Lolo, fue mi primer amor de adolescente y con el que perdí la virginidad. Teníamos diecisiete años y fuimos novios durante dos años. Rompimos cuando él se marchó a vivir a Almería con sus padres. Su padre había sido destinado a una fábrica de allí y toda la familia se vio arrastrada con él, lo pasé muy mal. Yo terminé mis estudios y empecé a trabajar en la juguetería, me centré en mi trabajo y no pensé en chicos hasta que Pablo apareció frente a mí. Me enamoré perdidamente de sus ojos, de su sonrisa y de la forma que tenía de hablarme. Un flechazo en toda regla, enamorada yo creo desde el minuto uno y fui a más, siempre iba a más, aumentó con el tiempo, más rápido de lo que en un principio pensé que sería posible. El amor entre Pablo y yo no se cocinó a fuego lento.

Estaba en un momento de mi vida en el que me apetecía disfrutar de mi soltería sin importarme nada más, me sentía un poco mal conmigo misma incluso por pensar así... Era como si no conociese a la Tatiana que quería salir de mí y romper con todas las cadenas absurdas que se había impuesto a veces por contentar a la sociedad y “no sacar los pies del plato”. Me apetecía *jugar* con los hombres y Alejandro era una ficha estupenda, no podía estar más buenorro.

Eva llegó maldiciendo, típico cuando en la juguetería el día había sido caótico.

—¡Estoy harta de este trabajo de mierda! Un día de estos me piro y no vuelvo —se quitó los zapatos y los lanzó de un par de patadas por el pasillo que conducía a nuestras habitaciones.

—¡Hola! —saludé irónicamente a sabiendas de que mi saludo sería ignorado.

—No soporto a Estela, creo que está haciendo todo lo posible para que me piro y así ahorrarse la indemnización que tendría que darme —siguió despotricando camino al baño.

La oía quejarse pero ya no alcanzaba a escuchar lo que decía, ella era así, si tenía un mal día hablaba, hablaba y hablaba, le daba igual si era con alguien, con ella misma o con la pared, pero hablaba. Era su forma de desahogarse. Me dediqué a poner la mesa en silencio y a prepararme para el aluvión de groserías que saldrían de la boca de mi amiga.

—¡Ya está la comida en la mesa! —le grité

Nos sentamos a comer y me asombró que permaneciese callada, sin despotricar, calmada (dentro de lo que cabía) y empecé a notarla decidida con la idea de irse de la juguetería. Eva no necesitaba trabajar realmente. Su padre había heredado un viñedo de sus padres y por suerte vivían muy bien, pero Eva había sido siempre una tía muy independiente, no le gustaba depender

de sus padres. Eso de ser *la nena de papá* no iba con ella, le gustaba sentirse útil, en eso nos parecíamos.

—¡Decidido! —dijo dejando el tenedor en el filo del plato—. Con lo que tengo ahorrado voy a montar una peluquería —lo dijo muy decidida, levantando el mentón.

—¿Una peluquería? —abrí los ojos como platos—. ¡Pero si tú no tienes ni idea de peluquería!

—Yo no, pero contrataré a un par de peluqueras... Yo podría lavar cabezas, barrer el suelo, lo que sea. Tú sabes que no se me caen los anillos.

—Pero Eva...

—No puedo estar en la juguetería más tiempo... Me consumo, Tati, ¡me consumo!

—Me gustaría ser igual de valiente que tú...

—¡La vida se vive una vez, chica!

En ese momento se me vino a la mente la propuesta de *jugar* de Alejandro...

¡La vida se vive una vez!

Pues tenía razón...

—Además —apuntó—, quién sabe, a lo mejor tengo muy poco que perder y mucho que ganar.

—Absolutamente... ¿qué sabe nadie?

—Pareces *Raphael*...

—*Qué sabe nadieeee* —canté mientras movía el brazo como si lo estuviese haciendo el mismísimo Raphael.

Decidí salir a comprarme un par de prendas de las que me había encaprichado en la web de una tienda muy conocida. Podía haberlo pedido online, desde la comodidad de mi cama, pero me apetecía salir de compras personalmente. Me encantaba ir a comprar ropa, una de mis aficiones absurdas favoritas teniendo en cuenta que siempre he tenido menos dinero que uno que se está bañando...

Cogí el coche de Eva. Ella había ido al gimnasio con una compañera de yoga y no lo necesitaba, así que aproveché para no tener que depender de la mala combinación de horarios de los autobuses que pasaban por la zona.

Fui al centro comercial que estaba en el pueblo de al lado. Dejé el coche en el aparcamiento subterráneo y me dirigí a la zona de tiendas. Entré en una tienda de ropa interior a por un par de sujetadores que estaban de oferta y entré en el probador. Cuando me los vi puestos quede impresionada con las tetas que me hacían. Yo ya tenía el pecho bastante bonito y generoso pero esos sujetadores me daban el toque que me faltaba. No pude evitar acordarme del juego que podía empezar con Alejandro y decidí cogerme las braguitas a juego “por si acaso”.

Había escogido un sujetador negro con copa preformada con un encaje que le aportaban el toque sexy y otro de color blanco, sin tirantas. Ese era menos sexy pero muy *necesario para cierto tipo de camisetas*, como diría la *Real Academia de la Lengua by Eva*, así que ese lo cogí más por necesidad que por presumir.

Tenía en la mano una braguita tipo culote negra con transparencias que usaría a juego con el sujetador negro. Ese tipo de braguita no me resultaba cómoda, pero me hacía un culo precioso.

Inmersa en lencería, oí una voz ronca en mi oído.

—Esas, esas me gustan —me asusté y me giré aunque ya sabía a quién pertenecía esa voz.

—¡Me has asustado!

—No era mi intención —me guiñó el ojo.

Alejandro iba vestido con un vaquero negro rajado por las rodillas, una camiseta blanca con el cuello en V de manga corta ajustada a su cuerpo, un cuerpo que mejoraba según iba viéndole con

ciertas prendas. Nunca hubiera imaginado que las chaquetas, e incluso las camisas, tapaban unos brazos tan musculosos y tatuados. Tenía ambos brazos tatuados prácticamente al completo. A los pies llevaba unas zapatillas Converse negras bastante usadas que jamás hubiera imaginado que compartían zapatero con los zapatos brillantes de cordones finos con los que Alejandro se paseaba por las mañanas en el bufete. Nunca me pude imaginar que mi jefe era así. El traje ocultaba por completo al hombre que yo tenía delante, parecía otra persona.

—¿Qué haces aquí? ¿vienes a por un tanga para lucirlo durante tus partidas? —bromeé sin saber si era correcto dirigirme a mi jefe así pero había empezado él a tomarse ciertas confianzas con una de sus empleadas, es decir, yo.

—Soy más de verlos que de usarlos... Aunque yo nunca descarto nada —me guiñó el ojo.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—No sé qué tipo de fama me habrás asignado...

—¿Yo? Dios me libre...

—He venido con mi hermana pequeña a por un par de cosas. Y ya lleva veinte... —sonrió y me volví loca.

—A mí me pasa siempre.

—Mujeres...

—Cada uno tiene su vicio, ¿no? —le guiñé un ojo a lo que me respondió con su sonrisa de medio lado.

—Álex, ya podemos irnos.

Se acercó a nosotros una chica morena con unos ojos grises como los de Alejandro. Se parecían bastante. Debía tener unos veinte años, o menos.

—¡Aleluya! —aplaudí y, por primera vez, le vi mucho más joven de lo que aparentaba en la oficina—. Lucía, ella es Tatiana, mi secretaria en el bufete.

Sonrió dejando a la vista unos dientes perfectos enmarcados por unos labios pintados de color fucsia, nos dimos dos besos.

—Vamos a ir a merendar, ¿quieres acompañarnos? —me propuso Lucía.

—Aún no pagué mi compra.

Alejandro se acercó a mi oído y me erizó todo el cuerpo. ¿Qué tendrás Alejandro Vidal?

—Yo lo pago, creo que hay muchas posibilidades de que yo lo disfrute más que tú —me susurró.

No me dio tiempo a contestar nada, me quitó las prendas de la mano y se fue a la caja mordiéndose el labio inferior.

—Es único —me dijo su hermana entre carcajadas—, parece un chulito pero tiene buen corazón. Que no te engañe su fachada, y mucho menos sus formas, tiene una armadura que en pocas ocasiones se quita... A veces se pasa de duro...

—Tu hermano es majo.

—Es increíble, ojalá te permita conocerle, pero conocerle de verdad...

—Me apetece mucho —sonreí.

Salimos de la tienda con nuestras respectivas bolsas y fuimos a merendar a una cafetería del mismo centro comercial. Nos pedimos un café para cada uno y unos donuts de colores para compartir, esto último fue un antojo de Lucía.

Hablamos de muchas cosas y me sentí muy bien con ellos, estábamos relajados, parecíamos dos personas completamente distintas a las de la oficina. Alejandro me sorprendió gratamente y me encantó que así fuese. Al final iba a ser perfecto el muy cabronazo...

—Tengo que irme ya —miré mi reloj y eran casi las ocho y media de la tarde, se me había pasado la tarde volando.

—Voy un momento al baño —Lucía se levantó arrastrando la silla ruidosamente bajo la mirada correctiva de Alejandro—, no os vayáis sin mí.

Se alejó esquivando mesas y sillas hasta perderse en un pasillo.

—Creo que has dejado a tu hermana tirada más de una vez por irte con una tipa... —sus carcajadas me hicieron sonreír.

—¿Cómo voy a hacerle eso a mi hermana?

—No sé pero no me extrañaría de ti...

—No soy tan cabrón como crees, Tatiana... Soy bueno, de verdad— juntó sus manos y se las puso al lado de su mejilla derecha. La que se carcajeó en ese momento fui yo.

—No tienes una mirada muy angelical que pueda decirse.

—Pues de pequeño fui monaguillo en la iglesia de mi barrio. Ahora mi mirada angelical ha quedado algo apartada porque tengo un problema.

—¿Cuál?

—Tengo delante a alguien que no me facilita la tarea —me guiñó el ojo con chulería—. Tatiana, sobre nuestra partida pendiente, ¿qué has pensado?

Me acerqué a su oído, coqueta, fingiendo una seguridad que incluso a mí me costaba creer. Yo no me creía pero como único deseo quería que Alejandro sí. Aunque me temblaba el cuerpo entero de los nervios que me ocasionaba tenerle cerca, le dije:

—Voy a jugarla.

No podía creer lo que mi boca había soltado. ¿Qué demonios tendría Alejandro que me hacía capaz de actuar de aquella forma? Mi nuevo yo me encantaba, tenía una confianza consigo misma brutal, y fingida, pero que intentaba que esto último no lo supiese nadie. Solo hacía falta pulirme un poquito, conseguir que mi seguridad fuese verdadera.

Se mordió el labio inferior y me recorrió un escalofrío por la columna vertebral prácticamente instantáneo. Si sin tocarme ya me hacía sentir eso, no sé qué sería de mí el día que lo hiciera...

**Nota mental:** masturbarme en casa antes de salir a nuestra primera cita.

Cuando Lucía volvió, ya estábamos de pie en la puerta de la cafetería para irnos. Cuando nos mirábamos a los ojos empezábamos a ver algo diferente, teníamos pendiente un polvo y nuestro cuerpo lo sabía, pero no solo había eso, se intuía un huracán que estábamos seguros de que nos iba a dejar devastados e incluso así, allí estábamos, de la mano esperándolo venir.

Creía que no estaba haciendo lo correcto. Acababa de conocer a Alejandro, tenía un lío de faldas con mi compañera de trabajo y por último, y no menos importante, ¡¡era mi jefe!!

Nos despedimos con un par de besos. Me hubiese encantado sentir sus labios sobre los míos por primera vez, tenía prisas con él, quería que las horas pasasen como minutos para volver a estar con él, para por fin tener nuestro encuentro y para saber que podíamos llegar a vivir juntos. Me comían las ansias por tener más.

Me abrió la puerta del coche de Eva dejando una vez más al descubierto su caballerosidad. Antes de meterme dentro, Lucía se acercó y me dijo que le encantaría volver a verme. A mí también me apetecía volver a verla, me había parecido una chica divertida y bastante madura para la edad que tenía. También me venía muy bien aliarme con ella y así poder obtener mucha información de primerísima mano de Alejandro. Después de darnos un par de besos, Lucía se alejó un poco, quiso dejarnos intimidad (*¡qué lista es esta niña!*). Me subí al coche y Alejandro cerró suavemente la puerta, se acercó y apoyó ambas manos en el marco superior de la puerta,

agachó su cabeza hasta tenerla a mi altura y la introdujo al interior del coche por la ventanilla. Me volvía loca cuando sonreía y las arrugas que se le hacían en los ojos al hacerlo.

—Estoy impaciente —me guiñó el ojo—. Ten cuidado de camino a casa.

Dio un par de golpes en el techo y se apartó. Me despedí con la mano, arranqué y me fui a casa.

## Capítulo 9

# QUE EMPIECE LA PARTIDA, CREO QUE ESTOY PREPARADA

Llegué a casa y vi que estaba Eva en el sofá llorando. Lloraba desconsolada como si de una niña se tratase. Dejé mi bolso en el suelo y me senté junto a ella.

—¡Ey, oye! —le cogí el mentón forzándola a mirarme—. ¿Qué pasa, Eva?

—Le perdí para siempre... —esperé en silencio, mirándola a los ojos, invitándola a continuar—. He visto a Óscar en el gimnasio, iba decidida a decirle que ya no me buscara nunca más, que ya me había cansado de ser el segundo plato de su puta mesa aunque ni yo misma me lo creyese... —tragó saliva y se limpió la nariz con el reverso de su mano izquierda.

—Tranquila —le susurré.

—... se acercó a mí y me dijo que fuese con él al vestuario de chicos que teníamos que hablar... Pensé que era otra de sus tantas excusas para terminar follando allí como había pasado otras veces —se limpió las lágrimas con cierta rabia—. Le seguí hasta los vestuarios, a sabiendas de que aquello había que cortarlo ya, me senté en el banco central y se sentó a mi lado. Me dijo que se arrepentía de lo que había pasado entre nosotros todo este tiempo atrás, que había sido un cabrón con su mujer y que quería que olvidásemos todo lo que habíamos vivido porque iba a ser padre.

Abrí los ojos como platos y le apreté con fuerza la mano que le tenía agarrada. Muchas veces había venido a decirme que Óscar iba a dejar a su mujer, aunque yo sabía bien que nunca pasaría. Me dio mucha pena de mi amiga pero por otro lado sentí alivio de pensar que no iban a volver a utilizarla, ella valía mucho. Ahora lo vería todo negro, pero en un tiempo el agua iría encauzándose y quién sabía lo que el destino le tendría preparado. Por suerte o por desgracia, sabía bien de lo que hablaba.

—Lo siento, Eva...

—Me siento tan imbécil.

—Eva, ya lo hemos hablado muchas veces. Lo mejor era alejarte de él, te va a venir bien su situación para alejarte y olvidarte de Óscar.

—Le necesito en mi vida, Tati.

—Aunque ahora lo veas todo negro, te vas a dar cuenta que esto que ahora ves tan difícil, es lo mejor que podía pasarte. Te mereces a alguien que se entregue por completo, que tú seas su todo, que sonría solo con verte sonreír y que los minutos que esté lejos de ti sienta que no puede respirar. Tú no mereces sobras.

—Tati, qué idiota he sido...

—Todo lo que pasa en nuestras vidas nos deja lecciones.

Me costó conseguir que Eva se durmiera pero por fin lo había conseguido, el cansancio por su

llanto inconsolable ayudó bastante. Me fui a mi habitación y miré mi móvil, tenía un mensaje de Alejandro.

● **Hoy te secuestro y te encierro en mis sueños.**

Se me escapó una sonrisa tonta... Le contesté sin dejar pasar un solo minuto.

● **Trátame bien en ellos. Buenas noches, señor Vidal.**

Me apetecía mensajearme mucho más con él pero no quería parecer pesada, realmente no le conocía. No sabía si Alejandro querría estar leyendo pamplinas en aquel momento. Cuando en frío lo pensaba, tenía la sensación de estar metiéndome en la boca del lobo. No tenía la menor idea de si estaba haciendo lo correcto o no, una eterna pregunta que no dejaba de rondarme la mente. Me hubiese venido bien la opinión de Eva, pero no quería mantener este tipo de conversación con ella en aquellos momentos. Eva no estaba como para andar aconsejando sobre hombres cuando los odiaba a todos por cabrones, palabras textuales salidas de la boca de mi Eva.

Aunque me costó dormirme por todo lo que en mi cabeza andaba rondando, conseguí hacerlo tras haberme levantado a tomarme una tila (aunque el sabor era de lo peor para mi gusto) en la cocina, con mi camisón de gatitos, allí sentada en el pequeño banco de nea, con la mirada fija en el reloj de pared, observando la lentitud con la que las agujas se movían según en qué momentos o con la rapidez que lo hacían si te encontrabas a gusto. El misterio del llamado tiempo...

El olor a café entraba en mi dormitorio. Miré la hora en el móvil, eran las nueve de la mañana de un sábado que se preveía gris aun brillando un sol increíble en el cielo. No trabajábamos ninguna de las dos pero Eva no solía levantarse muy tarde. Subí la persiana de mi habitación y noté el fresquito de las mañanas de septiembre. Me puse mi kimono de seda rosa, que perdía completamente lo sensual sobre mi camisón de gatitos, me hice un moño descuidado con la gomilla que llevaba en la muñeca y fui a la cocina.

—¡Buenos días, dormilona! —Eva estaba radiante, no tenía nada que ver con la Eva que por la noche dejé en su cama.

—¿Dormilona? Son solo las nueve —bostecé cubriéndome la boca con la mano—. ¿Se puede saber qué te has tomado? ¿te has drogado? ¡Confiesa! —soltó una carcajada.

—He resurgido de mis cenizas como el Ave Fénix —abrió los brazos y los batió como si fueran alas saltando sobre un pie.

—Estás loca del coño... No me cansaré nunca de decírtelo.

—He llamado a mi padre y le he dicho lo de la peluquería.

—Ah, pero que vas en serio... —me senté en la banqueta de la cocina.

—Se ha puesto híper feliz, está deseando decirle a todos sus amiguetes con pasta que tiene una hija empresaria —me reí—. El lunes presento mi dimisión en la juguetería. Voy a empezar a buscar locales, estoy muy ilusionada con este proyecto, Tati. Sé que me va a ayudar mucho tener la cabeza ocupada para el tema de Óscar.

—¡Pues dale caña! Si me necesitas estaré siempre a tu lado.

Eva había ido a visitar a sus padres, supuse que para explicarle en persona a su padre el proyecto de futura empresaria que tenía en mente. A mí no me apetecía quedarme en el piso sola así que bajé, fui al quiosco que podía ver desde mi ventana y me compré un paquete de pipas y una botella de agua. Me senté en uno de los muchos bancos que tenía el parque y me dispuse únicamente a observar. Me encantaba mirar las personas pasar, cada uno tenía su vida, sus

problemas, sus metas, pero parecían andar tan despreocupados que te contagiaban su energía.

—¡Hola, Tati! —miré hacia arriba cubriéndome los ojos usando la mano como visera para que el sol me permitiese ver aunque ya sabía de sobra quién me saludaba—. ¿Qué tal estás?

—Hola —tartamudeé—, bien. ¿Y tú?

Pablo llevaba ropa de deporte y estaba guapísimo, estaba sudado y estaba guapísimo, estaba despeinado y estaba guapísimo, él era guapísimo en definitiva.

—¿Puedo sentarme? —asentí y le mostré el paquete de pipas ofreciéndoselo—. No, gracias. Con la sed que tengo lo que me faltaba era comer pipas...

—También tengo agua —le mostré la botella.

—No podría beber solo un poco.

—Toma —se la cedí—, puedes bebértela toda si quieres.

—Gracias.

Abrió la botella y la colocó encima de su boca, sin rozar sus labios. Siempre me había gustado verle beber así. Una gota se derramó por su barbilla, garganta abajo hasta perderse en su pecho. La seguí completamente hipnotizada.

—¿Qué haces aquí? —me sacó de mi jodida hipnosis.

—Eva ha salido y me apetecía desconectar, me gusta sentarme aquí y observar —atiné a decir—, ¿y tú?

—Llevo un par de días corriendo por esta zona... Me he mudado... Nuestro piso me traía demasiados recuerdos... Ahora vivo con... —le flojeó la voz, tragó saliva.

—¿Víctor? —asintió—. Me alegro por vosotros.

No supe qué más decirle, si me había quedado como una auténtica idiota observando una simple gotita de agua que paseaba por su cuerpo, no me salían las palabras para poder imaginarme o asimilar que Pablo y Víctor compartían piso.

—Después de irte me ha ayudado mucho...

—Me alegro, de verdad.

—Creo que tú y yo nos merecemos ser felices. Quizás éramos más amigos que pareja.

Yo no lo veía así pero le dejé hablar, no me apetecía montar un circo en el parque echándole en cara los cuernos que me había plantado. Si éramos más amigos que otra cosa, tendría que haberme dejado antes. Ya de nada serviría montar un espectáculo, debía mantener la cabeza fría.

—Supongo...

—Tatiana, me ha gustado verte. Ojalá en un futuro podamos vernos más seguido. No sé, me conformaría con tener tu amistad. Cuídate, Tati.

—El tiempo lo curará todo, estoy segura.

Qué complicado era dejar en sus mejillas un par de besos cuando ya habíamos conocido el sabor de nuestras bocas. Era todo muy difícil.

Tenía sentimientos cruzados, alegría por su felicidad, pena por nosotros y rabia por cómo había pasado todo, rabia porque él había conseguido pasar página y yo aún no conseguía hacerlo. Las palabras de Pablo para justificar su relación con Víctor me habían parecido ridículas, esa puta sensación de saber que había desperdiciado tres maravillosos años de mi vida seguía aferrada en mí... Cogí mi móvil y le puse un mensaje a Alejandro:

### ● ¿Te apetece salir esta noche a cenar?

En menos de un minuto ya tenía la respuesta a mi pregunta en mi teléfono móvil.



● **Te recojo en tu casa a las nueve.**

Supongo que me movía la rabia y el despecho pero ya no volvería a mirar al pasado, ni yo misma podía explicarme el porqué de tener a Pablo tan presente. Él ya había rehecho su vida, se había ido a vivir con Víctor, no podía creerlo, hacía tan solo unos pocos días me estaba pidiendo una segunda oportunidad, me iba a estallar la cabeza. ¿A qué cojones jugaba Pablo conmigo?

Si dijese que estaba tranquila, mentiría soberanamente. Hacía tiempo que no tenía una cita. Había llamado a Eva para decirle que había quedado con Alejandro y que llegaría tarde seguramente, que no me esperase despierta. Aunque a través del teléfono no podía ver su cara, sabía perfectamente cuál era su expresión. Estaría flipándolo. Yo también.

Estaba retocándome el labial (rojo, por supuesto), cuando llamaron al telefonillo del piso. Corrí por el pasillo hasta llegar al telefonillo, lo levanté nerviosa y pregunté absurdamente quién era.

—Tu cita —aquella maldita voz me erizaba el vello de la nuca con demasiada facilidad.

—Bajo en un momentito.

Recogí rápida todo lo que había dejado por medio en el baño conscientemente de que nada estaba siendo colocado en su lugar de origen. Cogí mi cartera y salí de casa. Me monté en el ascensor y me retoqué la coleta mirándome en el espejo frontal del ascensor. Había elegido un vestido de tubo azul marino por debajo de la rodilla con cuello de barco. Me puse unas sandalias de tiras finas color crema y la cartera de mano del mismo color.

Salí del portal, rezando porque mis piernas no volviesen a dejarme en ridículo, y allí estaba Alejandro, apoyado en el lateral de su coche. Tenía una rosa roja en la mano. Iba guapísimo aunque eso no era novedad. Llevaba un pantalón chino azul marino, como mi vestido, y un polo blanco, tenía su tupé perfectamente peinado aunque un mechón se le salía rozando su frente. No se había afeitado la barba de un par de días que le cubría su mentón marcado dándole un toque irresistible.

—*Guau...* Estás increíblemente preciosa —me tendió la rosa roja que tenía en la mano y la cogí con coquetería—. Te hace juego con los labios.

—Gracias —sonreí ruborizada—. Tú también estás muy guapo.

—Parece que nos pusimos de acuerdo, ¿no?

—Conexión mental a distancia.

—Imagínate qué podremos llegar a conseguir cuando no solo sean nuestras mentes las que conecten...

—¿Magia?

—Sin lugar a dudas.

Me abrió la puerta y me ayudó de la mano a subir al coche. Rodeó el coche y se montó él. Aquella caballerosidad me encantaba, no estaba acostumbrada y creía que aquello, en los tiempos que corrían, ya se había perdido.

—¿Y a dónde vamos? —rompí el silencio aunque no era incómodo.

—Es una sorpresa.

—He de confesarte que no me gustan mucho las sorpresas. Eso de no controlar la situación al cien por cien me pone muy nerviosa —mostró su sonrisa de medio lado y le saqué la lengua—. Bueno, algunas sorpresas que me he llevado contigo sí que me han molado bastante...

—¿Puedes concretar más? Me gustaría conocer qué actuación he realizado tan perfectamente como para poder engañarte...

—¿Cómo puedes cambiar tanto sin traje? —se carcajeó, le cogió por sorpresa mi pregunta.

—Soy un puto camaleón, *baby*... —me miró de reojo sin apartar la mirada de la carretera.

—Y engreído.

—Algún defecto tengo que tener —sonrió—. Bueno, ya hablando en serio, digamos que elegí una profesión seria, eso es todo. En mi vida, fuera de juicios y bufete, soy un tipo normal.

—¿Y los tatuajes?

—Son parte de mí, de mi personalidad. Me apasiona el arte y poder llevarlo eternamente gravado en la piel es un auténtico privilegio...

—Buena descripción... A mí me gustaría hacerme algo... Pero algo pequeñito, discreto.

—Lo tendremos en cuenta —me guiñó el ojo y llevó su mano a mi rodilla paralizándome la respiración—. Estoy encantado de tenerte aquí conmigo.

—Por cierto, ¿cómo sabías cuál es mi piso?

—Soy tu jefe, ¿lo has olvidado? Tengo tus datos personales en mi poder.

—Entonces ya conoces más de mí que yo de ti... No sé ni la edad que tienes...

—Treinta y tres, un chavalín.

—Pareces mayor —me reí con el mohín que hizo con las cejas y la boca fingiendo decepción.

—Vaya...

Cenamos en un restaurante moderno. Estaba decorado con paredes completas de cascadas con agua dentro de unas cristaleras, otras paredes estaban repletas de plantas verdes brillantes que colgaban. Cenamos brochetas de marisco y, para compartir, una tabla de quesos variados.

La cena había sido perfecta. Habíamos hablado de nuestras familias y de nuestras infancias. Parecía que evitábamos el tema “amor” porque no hablamos de ello en toda la velada, y lo agradecí, no me apetecía nada tener que contar mi último fracaso amoroso ni tener que escuchar de su boca lo que tenía, o había tenido, con Susana...

Cuando volvimos a montar en su coche, conseguí ponerme mucho más nerviosa cuando ya pensaba que más sería imposible. Me miró de tal forma que me fundió los plomos del cerebro...

—¿Quieres que sigamos la cita en mi apartamento? —asentí sin dudar, fuerte, aunque por dentro estaba cagada.

Había tomado un par de copas de vino durante la cena y estaba envalentonada... Lo único que deseaba era que no estropeásemos lo que estábamos construyendo Alejandro y yo.

—Me apetece divertirme más —dije coqueta.

—Créeme que lo harás.

Me encantaba la confianza que tenía en sí mismo. Últimamente andaba rodeada de personas con esa fuerza, con esa seguridad y únicamente deseaba contagiarme.

Su apartamento era muy espacioso. Estaba perfectamente ordenado. El salón principal estaba lleno de estanterías con libros y algunas fotos enmarcadas. Estaba decorado en tonos negros y grises.

—Siéntate donde quieras, estás en tu casa —dejó las llaves en la mesa de cristal del centro—. ¿Quieres tomar algo, Tatiana?

—Un vaso de agua, con hielo si puede ser... —se fue a la cocina y aproveché para mirar las fotos de las estanterías.

Definitivamente tenía un problema, cada vez que veía una foto, era como una fuerza sobrenatural que me hacía ir a mirarla, esa fuerza sobrenatural bien podría llamarse ser una cotilla. Había varias con Lucía, su hermana, siempre sonrientes, eran muy parecidos, los mismos ojos grises, la misma sonrisa. Me llamó la atención una de una pareja abrazada, supuse que eran

sus padres.

—¿Algo interesante? —di un brinco, me había asustado.

Qué sigiloso era mi jefe. Me preguntaba desde cuándo estaría observándome. Se acercó de manera sexy, sonriendo con un par de copas en la mano. Me tendió una y la cogí.

—Agua en copa de balón. Joder, Alejandro, no dejas de sorprenderme.

—Es un don —sonrió—. Son mis padres... —señaló la foto que estaba mirando antes de que me sorprendiese por la espalda—. Murieron hace cinco años en un accidente de tráfico.

—Vaya, lo siento... Debió ser muy duro.

—Créeme que aún sigue siéndolo. Cuesta hacerse a la idea de que no volveré a verlos nunca más.

—No quiero imaginarlo, no quiero ponerme en tu piel.

—Es muy difícil pero tengo que ser fuerte por Lucía, soy su mayor apoyo.

—¿Vive contigo?

—No, comparte piso con una amiga. Para ella es más cómodo. Así no puedo tenerla controlada...

—Menudo hermano mayor debes ser... ¿Registras sus movimientos a través de alguna aplicación en el móvil? —sonreí.

—¿Eso se puede hacer? —levantó una ceja y dejó escapar una sonrisilla pícaro.

—Olvídalo, no quiero que Lucía me odie.

Me cogió de la mano y me llevó al sofá. Estaba muy nerviosa pero conseguí mantener mis nervios a raya, creí. Parecía que me estaba enfrentando a mi primera vez y que en breve perdería la virginidad... Se acercó a mí y me retiró la copa de la mano dejándola en la mesa baja de cristal que tenía en el centro sobre una alfombra gris que ocupaba casi toda la estancia.

—Si en algún momento deseas parar quiero que me lo digas.

—No lo dudes.

—Aunque si te soy sincero, no quiero que pase.

Me pareció que íbamos demasiado rápido pero era consciente de que esa había sido la propuesta, estábamos allí para empezar una partida, simplemente para follar... Nadie había hablado de demostrarnos nada... Íbamos a pasar un buen rato y tenía que disfrutarlo.

Me puso la mano en la nuca y me tumbó suavemente en el sofá. Empezamos a tocarnos el cuerpo sobre la ropa con una desesperación que me sorprendió, pude notar las ganas contenidas de Alejandro de follarme, de empezar aquella partida con la que había fantaseado conmigo, y yo con él. Me sorprendía verme a mí misma tocando a un hombre que no era nada mío con la fiereza con la que lo hacía.

Tenía algo que me atormentaba y que me preocupaba que no me dejase disfrutar de lo que se me venía encima, literal. Mi mente repetía una y otra vez las palabras de Susana “*soy su juguete de emergencia*”... Las mujeres eran un juguete para él, tenía que verlo como un juguete para mí, estaba para complacerme, tenía que disfrutar el momento, sacar a Susana y sus palabras de mi mente, al menos en aquellos momentos.

Se quitó el polo y pude ver su abdomen musculoso y bronceado, tenía un cuerpo perfecto, trabajado. Pude ver al fin por completo sus brazos tatuados, el pectoral derecho también estaba tatuado. Me encantaba todo lo que veía. Se puso de pie y se desabrochó el pantalón sin apartar sus ojos de los míos. Se quitó los zapatos y los calcetines y después se bajó con tranquilidad el pantalón, exhibiéndose, debía estar disfrutando viendo mi cara de boba... Le gustaba su cuerpo y se le notaba, me gustaba su cuerpo, y se me notaba. Llevaba un bóxer negro que se le ajustaba

como un guante y que dejaba una polla marcada bastante prominente. Me tendió la mano y se la di, me levantó y me giró. Me desabrochó la cremallera del vestido y lo deslizó por mis brazos hasta que cayó al suelo. Yo no me sentía tan segura con mi cuerpo como él, aun así no me importó en ese momento mi celulitis, mis muslos anchos o el pliegue que me hacía la barriga al doblarme.

—Me resulta conocida tu ropa interior —había elegido el conjunto negro. Sonreí—. Te queda perfectamente pero sé de un sitio donde podría quedar mejor...

—¿Dónde?

—En el suelo de mi dormitorio.

Sonreí prácticamente suplicándole al cielo que no me temblase el labio de los nervios.

Su dormitorio era muy parecido al salón. También estaba decorado en tonos grises y negros pero aquella estancia estaba mucho más vacía. Nos enlazamos encima de su espaciosa cama, sobre su colcha gris.

—Te repito que me pares si algo te hace sentir incómoda. Quiero que disfrutemos los dos.

Se echó sobre mí, hundió su nariz en mi pelo, esnifó mi olor y bufó. Estaba ya muy húmeda, no necesité mucho. Su enorme polla seguía atrapada en el bóxer y sentía su dureza sobre mi pubis. Me subió los brazos y me atrapó las manos con una sola mano suya. Me besó el cuello, la clavícula y sentí toda mi piel completamente erizada. Me liberó las manos y se arrodilló entre mis piernas, me bajó las braguitas y soltó un bufido cuando dejó al descubierto mi pubis, le facilité el trabajo sacando las piernas de mis bragas y me volví a abrir para él. Me levantó hasta quedar sentada para desabrocharme el sujetador con una sola mano, lo hizo con una facilidad asombrosa, se le notaban las manos expertas. Me retiró el sujetador y me tumbé. Lamió mis tetas con desesperación, chupó mi pezón derecho con fuerza y después pasó al izquierdo e hizo lo mismo, bajó hasta mi ombligo dejando un camino de saliva por mi cuerpo. ¡Me estaba volviendo loca! Introdujo un dedo dentro de mí y bufó tras notar mi humedad, lo sacó y lo lamió poniéndome más cerda aún. Con el dedo que había chupado, empezó a tocarme ese punto sensible de mi coño haciendo círculos y ejerciendo la presión exacta para hacerme gemir sin control. Iba a correrme, ¿por qué cojones no me masturbé mientras me duchaba? Le paré la mano y soltó una risita pícaro. Se bajó de la cama y se deshizo de los calzoncillos, lo hizo de pie, frente a mí, expuesto, sin ningún pudor. Tenía un cuerpo perfecto, trabajado, musculoso, pero su polla captó mi atención, grande, muy grande. Se acercó a la mesita de noche y sacó un paquetito plateado, lo abrió con los dientes y sacó el condón que deslizó hábilmente por su enorme y dura polla. Tiró al suelo el paquetito y se echó sobre mí.

—Me va a encantar follarte —me susurró al oído, mi cuerpo vibraba, podía notarlo—, espero saber cómo no engancharme a ti.

—Suelo dejar huella —presumí.

—Creo que podré dedicarme únicamente a jugar.

—Yo también espero que así sea. No quiero ser la excepción y que te enamores de una compañera de juegos...

Realmente estaba cagada de que la huella la dejase él en mí, tenía toda la pinta de que él era el que solía dejar idiotizadas a sus conquistas...

Me cogió por los tobillos y me giró dejándome bocabajo, me puso la almohada doblada bajo el ombligo dejándome completamente expuesta para su polla. Agarrado a mis caderas me embistió de una sola vez, sentí dolor, pero me gustó. La sacó y repitió el mismo embiste, con fuerza, me quejé y me besó la espalda. Notaba su polla dentro de mí llegando al tope de mi interior, la tenía enorme, me llenaba por completo. Empezó a darle ritmo a sus embestidas y nuestros gemidos

sonaban al unísono, iba a correrme, nunca antes me había corrido follando sin tocarme pero Alejandro sabía cómo hacerlo para hacerme llegar al orgasmo solo con su polla dentro de mí, correrme exclusivamente con el roce en mi interior. Me corrí gritando su nombre, me temblaba el cuerpo. Levantándome del vientre me retiró la almohada y me colocó bocarriba.

—Me encantas —dijo jadeante. Me la volvió a meter, esta vez más suave—. Me encantas desde la primera vez que te vi...

—Me estás volviendo loca, Alejandro.

—Bienvenida a mi manicomio, Tatiana —me besó en la frente y aumentó el ritmo de sus embestidas. No me creía lo que estaba sintiendo, ¡iba a correrme otra vez!

—Sigue así, no pares por favor —dije entre gemidos y me volví a correr. Tenía la mirada fija en mí y se mordía el labio inferior.

Se corrió. Se corrió con fuerza y gimiendo fuerte, desesperado. Apoyó su frente en la mía y me besó en la boca con los ojos cerrados, temblándole aún el cuerpo, empapados en sudor. Relajó su cuerpo sobre el mío y le rodeé el cuello, acerqué mi cara a su cuello e inhalé su olor. Se apartó de mí más brusco de lo que esperaba y se tumbó al lado cubriéndose los ojos con su antebrazo.

—Si quieres puedes darte una ducha y te llevo a casa.

Me sentó como un jarro de agua fría. No me hacía a la idea del tipo de relación que estábamos empezando, tenía que acostumbrarme a que así serían nuestros encuentros.

—Sí, la necesito.

Me levanté con mucha más vergüenza que cuando Alejandro estuvo desnudándome pero fingí que estaba acostumbradísima a que me sacasen rápido de una cama después de echar un polvo. Cogí mi ropa interior del suelo y me fui al baño que había dentro de la habitación.

Aún llevaba las sandalias puestas, no había sido consciente de ello siquiera. Me las quité y me metí en la bañera, no pensé que me iba a sentir así, no estaba feliz. Se me saltaron las lágrimas incluso, no sé cuánto tiempo podría soportar este juego sin llegar a necesitar más de él.

Salí del baño, en la habitación ya no estaba Alejandro. Sobre la cama estaba mi vestido bien colocado. Me vestí, me miré de nuevo en el espejo asegurándome de que mi careta de mujer acostumbrada a este tipo de polvos estaba correctamente colocada y salí.

Alejandro estaba sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y agarrándose la cabeza entre las manos, pensativo. ¿Por qué estaba así? ¿acaso tampoco quería ese tipo de relación? Tatiana, baja de la nube, ¿qué cojones tienes tú de especial?

—¿Podrías subirme la cremallera del vestido? —se lo dije en tono suave para sacarlo de lo que fuese que tenía en mente.

—¡Claro! —se levantó sonriéndome. Se colocó detrás de mí, me la subió y me dejó un beso en el hombro.

—¡Vámonos! —quise parecer impasible—. Eva, mi amiga y compañera de piso, estará preguntándose dónde me metí.

El camino en coche hasta casa se me hizo eterno, no habíamos cruzado ninguna palabra. Era una sensación extraña. Supuse que él estaba acostumbrado pero a mí me estaba costando horrores sobrellevar la situación. Definitivamente no estaba preparada para aquello y debía poner fin a aquella chorrada de estar echando partidas sexuales con mi jefe. Tenía que buscarme otro trabajo, a partir de aquel día nada sería igual habiéndolo visto desnudo...

Aparcó el coche junto a la acera, frente a mi portal.

—¡Hemos llegado! —echó el freno de mano y puso el coche en punto muerto. Por fin nos miramos a la cara—. Espero que lo hayas pasado bien.

—Así fue —sonreí aunque no era real.

—Si quieres volver a repetirla únicamente tienes que decírmelo —asentí, abrí la puerta y salí —. Ya sabes dónde encontrarme.

—¡Hasta la próxima entonces! —dije adiós con la mano, cerré la puerta y me metí en mi portal con un sentimiento extraño, una sensación agrídulce.

Entré en el piso y al pasar por el dormitorio de Eva pude ver que estaba vacío, Eva no estaba en casa y me preocupé. Seguí por el pasillo hasta mi dormitorio y cogí mi móvil de la cartera, no había mirado el móvil en toda la noche y allí estaba el mensaje de Eva:

● **Amor, me quedo a dormir en casa de mis papis. Disfruta de tu jefe ;) TQ**

Respiré tranquila. Le contesté:

● **Llegué ahora. Espero no despertarte. Tengo ganas de hablar contigo... Mañana hablamos. Tq+**

Dejé el móvil sobre la mesita de noche y puse la rosa que Alejandro me había regalado en la estantería de mi dormitorio. Fui al baño a lavarme los dientes y me miré en el espejo. Cuando salí por la tarde a mi encuentro con Alejandro, no me imaginé que al regresar mi cara sería aquella que se reflejaba. Imaginé que tendría mejor cara después del polvazo que iba a echar con mi jefe, pero la realidad fue completamente distinta. El polvo fue increíble, en eso sí que no me había equivocado, pero la sensación del después no era igual a cómo mi cabeza la había diseñado. No me sentía bien del todo. Por un lado me sentía en las nubes, no me podía creer que yo, una chica del montón, había sido tan deseada por un tío como él. Alejandro podía tener a la tía que quisiese y me había elegido a mí y para aumentar más aún mi ego, quería volver a repetir nuestro encuentro. Esa era la parte *guay*, por otro lado me sentía vacía.

Al acostarme, aún sentía el olor de Alejandro en mi piel, daba igual la hora que me había tirado bajo el chorro caliente de agua pensando en nuestro encuentro, se había quedado impregnado en mí. Aún podía sentir su boca sobre mi piel y su polla llenándome. Le tenía incrustado en mí y eso me daba miedo. Sabía que estaba confundiendo las cosas pero qué demonios podía hacer para no sentir aquello...

Vibró mi móvil en la mesita. Un mensaje y volvieron a volar las mariposas en mi estómago.

● **Adoro el olor de mis sábanas. No las voy a cambiar NUNCA ;)**

● **A-C-A-R-O-S... ¿Eres consciente de la cerdada que has escrito?**

● **De lo único que soy consciente es de haber quedado esta noche marcado de por vida.**

● **Así soy yo, ya te lo advertí, voy dejando huella... No te enamores ;)**

● **No prometo nada...**

● **Buenas noches, Alejandro. Y recuerda que no es recomendable mantener las sábanas durante varios días sin lavar.**

● **Buenas noches, Tatiana. Recuerda que me encantas.**

Una parte de mí, supongo que la romántica fanática de las telenovelas, quería que Alejandro se enamorase perdidamente de mí, poder sacarlo del juego que se traía con todas, ser yo la

especial, pero a la vez, sabía que era una más y que no tenía nada de especial, tan solo había que mirar a Susana para darme cuenta de que yo no le era competencia a nadie. Él solo buscaba jugar, disfrutar, correrse con unas y con otras, pasar un rato agradable entre las piernas de una chica. ¿A cuántas le habría dicho aquello de *me encantas*?

Me costó dormir aquella noche. Mi pensamiento estaba con Alejandro. Hubiera dado lo que fuera por saber qué pensaba él en aquellos momentos...

## Capítulo 10

### VERDADES A MEDIAS

Me despertó sobresaltada la llave en la puerta de la entrada. Por el pasillo oí pasos sigilosos hasta la puerta entreabierta de mi dormitorio.

—Tati —susurró Eva desde la puerta—, ¿estás dormida?

—Ya no...

—Voy a preparar café, ¿te apetece?

—Sí, lo vamos a necesitar.

El café ya estaba en la mesa de la cocina y un par de rebanadas de pan en la tostadora llenando de un olor delicioso a pan tostado toda la cocina... Tenía mucha hambre, sería del polvazo de la noche anterior y de lo poco que comí durante la cena con los nervios de saber lo que vendría después.

—Me encanta este olor... Me recuerda a mi madre... Los domingos siempre desayunábamos juntas tostadas con mermelada de melocotón.

—¿Estás sentimental o me lo parece? —me miró con el ceño fruncido.

—Estoy hecha un lio, Eva... —me senté frente a mi taza de café.

—¿Tu lio mental se llama Alejandro Vidal?

—Podría llamarse así, sí —levanté la mirada y la fijé en la de Eva que acababa de sentarse frente a mí con las tostadas—. Anoche salí a cenar con él y después nos fuimos a su casa. Ya sabes... lo hicimos... Y tras hacerlo me dijo que pasase al baño si me apetecía y que me traería a casa...

—¿Y qué esperabas que iba a pasar?

—No lo sé, Eva... No soy experta en estas relaciones pero joder, no sé, pensé que me trataría de otra forma...

—¿Te trató mal? —empuñó el cuchillo con el que untaba mantequilla en la tostada y frunció el entrecejo—. Lo busco y no tendrá un rincón sobre la Tierra donde poderse esconder.

—No, tranquila, me trató bien, no puedo quejarme. Me refiero a que nuestro encuentro podía haber terminado de otra forma...

—Otra forma para ti es que te besara, abrazara y te dijera que podías dormir con él, ¿estoy en lo cierto? —no respondí pero tenía que admitir que tenía bastante razón, por no decir toda—. Tati, él ya te avisó del tipo de relación que quería...

—No sé si voy a saber jugar como él. No sé nadar en estas aguas, Eva.

—¿Te confieso algo? —asentí—. Yo tuve una relación así. Me alejé a tiempo, por suerte para mí.

—¿Por qué?

—Porque no quería enamorarme y él lo estaba consiguiendo... Si decides seguir jugando con él, no dejes de jugar, olvídate de muestras de amor, no le beses mientras follas, utiliza su cuerpo



para saciarte tú. Si eres capaz de hacer eso sin que te afecte en absoluto, sigue adelante, si te cuesta, aléjate. Es un consejo...

—Parece fácil así dicho...

—Es fácil, lo difícil viene después si te pillas por el tío y pasa de ti como de oler pedos ajenos... Hazme caso Tati, si piensas que no vas a poder seguir con su juego, aléjate. Ahora estás a tiempo...

Eva había salido con su padre a ver el local de un amigo para alquilarlo para la futura peluquería y yo, como ya estaba siendo costumbre, bajé al parque. Me senté en el césped apoyando la espalda en un árbol y observé las personas de mi alrededor.

Había una pareja en un banco compartiendo una bolsa de patatas fritas y un refresco, eran jóvenes pero parecía que llevasen toda la vida juntos, la confianza se respiraba entre ellos. Me fue inevitable acordarme de Pablo y de lo que habíamos tenido, lo mismo que él se había encargado de destrozar. Si me ponía a analizar la relación me entristecía ver que habíamos sido amigos más que pareja, y que por mucho que me doliese, no estaba tan equivocado al fin de cuentas. Pablo llegó a mi vida en un momento que lo necesitaba, fue mi tabla de salvación y yo, quizás llegué a su vida de igual manera. Se intentó convencer en un principio de que lo suyo con Víctor no había sido nada pero debió darse cuenta de que cuando alguien no significa nada, no arriesgas todo. Sinceramente echaba de menos los momentos de desahogo que tenía con él... Nuestras risas, nuestras bromas...

Oí la melodía de mi móvil en mi mochila, lo saqué y vi en la pantalla que era Amanda, la madre de Pablo. Como un acto reflejo, empezaron a temblarme las manos y temí que a Pablo le hubiese pasado algo. Descolgué y tragué saliva antes de responder.

—Hola, Amanda, ¿pasa algo?

—¡Ay, hija mía! —estaba llorando.

—Amanda, ¿qué pasa? Estás preocupándome.

—¿Podríamos vernos?

—¿Le ha pasado algo a Pablo?

—Quiero que hablemos cara a cara, Tatiana. Necesito verte.

—Sí, claro.

Me dejó preocupada. No quiso decirme nada más, colgó y me quedé completamente descolocada.

Habíamos quedado por teléfono para vernos en un bar que era muy tranquilo, allí podríamos hablar sin sentirnos muy cohibidas. En su voz noté que era muy importante lo que quería contarme así que aquel lugar nos daría algo de intimidad. Cuando llegué la vi sentada en una mesa. Amanda era la versión femenina de Pablo, su pelo almendrado con mechas rubias le daban un aspecto juvenil y radiante. Los ojos eran como los de su hijo, azules infinitos aunque en esta ocasión llevaba unas gafas de sol negras que dejaban muy poco a la vista. Durante mi relación con Pablo coincidí en contadas ocasiones con ella porque, aunque físicamente eran iguales, las personalidades de ellos eran muy diferentes y discutían muchísimo, esto sumado a que siempre creí que no le agradaba mucho que yo fuese su nuera, era todo y cuanto necesitábamos para vernos lo justito.

Me acerqué a ella un poco angustiada por cómo la había oído por teléfono.

—¡Hola, cariño! ¿cómo estás? —nos dimos dos besos y me senté en la silla que había a su lado. Nunca antes se había referido a mí en esos términos.

—Preocupada...

—Ya lo sé todo —llegó el camero y le pedimos dos refrescos—. Pablo me ha contado que lo habéis dejado y que ha empezado una nueva relación.

—Bueno... eso es una verdad a medias... Empezó una relación y por eso lo hemos dejado... En esta ocasión, el orden de los factores sí que alteran el producto...

—¡Es *maricón*! —fue como si me clavaran un puñal en el pecho... Pablo me había hecho mucho daño pero me dolió mucho oír esa palabra en boca de su madre refiriéndose a él.

—Lo correcto sería decir que se enamoró de un chico... ¿Para qué poner etiquetas absurdas y que pueden hacer tanto daño?

—Eso es ser maricón de toda la vida, Tatiana... No me lo esperaba, te juro que no me lo esperaba... Ya le he dicho que puede olvidarse de mí —el camarero dejó nuestros refrescos en la mesa—. ¿Cómo te sientes después de este engaño, hija mía?

—Me dolió mucho, pero no más, ni menos, que si hubiera sido con una mujer... Me duele la infidelidad en sí, no con la persona con la que la hizo.

—Tatiana, esto es un golpe para mi familia... No quiero que se entere nadie...

—Amanda, creo que estás buscando en mí una aliada.

—Las dos estamos sufriendo por lo mismo.

—No, Amanda. Yo sufro por su infidelidad, no por su condición sexual. No he venido para juzgarlo. Es más, si llego a saber que querrías hablarme de esto no hubiera venido.

—Este niño es una vergüenza para mi familia, ¿qué van a pensar nuestros amigos?

—Sinceramente Amanda, me repugna escucharte.

—¿Cómo dices?

—Quiero muchísimo a Pablo, eso no ha cambiado y no voy a juzgarlo como estás haciendo tú —me levanté—. Es tu hijo, Amanda, deberías apoyarlo...

—Tatiana, no te vayas. No tengo a quién contarle lo que siento.

—No quiero seguir escuchándote. Piénsate mejor las cosas —me fui de allí dejándola plantada sobre aquella silla metálica.

—¡Espera, Tatiana! —oí mi nombre gritado en la lejanía. Ni me volví para mirarla.

Amanda creería que yo me sentaría con ella a maldecir a Pablo, condenarle por el hecho de haberse enamorado de un hombre. Si Pablo me hubiese sido infiel con otra chica, ¿Amanda me hubiese llamado para maldecirle? No creo... A ella solo le importaba el qué dirán de los que la rodeaban. No pude evitar pensar que quizás Pablo me utilizó todo este tiempo para demostrarle al mundo que no era gay, o a lo mejor no, lo más seguro es que se enamoró de la persona sin importarle si tenía coño o polla... Aunque me doliese en el alma, Pablo había sido un valiente al dar el paso de iniciar una nueva vida junto a Víctor sabiendo la mierda que aquella decisión podría acarrearle. Poco le importó, lo único que tuvo en cuenta para tomar aquella decisión fue qué era lo que le hacía feliz, el resto poco le había importado, incluyéndome a mí...

Tenía la necesidad de recuperarlo, aunque tan solo fuésemos amigos, habíamos vivido mucho juntos y sabía lo que debía estar sufriendo ahora con el desprecio de su madre. Cogí mi móvil y sin pensarlo, le dejé un mensaje:

● **Si necesitas hablar, cuenta conmigo.**

No tardó mucho en responderme:

● **Gracias Tati. Seguramente ya habló mi madre contigo como me dijo que haría.**

● **Así fue... Quiero que sepas que estoy de tu parte. Mereces ser feliz.**

Sabía que mi mensaje le había descolocado un poco, conociéndole como lo conocía debía estar llorando emocionado, le iba a alegrar mucho saber que yo no era una enemiga más a abatir por defender su condición sexual.

Iba camino de la oficina, el día anterior, quitando el encontronazo con Amanda, podría decirse que fue tranquilo, domingo de mantita, peli y sofá. Pero aquella tranquilidad duró poco. Mi tranquilidad se había esfumado, estaba nerviosa, volver a ver a Alejandro me despegaba los pies del suelo.

Me puse guapa a consciencia. Elegí una blusa amarilla de sisa que llevaba por dentro de una falda cruzada negra que realzaba mis caderas y mi culo. Me puse unos zapatos negros de salón y los labios rojos. El pelo lo dejé ondulado y suelto.

Entré segura al bloque y me dirigí al mostrador donde siempre encontraba a Jesús. Siempre con una sonrisa sincera en la cara, él no fingía sonreír y eso se notaba.

—¡Buenos días, Tatiana!

—¡Buenos días! —se puso en pie con unas cartas para introducir en los buzones—. ¿Hay alguna carta para Vidal?

—Sí, espera —rebuscó entre las cartas que tenía en las manos y me dio un sobre—. Aquí tienes.

—Gracias.

—Por cierto, cada día estás más guapa, hoy tienes un brillo especial.

—¡Uy gracias! Así da gusto empezar el día. Debe ser esta blusa amarilla...

—No creo que tu brillo se lo debas a una prenda de ropa...

—Ay Jesús, qué poco sabes de lo que es capaz de hacer una prenda de ropa mona... —bromeé.

—Deberíamos almorzar algún día juntos.

—¡Eso está hecho! Voy a subir, no quiero llegar tarde.

—Por cierto, el sábado es mi cumpleaños y voy a hacer una fiesta en un local, si te apetece ir, estás invitada, puedes llevar acompañante. Cuantos más seamos, mejor lo pasaremos.

—¡Vale! Seguro me paso, dame la dirección después a la salida si te parece.

—¡Genial!

La oficina estaba tranquila. Pasé directamente a mi despacho evitando mirar al despacho de Susana que se encontraba con la puerta entornada. No me había sentado aún cuando llamaron a mi puerta, debía haber ido detrás pisándome los talones...

—Pasa.

—Buenos días, Tatiana. ¿Tienes un segundo?

Me costaba mantener la mirada fija en ella, me era difícil mirarle a los ojos.

—Claro, pasa, siéntate Susana —iba guapísima con un pantalón de pata de elefante blanco y una camiseta de sisa por dentro de color granate—. ¿Qué pasa?

—Vengo a traerte estos papeles que dejó esta mañana el señor Vidal sobre mi mesa antes de irse a una vista con unos clientes —me tiró, literalmente, los papeles sobre la mesa y los ojeé, no podía creerlo—. Es tu contrato, has superado el periodo de prueba en un tiempo récord. Has pasado a ser indefinida, has debido gustarle mucho.

—¡Estoy gratamente sorprendida!

—Enhorabuena —noté recelo en sus palabras, usaba un tono que no me estaba gustando—. Ahora deberías tomarte tu trabajo algo más en serio...

—¿Cómo dices?

—El viernes me quedé esperando que volvieras a tu puesto para darte una lista de clientes para archivar. Tuve que hacer yo tu trabajo...

—El viernes tuve que acompañar... —no me dejó terminar.

—Sé que fuiste a los juzgados, de eso estoy al tanto, pero después no volviste a tu puesto de trabajo... Si él llega a llegar aquí antes de las dos y no te ve aquí podría haberse liado la de Dios es Cristo...

—No iba a llegar él antes que yo —me estaba empezando a mosquear.

—Podría haber sido así perfectamente.

—En esta ocasión hubiera sido imposible, créeme...

—Con él nada es imposible...

—¡Él me llevó a casa! —estallé. A Susana se le cambió la cara.

—¿Te llevó a tu casa? ¿y aceptaste? —asentí—. Ya te avisé de que te anduvieras con ojo con él...

—No te preocupes por mí, Susana. Sabré cuidarme sola. Y ahora, si no te importa, tengo trabajo por delante...

—Sí, claro —se levantó y se fue.

Sentí rabia e impotencia. Debí darme cuenta de que Susana sentía más de lo que me dijo en el almuerzo. Me dijo que estaba enganchada a él cuando le pregunté si estaba enamorada. Yo pensé que tenía enganche físico con él pero creo que por parte de ella también había enganche emocional, y eso era más complicado de romper... No me quitaba en ese momento las palabras de Alejandro de la mente: *“La partida se acaba cuando uno de los dos quiere que termine”*. Parecía fácil pero con Susana no había quedado tan claro, me daba miedo de que a mí me pasase lo mismo...

Estaba terminando una de las tareas que Susana me había dejado preparada sobre mi escritorio antes de que llegase por la mañana. Estaba inmersa en mi trabajo cuando oí vibrar mi móvil en el cajón del escritorio. Miré la pantalla, era un mensaje de Alejandro:

● **Si no me has dicho nada es porque no lo has visto. Abre el último cajón de tu escritorio.**

Me quedé extrañada. Abrí el cajón y vi una rosa roja con una tarjeta:

***Seguro que combina con tus labios. Que tengas un buen día.***

***Alejandro Vidal***

Así era, combinaba con mis labios, y con mis mejillas...

Aquel gesto de Alejandro conmigo me descolocó por completo... Cuando yo intentaba convencerme a mí misma de que nuestra relación solo era sexual, y que por eso me llevó a casa después de follar, me sorprendía con un detalle romántico... Ya me dijo en una ocasión que era bipolar... Debía ser eso a lo que se refería...

Tatiana, te va a volver loca...

Le contesté:

● **Señor Vidal, gracias por la rosa. No la había visto. Debe ser usted adivino, combina a la perfección con mis labios.**

● **No soy adivino, solo me fijo en los detalles ;)**

●Bueno, le dejo. Tengo trabajo pendiente. No quiero que mi jefe me despida ahora que firmé un contrato indefinido.

●No creo que lo haga ;)

No le contesté. Guardé mi móvil y me puse a trabajar.

Escuché cerrarse la puerta principal de la oficina y oí pasos que se dirigían al despacho de Alejandro. Ya debió llegar el jefe, pensé. Minutos más tarde empecé a oír gritos femeninos.

Qué incómoda me hacía sentir aquella situación. La sensación de que aquello iría empeorando con los días era cada vez más firme. Sabía que aquellas discusiones en la oficina un día harían estallar toda la mierda que se iba almacenando entre aquellas paredes, entre nosotros, e íbamos a terminar todos salpicados, solo era cuestión de tiempo, estaba segurísima.

No debí hacerlo, lo sabía, sabía que no era lo correcto pero era lo que necesitaba, tenía ganas de enterarme de todo lo que allí se cocía. Me había mosqueado mucho la reacción que Susana había tenido a primera hora conmigo, quería saber qué tenía que decirle a Alejandro. Me quité las sandalias de tacón para no hacer ruido por el pasillo, como en las películas (y siempre solía salir mal). Fui sigilosamente hasta la puerta del despacho de Alejandro. No tenía que pegar la oreja a la puerta ni siquiera porque las voces eran bastante altas. Ambos gritaban, oír a Susana no me sorprendió mucho pero oír a Alejandro, sí. El Alejandro que yo conocía era un tipo agradable y simpático, ni tan siquiera podía ponerle cara al gesto que tendría dibujado en aquel momento donde la ira era dueña de su boca.

—... juro que vas a llorar lo que yo estoy llorando... Algún día se te acabará el juegucito de mierda que te traes. Ahora es esta, la acompañas a casa en su puta jornada laboral, le regalas un móvil, rosas rojas... ¿Esto va a durar hasta que te la folles? —sentí una patada en el estómago.

—¡Te pido por favor que te pires de mi despacho! Susana, estoy intentando ser todo lo paciente que puedo pero estás empezando a tocarme los huevos.

—¡No me pienso ir, joder! Ya estoy cansada de ser tu juguete de desconsuelo.

—¿Y quién cojones te obliga a serlo? Desaparece de mi vida, estaría encantado.

—Eres un cerdo desagradecido.

—¿Yo, Susana? ¿yo soy un cerdo? ¿yo soy un desagradecido? —se carcajeó irónicamente.

—Te follas a la que te place y cuando te dejan vuelves conmigo, soy la gilipollas de turno, la que siempre está ahí, esperando, esperándote... He aguantado mucho por ti y estoy arriesgando mucho más si cabe, y lo sabes, sabes que digo la verdad, Alejandro... —rompió a llorar convirtiendo la rabia en desesperación—. ¿Por qué con otra, joder? ¿por qué ahora te comportas así con Tatiana?

—¿Y por qué no? Tú decidiste dejar lo que teníamos, tú me has destrozado la vida.

—Quiero que estemos como hace unos meses... Juntos podemos ser muy felices...

No entendía nada... Siempre pensé que era él el que dejaba a todas las mujeres, que le gustaba cambiar de ficha... ¿fue Susana quién le dejó a él?

—No tienes derecho a exigirme nada... ¡Estás casada, Susana!

—¿Vas a seguir castigándome por lo que hice?

—No es un castigo... Sabes que te quise mucho, más que a mí, pero te dije que se terminó, te lo dije hace tres meses y sabes bien que se terminó... Ya no puedo más, Susana.

—Alejandro...

—Susana, vete, por favor.

—¡Estoy embarazada!

Casi me caí redonda al suelo... Las piernas empezaron a temblarme, aquello sí que no me lo esperaba... Susana estaba embarazada... ¡EMBARAZADA!

—¿Cómo dices?

—Lo que escuchas, Alejandro —su tono de voz se hizo más suave—. Estoy de tres meses...

—¿Y a mí qué me cuentas? Enhorabuena.

—Con mi marido casi no tengo relaciones... Alejandro joder, no me hagas explicarte cómo llegan los niños al mundo...

—Cuando vayas a tu casa y se lo digas a tu marido, cuando ese niño nazca y le haga una prueba de paternidad, entonces me creeré que es mío —dijo rotundo.

—Eres un puto cerdo...

—No hablemos de cerdades...

Escuché arrastrarse una silla y salí corriendo a mi despacho, agradecí no tropezar por el pasillo y dejar al descubierto la estupidez que acababa de hacer. Me senté en mi silla y el corazón me iba a mil por hora... Me repetí mil veces que no debía haber oído la conversación, era algo privado entre ellos dos, era asunto de ellos. No me pude conformar con pasarlo bien cuando nos apeteciera, no. Tenía que estar complicándome la vida, escuchando conversaciones ajenas, cual *Vieja del Visillo*, tras las puertas. Conversaciones que no me incumbían... Yo y mis maneras de joderme la vida.

Faltaba media hora para terminar mi jornada. No había oído salir a Alejandro de su despacho en toda la mañana. A Susana sí la oí salir y entrar varias veces de la salita que teníamos para comer para después volver a su despacho... También la había oído llorar, aquello parecía estar convirtiéndose casi en el día a día de la oficina como lo era ir a la máquina de las fotocopias o coger una galleta de la salita privada.

—¿Se puede? —me asusté.

—Sí, claro.

Estaba guapísimo con su pantalón de traje gris marengo y su camisa azul marina desabotonada y remangada hasta la mitad de su antebrazo dejando al descubierto el interior de los puños de color celeste, se le veían parte de los tatuajes y me encendí. Puto cabrón con la jodida capacidad de idiotizarnos como auténticas imbéciles...

—¿Te apetece que salgamos a almorzar?

Estaba tranquilo aunque su tupé estaba completamente despeinado... Me lo pensé. Iba a decirle que había quedado con Eva, cosa que era mentira, pero después pensé que quizás quería hablarme de Susana. Realmente no sabía si me apetecía oír algo más de lo que ya sabía.

—Vale. Pero antes tendría que terminar esto que... —me interrumpió.

—No hace falta, puedes terminarlo mañana, tu jefe no va a enfadarse —me guiñó el ojo—. Cojo mi chaqueta y nos vamos.

Fuimos en su coche a un bar de tapas que estaba bastante tranquilo, agradecí aquella calma. Después de la mañana en la oficina, lo que menos necesitaba era almorzar con barullo de fondo... Nos sentamos en una terraza exterior y pedimos un par de platos para compartir.

La tranquilidad de Alejandro me incitaba a contarle que había oído lo que Susana le había dicho, era como una necesidad vital, me estaba costando horrores mantener aquello dentro.

—Tengo que decirte algo, no sé si te va a molestar.

—No tengo un buen día, Tatiana... Si piensas que va a molestarme mejor no me lo digas, hazlo otro día...

—Necesito decírtelo —tragué saliva—. Oí tu conversación con Susana...  
—¿Cómo dices? —frunció el ceño y perdió la serenidad que tenía en la mirada.  
—Oí cómo discutíais y me levanté... —me interrumpió con rabia.  
—¿Has escuchado detrás de la puerta?  
—Dicho así no suena bien...  
—¡Es lo que has hecho!

Me quedé callada mirando mis manos temblorosas que estaban apoyadas sobre la mesa. Sabía que había hecho mal escuchando detrás de la puerta pero sabía que había hecho aun peor contándoselo.

—¿Es que todas las tías que os cruzáis en mi vida tenéis que ser especiales? —bufó y apartó uno de los platos que tenía cerca haciéndolo chocar contra otro—. ¿Conoces la palabra intimidad, Tatiana? —me gritó—. ¡Te conozco desde hace una semana prácticamente! No eres nadie para oír las conversaciones que tenga en mi despacho...

—Lo siento, pero es que...

—No hay ningún pero que sea lógico. ¿Es tan difícil mantenerte al margen de todo? ¿conoces en qué consiste tu trabajo en el bufete?

—¡Te estás confundiendo conmigo, Alejandro! —le grité yo también. Me estaba jodiendo oír cómo me levantaba la voz y, aunque mi actuación no había sido correcta, no iba a permitirle que me hablase así.

—¡No estoy confundido, joder! Me lo estás diciendo tú...

—Fui a escuchar porque esta mañana vino Susana a decirme, en pocas palabras, que mi contrato era porque debía follar bien para haber conseguido ser indefinida en tan poco tiempo... Quería saber si te lo decía a ti cuál iba a ser tu respuesta —se quedó callado frotándose la frente—. Solo quería oír de tu boca que mi contrato era porque soy buena en mi trabajo pero te dijo otras cosas y las oí... Si hubiese sabido que la conversación tomaría la dirección que tomé, te juro que jamás me hubiera levantado de mi silla...

Tenía ganas de llorar, se me pusieron los ojos vidriosos, me costaba enfocarle la cara. No quería romperme, no allí, no en aquel momento.

—Perdóname, te advertí que me lo dijeras en otro momento —respiró hondo y me cogió la mano que tenía apoyada en la mesa—. Estoy pagando contigo una rabia que no te corresponde... Lo siento, Tatiana. Aunque me molesta muchísimo lo que has hecho...

—No tenía intención de oír lo que oí...

—Son verdades a medias...

—Está embarazada.

—Me extraña que lo esté, y en el caso de que sea cierto lo que dice, no es mío —sentenció.

—Si quieres explicarme algo... —me interrumpió.

—Tatiana, no tengo nada que explicarte... Tú y yo estamos jugando, ¿lo recuerdas? —asentí—. Pues eso, disfruta el momento como yo hago contigo... No te metas en mi vida.

—¡Es que me confundes, joder! —retiré la mano que me tenía cogida y la rabia acumulada se me derramó de los ojos—. ¿Por qué me regalas flores? ¿por qué me dejas mensajes bonitos? ¿por qué anoche no sentí que era solo sexo y que te apresuraste con irnos porque tienes miedo de sentir? —me levanté y dejé sobre la mesa, de un manotazo, treinta euros que acababa de secar de mi cartera—. Esta vez pago yo.

Una parte de mí deseaba que me siguiera y me besara delante de todo el que pasase por allí, pero agradecí que se quedase allí sentado viendo como me alejaba.

Cogí un taxi y me fui a casa. Por suerte Eva no llegaba hasta las nueve. Me di una ducha y me tumbé en mi cama.

Lloré, lloré mucho...



## Capítulo 11

### NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE

Teníamos dos copas de vino en la mano y brindamos, como siempre, por nosotras. Eva había dejado su trabajo en la juguetería y estaba radiante. Nada que ver a cuando me despidieron a mí que me dejé de la mano de Dios... Me encantaría poder vivir la vida de la manera que la vive ella. Cuando Eva sufría o se llevaba alguna desilusión, no se permitía venirse abajo, todo lo contrario, se obligaba a resurgir y eso mola muchísimo.

—Se le quedó un careto... —se refería a Estela, nuestra exjefa, reímos a carcajadas.

—¡Me hubiese encantado verle la cara!

—Disfruté como un niño pequeño con un caramelo...

—Parece que todo se va enderezando.

—Nos los merecemos, amiga. Ya iba siendo hora de que el agua se encauzase. Así que, doble celebración, mi fin de contrato y el inicio del tuyo...

—Me encanta verte así —había olvidado lo mal que estaba, Eva tenía el don de contagiarme su positividad, su felicidad, me encantaba estar con ella—. Tenía ganas de hablar contigo. Estaba nerviosa por ti. A veces se me olvida que estás hecha de otra pasta y me preocupó con cosas que para ti están siendo coser y cantar...

—A mí me ponen nerviosa otro tipo de cosas, como por ejemplo tu cita con Alejandro, recé porque no te corrieras con lamerte un pezón. Espero que surgiera efecto...

—No tienes remedio...

—Bueno, venga, ya hablemos en serio.

—Ah, que sabes hacerlo...

—Ah, que sabes hacerlo... —me remedó poniendo voz de pito—. ¿Qué tal con el jefazo?

—No sabría por dónde empezar...

—¿Alguna novedad en la oficina?

—¿Novedad? Te vas a quedar flipando pepinillos...

Le expliqué lo que oí de boca de Susana en el despacho de Alejandro y nuestra discusión en el bar del que me había ido sin mirar atrás.

—No me gusta Susana —sentenció como solo ella sabía—. Me da mala espina. Por lo que me cuentas, creo que va a ir a por ti. Eres una rival fuerte...

—¿Yo una rival? Ay, Eva... Soy una más...

—Tú jamás serás una más en la vida de nadie, eres demasiado especial como para pasar sin dejar huella... —me dio un beso en la frente.

—Nunca debí aceptar su maldito juego...

—Pues retírate. Game over.

—Ay, amiga... —suspiré.

—Por cierto, sobre lo del embarazo de Susana, permíteme decirte que no me lo creo.

—¿No te lo crees?

—No. Se supone que está de tres meses... justo los tres meses que llevan sin follarse... Es decir, se quedó embarazada en el último polvo que echaron —se carcajeó—. Yo diría que esa ha visto muchas novelas...

—¿Inventarse un embarazo?

—No quiere perderlo, lleva muchos años con un tira y afloja con él... A esto hay que sumarle que está casada, quizás el marido está terminal y está esperando que se vaya al otro barrio para asentarle la cabeza al jefazo...

—Dios, demasiado retorcido todo... Creo que la que ha visto demasiadas novelas eres tú...

—Hay personas muy retorcidas, Tati...

—Bueno, dejemos ya el tema, he pensado tantas tramas diferentes que podría escribir diez libros con diferentes finales. Cuando llegué de trabajar y me di una ducha, empecé a ver las cosas de otra forma.

—Cuando estás a solas contigo misma terminas eligiendo la mejor opción.

—Aunque piense que nunca debí empezar esta partida, voy a divertirme con el jefazo y punto, me atrae mucho. Que sea solo cuestión de piel. Tengo que aprender a ser más fría... —levantamos las manos y las chocamos.

—¡Esa es mi chica! Por cierto, cuando me despedí de los compañeros, Pablo se quedó afectado... Nos habíamos cogido cariño...

—Su madre me citó ayer para decirme, básicamente, que Pablo era *maricón* —Eva abrió los ojos como platos—. Buscaba en mí una aliada y la dejé allí plantada... Pablo me ha hecho daño, pero no podía oír, de una persona tan cercana a él, esa palabra definiéndole... Joder, me dolió...

—Una cosa no quita la otra... Puedes estar dolida con él y no querer que le hagan daño... Amiga, eres todo corazón.

—¡Y tetas!

—¡También!

Un rato de risas con Eva, no necesitaba más para olvidarme de la mierda que me rondaba la mente.

No quería llegar a la oficina. En aquellos momentos estaban las cosas complicadas entre Susana y yo, entre Susana y Alejandro, entre Alejandro y yo... Un auténtico campo de batalla... Llevaba allí una semana y parecía que llevaba un año. Si que era intensa mi nueva vida, con lo tranquila que yo estaba comiendo chocolate con mi camiseta de las *Spice Girls*...

La noche anterior, mientras cenábamos, le dije a Eva que teníamos fiesta el sábado y estaba encantada. Ella también necesitaba desconectar porque, aunque llevábamos días que no hablábamos de él, sabía perfectamente que Óscar seguía presente en mi amiga... Necesitábamos pegarnos un fiestón. De esos en los que pierdes la noción del tiempo, y las tapas de los tacones.

Entré al portal y me acerqué al mostrador donde Jesús estaba hablando por teléfono. Me hizo un gesto con la mano para que me esperase así que me apoyé en el mostrador mirando unos catálogos publicitarios de muebles. Noté una mano en mi hombro y me temblaron las piernas a la par que el vello se me ponía en pie cuando aquella voz me habló al oído, un susurro, el calor de su aliento en mi oído me volvió loca.

—Hoy estás especialmente guapa —Alejandro me hablaba con picardía, con tono sereno pero ardiente—. Cuando te enfadas me dan más ganas de no dejarte ir nunca de mi lado.

Me giré y vi en sus ojos el deseo que mostraban sus palabras. Una vez más me dejó descolocada, no me salían las palabras. Puto don de enmudecerme, y de volverme loca...

—Te veo arriba —me guiñó el ojo—. ¡Buenos días, Jesús! Que tengas un buen día.  
—¡Igualmente, Vidal! —le despidió con la mano arriba—. ¿En qué puedo ayudarte, Tatiana?  
—Quería confirmarte mi asistencia tu fiesta de cumpleaños. Iré con una amiga.  
—¡Genial! Allí os veré.  
—Que tengas un buen día, Jesús.

La oficina estaba en calma. Las puertas de los despachos de Susana y Alejandro estaban cerradas así que, aprovechándolo, me metí en mi despacho.

Sobre el teclado del ordenador había un pequeño papel con una nota:

***Pásate por mi despacho.***

***Mira antes el último cajón del escritorio.***

***Alejandro Vidal***

Dejé mi bolso en el primer cajón del escritorio y abrí el último. Se me dibujó una sonrisita boba en los labios. Definitivamente este hombre me ponía *tontuca*... Cogí la rosa roja y la olí, junto a ella, una nota:

***Si combina con tus labios, me debes una cena.***

***Alejandro Vidal***

Me atusé mi vestido camisero rojo y fui directamente al despacho de Alejandro Vidal. Llamé a la puerta y pasé tras su permiso. Qué guapo estaba joder, cuando me sorprendió en el portal no me pude fijar bien. Traje negro, camisa gris perla y corbata negra. Suspiré. Si me gustaba vestido, sin ropa me volvía loca completamente, nadie podría imaginarse cómo era sin su traje.

—Me debes una cena.

—Es trampa, me vistes en el portal.

—Ay, Tatiana, esa rosa y esa nota, llevan en tu escritorio desde anoche... —sonreí.

—¿De verdad?

—Nunca miento —me guiñó el ojo—. Siéntate, antes de nada quiero decirte de nuevo que siento lo de ayer. No me gusta que me espíen o me controlen, aun así, estaba bastante cabreado y pagué contigo toda mi mierda.

—Vaya... —vacilé.

—Solo deja que fluya, es más fácil. No quieras complicar las cosas que son sencillas. Ven aquí —me quedé bloqueada.

—¿A dónde?

—Siéntate aquí.

Se apartó un poco del escritorio y me hizo un gesto con la mano para que me sentase sobre la mesa frente a él. Apartó el teclado de su ordenador dejándome más hueco para sentarme. Se me hizo un nudo en la garganta. *Déjate llevar*, me dije.

Me levanté mostrando seguridad, aunque no me lo creía ni yo, y me senté donde él me había dicho.

—Cuando ayer vi que te ibas enfadada del bar—bufó y se mordió levemente el labio inferior —, me puse muy cachondo —puso su mano derecha en el muslo de mi pierna izquierda subiéndola muy lentamente.

—¿Piensas follar aquí con Susana en el despacho de al lado?

—No está, y si estuviese tampoco me iba a importar mucho, créeme... —acercó su silla de escritorio acolchada al escritorio quedándose pegado prácticamente a mí—. Vas a correrte en mi boca, y después voy a follarte.

—Alejandro...

—Si no quieres, párame, pero hazlo ahora, por favor.

No dije nada, estaba deseando sentir su lengua. Levantó mi vestido dejándolo enrollado en mi cintura. Su forma de hablar ya me había puesto húmeda. Levanté el culo para facilitarle la tarea de deshacerse del tanga blanco que aquel día llevaba, me lo quitó y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Apoyé los tacones en los reposabrazos de su sillón y hundió la cabeza entre mis piernas.

—Joder, Tatiana...

Gemí y le agarré del pelo aferrándolo a mí.

Lamió hasta el último rincón, todos mis pliegues, llevándome al orgasmo demasiado rápido. Noté mi cuerpo vibrar. Los brazos, que aguantaban el peso de mi cuerpo levemente echado hacia atrás, empezaron a fallarme. No me había recompuesto cuando se puso de pie y me bajó del escritorio agarrándome del culo. Me dio la vuelta y me apoyó en su escritorio. Sentí el frío del escritorio en mi cara y lo agradecí, me ardía el cuerpo. Quedé expuesta completamente para él. Escuché bajarse la cremallera de su pantalón y como la hebilla metálica de su cinturón golpeaba el suelo. Abrió un cajón de su escritorio y oí rasgarse un paquetito, segundos después, me embistió con dureza haciéndome eruir del dolor, un dolor que se transformó en placer en segundos.

—No te muevas —enrolló mi coleta alta en su mano y tiró hacia él—. Voy a follarte hasta que me corra. Córrete otra vez, Tatiana.

Aquellas palabras desataban mi yo más primario, el que no entiende de razón, aquel que busca única y exclusivamente el placer. El mismo que intentamos no dejar al descubierto durante mucho tiempo, el que ocultamos para que la sociedad no nos juzgue, el mismo que un día se empeña en salir en el banco de un parque después de varios besos que no solo te rozan la boca, en un callejón oscuro o en el baño de cualquier garito. ¿Por qué buscar placer está tan mal visto, joder?

Sus embestidas se tornaron duras y más aceleradas. Gemía de una forma brutal, mi cuerpo se estremecía para volver a llegar al orgasmo, su forma de gemir me ponía muy cachonda. Me corrí entre fuertes gemidos y gritando su nombre dándole pie a correrse de forma escandalosa.

Se separó y me puse en pie. Me quedé mirándole como si fuese la primera vez que le veía desnudo. Ver cómo se quitaba el condón de la polla que, aunque acababa de correrse, seguía dura, ni un ápice de laxitud, me volvía completamente loca. Hizo un nudo con él y lo tiró a la papelera que había debajo de su escritorio. Aunque yo intentaba buscarle la mirada, él parecía evitármela, se tocaba el tupé con nerviosismo y, para no seguir incomodándole, decidí vestirme sin volver a mirarle.

—¿Me puede dar mi tanga, señor Vidal?

—¿No tienes más? —asomé su sonrisita burlona de medio lado y por fin me miró a los ojos.

—Aquí no...

—Lo siento... La próxima vez serás más precavida —me guiñó el ojo y sonreí con picardía.

—¿Insinúas que debo llevar un repuesto de tanga en mi bolso?

—Es solo un consejo...

—Fetichista...

—Coleccionista —puntualizó.

Me fui a mi despacho y trabajé como pude. Estar sin bragas no me pareció tan incómodo como

creía que sería.

La semana se me pasó volando... Alejandro no había pisado la oficina desde el martes. Habíamos hablado por teléfono de asuntos profesionales, aunque me dijo en varias ocasiones que estaba deseando sentir el calor de mi cuerpo (me lo dijo con palabras bastante más cerdas pero prefiero plasmarlo así)... Susana solo vino el jueves, no cruzamos muchas palabras, estaba distante conmigo y por mi parte lo agradecía, no me apetecía hablar con ella. Después de la conversación que tuvimos Eva y yo en casa, estaba desconfiando muchísimo de ella...

Eva entró en mi dormitorio sacándome por completo de mis pensamientos Alejandro-Susana. Últimamente andaba sumergida por completo en ellos. Venía impresionante con un vestido negro muy escotado, Eva no tenía mucho pecho pero lo tenía precioso y sabía sacarle partido, el pelo lo llevaba suelto con sus preciosos rizos rojizos cayéndole por la espalda y la cara.

—Tati, con tu permiso te cojo las sandalias rojas —así era ella, no había dado mi permiso cuando ya las tenía puestas.

—¿Qué te parece? —giré como la muñequita que baila en las cajas de música antiguas.

Había elegido para la fiesta de Jesús, un vestido estampado de flores de colores muy vivos, ceñido al cuerpo, con fondo turquesa, a juego con mis ojos. Elegí unas sandalias amarillas anudadas con un lazo a la pierna. Labios rojos y un par de capas de máscaras de pestañas.

—Brillas.

El taxi nos dejó justo en la puerta de una nave de un polígono que no estaba muy lejos de casa. Desde el portón cerrado se oía la música de la fiesta. Había un hombre vestido de negro en la puerta que, tras darle mi nombre, nos permitió la entrada.

Estaba impresionada con el despliegue montado por Jesús para su cumpleaños... Entrar en aquella nave era un auténtico espectáculo visual, cuidado al milímetro, los espacios perfectamente distribuidos para amenizar la estancia en la fiesta a los invitados, no faltaba un perejil. El juego de luces que animaba la fiesta al ritmo de la música me pareció espectacular. Noté una mano en el hombro y me sobresalté.

—¡Bienvenida!

—¡Felicidades! Gracias por invitarme, Jesús. Estoy muy impresionada con el fiestón que te has marcado —hablábamos a gritos aunque estábamos muy cerca.

—Cumpla años solo una vez al año, es mi día, morena, lo doy todo —sonrió.

—Mira, voy a presentarte a mi mejor amiga —cogí a Eva del brazo acercándola a nosotros—. Ella es Eva.

—Encantado Eva, yo soy Jesús, el anfitrión del fiestón —se dieron dos besos—. ¿Por qué no me has dicho nunca que tenías una Afrodita como amiga?

—Creo que nunca salió el tema —le saqué la lengua.

Eva, Jesús la había comparado con Afrodita, la diosa de la belleza, cuánta razón tenía, pocas mujeres podían igualar la belleza de Eva. Aunque si Eva era tan bella por fuera, por dentro lo era muchísimo más, y eso sí que era una fortuna.

—Disfrutad, chicas.

—¡Te traje un regalo! —le grité.

Le entregué un paquete que desenvolvió con un poco de vergüenza. Le había comprado un reloj plateado con la esfera azul marino que debió de encantarle porque se lo puso nada más sacarlo de la cajita en la que venía envuelto.

—Mil gracias, me encanta —me dio dos besos y se despidió de nosotras—. Os veo en un momento, han llegado más invitados. Me siento como el Rey el día de la fiesta nacional... Tomad

tanto cuanto queráis.

Nos reímos con aquella comparativa y, aún con la sonrisa dibujada en nuestros rostros, le vimos alejarse para saludar a una pareja de chicos que acaba de llegar.

—Tati, ¿de verdad que me consideras tu amiga?

—Pues claro, ¿a qué viene esa pregunta tan estúpida?

—¿Por qué no me has dicho nunca que el conserje de tu edificio es tan guapo? Habría ido a recogerte de vez en cuando, ya tú sabes... —Eva me sacó la lengua y sonreí.

—Jesús es un buen tío, me gusta para ti.

—A mí también me gusta para mí. Pero no para casarme, sabes que yo no creo en eso del amor para toda la vida...

Ahora que lo pensaba Jesús podría ser un candidato diez para mi amiga. No era tan llamativo físicamente como Óscar pero le podría dar estabilidad emocional. Las veces que había coincidido con Jesús me había dado cuenta de que era un chico amable, simpático y muy trabajador. Pero Eva no estaba preparada para empezar nada con nadie y de Jesús no conocíamos ni tan siquiera su situación sentimental...

Eva se quedó mirando fijamente hacia el portón de entrada al que yo estaba dando la espalda.

—¿Qué pasa, Eva? ¿qué miras?

—Madre mía cómo está el que acaba de entrar...

—Estás enferma...

—Cuando veas al tío en cuestión llámame enferma.

Me giré discretamente, intenté mirar disimuladamente, todo lo contrario a Eva. Me ruboricé al instante. Desprendía miles de cosas que hacía fácil el llevarse todas las miradas de las féminas a su persona.

—¡Es Alejandro!

—¿Tu jefe? —Eva parecía hipnotizada, no parpadeaba, no podía culparla, Alejandro Vidal despertaba esas sensaciones en las mujeres (y estoy segura que en algunos hombres también).

—El mismito que viste y calza... —sonreí—. ¡Y vaya cómo lo calza!

Estábamos riéndonos a carcajadas cuando cruzamos las miradas. No se lo pensó dos veces y vino directo hacia mí, en ese momento empezaron a temblarme las piernas. Andaba esquivando a la gente, mantenía la mirada fija en su objetivo, yo. Tras su paso, algunas mujeres murmuraban con otras sobre él, otras únicamente se limitaban a morderse el labio. Las entendía a la perfección.

Alejandro me ponía muy nerviosa. Le mantuve la mirada demostrando mi falsa seguridad. Fue directo a mi oído, agarrándome de la cintura, me erizó la piel.

—Una maravillosa casualidad —sonreí como una tonta—. Estás preciosa, Tatiana.

—Gracias, tú estás muy guapo también.

Llevaba un pantalón chino gris marengo con una correa ancha con una hebilla plateada, tenía la camisa metida por dentro del pantalón, una camisa blanca desabotonada dejando ver un principio de pectoral bien formado y bronceado, remangada por mitad del antebrazo dejando a la vista sus tatuajes. El pelo bien peinado con su tupé mojado, estaba increíblemente sexy, y me encantaba.

—Alejandro, voy a presentarte a mi amiga y compañera de piso —atraje a Eva e hice las presentaciones.

La cara de mi amiga era un poema, estaba maravillada.

—Tatiana me había hablado de ti pero no me dijo que fueras tan guapa...

—Muchas gracias —dijo Eva sonriendo.

—Voy a por una copa, ¿queréis algo?

—Un gin-tonic... —contestó Eva prácticamente antes de que Alejandro terminase de preguntarnos.

—Que sean dos —le dije.

Necesitaba beber algo, los nervios me dejaban la boca seca como una alpargata. Le vimos alejarse, no pude evitar mirarle el culo que le hacía aquel pantalón.

—El jefazo está para morirse, ahora entiendo por qué andas tan contenta últimamente... —le di un codazo a Eva y empezamos a reír ruidosamente.

Toda la estancia que rodeaba la pista de baile prefabricada en aquella nave, estaba acomodada con unos sofás de colores dándole el toque moderno y divertido. Desde donde estábamos Eva y yo sentadas podíamos ver a Alejandro pidiendo en la barra nuestras copas, también podía ver a una rubia que se le acercaba cogiéndolo del hombro y dándole un beso en la mejilla con coquetería. Empezó a hervirme la sangre, allí estaba ella, Susana. Me dio rabia que estuviera allí, estaba volviéndome celosa con respecto a Alejandro. Me enfermaba la idea de que otra pudiese tocarlo. Pensar que otra pudiese tenerlo de la misma forma que yo lo había podido tener durante estos últimos días me ponía enferma. Sabía el tipo de relación que teníamos, pero no podría soportar compartirlo.

**Nota mental:** Preguntarle a Alejandro si podíamos jugar en diferentes tableros y con otras fichas a la vez que jugábamos nuestra partida.

**Nota mental 2:** Rezar para que la respuesta fuese NO.

—¿Estás bien?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Supongo que la rubia que está agarrada a la cintura del jefazo es Susana —asentí sin poder apartar la mirada de Alejandro y Susana—. No es oro todo lo que reluce, amiga. No estés preocupada por ella.

—No me apetecía verla hoy... Solo es eso.

Eva me apretó la rodilla. Me conocía a la perfección, sabía más de mí que mi propia madre. No podía engañarle, estoy segura de que sabía lo que estaba sintiendo.

Susana le atrajo la cara agarrándolo por la barbilla, quería besarlo, estaba enganchada a él, su rostro mostraba sumisión frente a él, pero él le retiró con dureza la mano. Un gesto que me encantó, he de reconocerlo... Susana era una mujer casada y no le importaba exponerse de esa forma delante de tantas personas frente al que había sido su amante.

Dejándola allí plantada en la barra, con gesto serio, volvió donde nos encontrábamos Eva y yo sentadas. Qué difícil sería fingir que no me había afectado ver las manos de Susana en la cintura y en la cara de Alejandro.

Susana, desde la barra siguió a Alejandro únicamente con la mirada y cuando se percató de mi presencia se le cambió el rostro. Éramos dos mujeres sintiendo lo mismo. Ninguna quería compartirlo, ambas deseábamos ser la única en la vida de Alejandro, no era una maldita competición para ver cuál se llevaba “el trofeo”, era más bien una lucha interna por ver quién podía lastimarse menos. Las dos teníamos miedos, estaba segura de que ambas teníamos los mismos sentimientos por la otra e incluso por el propio Alejandro Vidal.

—Tomad preciosas —nos cedió nuestras copas con su irresistible sonrisa.

—Gracias, Alejandro —Eva se levantó de mi lado—. Voy a ir a menear un poco el pandero. Cuidamela mucho, jefazo.

—Siempre lo hago —le guiñó un ojo acompañado de su sonrisa picaresca de medio lado—. ¿Me ha llamado jefazo?

No sé cómo aguanté el trago de gin-tonic que tenía en la boca dentro de ella. Me aguanté una carcajada y me tragué el trago a la vez que asentía.

—Veo que te divierte verme descolocado —se sentó a mi lado poniendo su mano fría por el contacto con su copa en mi rodilla, me erizó la piel.

—No sabes cuánto.

—A mí lo que me divierte es jugar contigo. Te he echado de menos estos días que he estado fuera de la oficina...

—¿Sí? —mi voz sonó más coqueta de lo que quería. Se acercó a mi oído estremeciéndome.

—¿Me has pensado mucho?

—Lo suficiente durante el día como para llegar a soñarte por la noche.

—Tatiana, eso es de las cosas más bonitas que me han dicho jamás...

—Pensé que estabas acostumbrado a tener halagos constantes...

—Estás equivocada...

Nos quedamos en silencio. Él miraba mis piernas como si de un escáner de rayos X se tratase y yo fingía que no me daba cuenta.

—Tatiana —me dijo al oído—, he echado de menos tu coño apretando mi polla —tragué saliva sonoramente, no me esperaba aquellas palabras tan cargadas de lujuria—, tus bragas en mi bolsillo, tus gemidos acompañados de mi nombre...

—Vaya...

—Tengo ganas de follarte, ahora.

Putas ganas de volverme loca con solo hablarme, anulaba toda mi coherencia mental.

—¿Has follado alguna vez en un lugar como este?

—No...

—Sígueme.

—... Alejandro, no creo que sea una buena idea, Eva...

—Eva está bailando —sentenció.

Me dio la mano y me levantó pegándome a su pecho. Podía esnifar su olor hasta quedar drogada de él. Me agarró por la cintura atravesando toda la nave. Ahora era yo la que despertaba miradas, no de deseo, de envidia.

Llegamos a una puerta de metal con un letrero que dejaba bien claro que aquello era zona privada pero a él le importó muy poco... Sacó una llave de su bolsillo trasero y abrió la puerta, me quedé atónita, completamente descolocada. Me hizo pasar y encendió la luz de la habitación. No podía creer lo que veían mis ojos. La habitación estaba perfectamente acondicionada, tenía una cama central redonda con sábanas negras de raso, había una rosa roja encima de estas. Las paredes y el techo estaban repletos de espejos, justo al lado de la puerta había una cómoda y sobre ella una botella de vino y dos copas.

—¿Una cama redonda? Pensé que solo las fabricaban para el cine porno...

—Tengo mis contactos —sonrió guiñándome un ojo y me reí.

—Ya veo, ya... ¿Has preparado tú todo esto?

—No preguntes y disfrútalo.

—No deja de sorprenderme, señor Vidal.

—He ahí la magia.

Nos besamos con desesperación, nunca antes había sentido su boca de esa forma y me quedé un poco descolocada aunque disfruté aquellos besos como si fuesen los últimos. Con la misma desesperación nos desnudamos mutuamente. Nuestra ropa iba cayendo sobre el suelo marmoleado



sin orden. Le deseaba y me encantaba que él también me desease a mí.

—Me gustaría follarte piel con piel.

Tragué saliva. Yo tomaba la píldora desde hacía años pero no conocía a Alejandro como para entregarme a él de esa forma. En otro momento de mi vida hubiese actuado de otro modo, bendita madurez...

—No es una buena idea, no nos conocemos apenas y nuestra relación solo es un juego, ¿recuerdas? —sonrió y me miró a los ojos haciéndome sonreír a mí también.

—Tienes razón, tendré paciencia. Sé que llegaré a tenerte así, lo sé. Algún día...

Fue dejando besos por mi cuello y mis tetas ya desnudas y duras por la excitación. Me sentó en el filo de la cama, vestida únicamente con mi tanga negro de encaje y mis sandalias de tacón para él quitarse sus zapatos y los calcetines y poder deshacerse del pantalón que pocos minutos antes yo había desabrochado con desesperación. Su bóxer negro marcaba su voluminosa polla humedeciéndome más aún. No me cansaba de mirarle. Me encantaba cómo se transformaba para dejar de ser Vidal, el prestigioso abogado que todos conocían y pasar a convertirse en Alejandro, el chico joven con su lado alocado. Se desprendió del bóxer y noté que el corazón me dio un vuelco.

Me cogió del pelo arrodillándome frente a él, su polla dura y firme me apuntaba directamente a la cara. Tenía la punta brillante y húmeda. Me la metió en la boca con brusquedad provocándome una arcada. La dureza que ejercía con mi pelo en su puño me descolocaba, su desesperación me hacía sentirme deseada de manera que nunca antes me había sentido. Devoré su polla con ganas, saboreándola, llenándome de su sabor. Oír sus bufidos me estaba poniendo muy cachonda. Succioné con fuerza, la llevé a lo más hondo de mi garganta tragando todo el líquido que salía de su polla.

—Túmbate en la cama, si sigues comiéndomela así voy a correrme en tu boca.

Hice lo que me dijo sin dudarle un solo segundo.

Me quitó el tanga de manera brusca, rompiéndolo y dejándome una pequeña marca del roce en mi cadera. Estaba desesperado, lo notaba en su manera de respirar, agitado.

—No te muevas —me ordenó.

Se acercó a la cómoda dándome la espalda. Era un dios griego, espalda ancha perfectamente contorneada y un culo musculoso y firme. Sacó algo que no alcancé a ver.

Se colocó detrás de mi cabeza. Alcé mi barbilla para poder ver lo que hacía y las vistas que obtuve fueron inigualables. El pelo húmedo le rozaba la frente, la lujuria era dueña de sus ojos y el labio inferior mordido con fuerza.

—Dame las manos.

Sostenía unas esposas de cuero negro que me estremecieron, no sabía si quería hacer aquello, me intrigaba y a la vez me cagaba de miedo prácticamente al cincuenta por ciento, aun así hice una vez más lo que me ordenó. Estaba allí para jugar, ¿no?

Me puso las esposas asegurándose de que no me hacían daño en las muñecas (agradecí y me tranquilizó que lo hiciera así) y me subió las manos por encima de la cabeza. Las enganchó a una cadena que debía estar soldada a la parte fija de la cama. Me miré en el espejo del techo y me excitó mi propia imagen sobre aquellas sábanas negras. Estaba completamente a su merced, desnuda, me sentía curiosa a la vez que temerosa por saber qué sería lo que tendría Alejandro en mente con respecto a mí.

Se colocó de rodillas en la cama y se puso el condón. El simple gesto de deslizarse el condón por la polla ya despertaba mi lado oscuro. Me abrió las piernas dejándome expuesta por

completo. No sentí pudor. Me besó y lamió la pequeña herida que me había hecho con el tanga y me susurró un *perdón* que me confortó, su parte tierna afloró en esa milésima de segundo.

Me penetró con fuerza. Mi espalda se curvó con la embestida y las esposas evitaron el movimiento que mis manos quisieron hacer de manera instintiva. Empezó a darle ritmo a sus movimientos follándome de manera que me hacía estremecer, notaba que el orgasmo estaba cerca, lo sabía. Nuestros gemidos retumbaban por toda la habitación, estábamos desatados, la pasión era extrema. Entre nosotros había mucha química y eso no se podía tapar fácilmente. El espejo del techo me permitía ver las partes del cuerpo de Alejandro que, por la postura, no alcanzaba a ver. Me estaba volviendo loca. Me corrí ruidosamente y no dejé de sentir placer con la fricción de su polla dentro de mí. Sus bufidos me decían que iba a correrse pronto, y así fue, llevándome junto a él al orgasmo de nuevo.

Se retiró rápido de mí. Me volvió a dar un vuelco el corazón, una parte de mi ser deseaba que me besara y abrazara después de aquellos encuentros que teníamos, pero ya sabía lo que buscaba en mí, y yo lo había aceptado. Había algo que no entendía, ¿por qué me besó antes de empezar?

Me quitó las esposas y masajeó las pequeñas marcas que habían quedado en mis muñecas. Las sábanas negras estaban manchadas de mi excitación, me ruboricé.

—No te preocupes por eso —parecía leerme la mente—, me encanta.

—Eres un cerdo.

—Lo sé —me guiñó el ojo mientras se quitaba el condón y lo anudaba.

Retiró la sábana manchada y la metió dentro de un cesto que había en una de las esquinas. Intentó dejar la habitación lo más recogida posible y tras vestirnos y colocarnos el pelo de manera decente, salimos de nuevo a la muchedumbre que bailaba al ritmo de una música electrónica infernal. Me cogió de la mano y tiró de mí para pasar entre los asistentes sin separarnos. Fuimos directos al sofá donde habíamos estado sentadas Eva y yo pero noté una mano que me frenó. Me giré y allí estaba. Susana me miró con cierto recelo y negó con la cabeza. Tenía los ojos vidriosos y me sentí un poco mal por ella. Estaba embarazada del hombre que me llevaba de la mano. Alejandro, que no fue consciente de la presencia de Susana y de la mirada de decepción que me había lanzado, volvió a tirar de mí y conseguimos llegar al sofá.

Eva estaba sentada con Jesús y se reían de manera escandalosa. Me encantó ver a Eva con aquella actitud. Verla reír era fantástico.

—Bonita rosa, jefazo —se reía descontroladamente mirándonos.

Creo que mi cara de recién follada me estaba delatando frente a mis amigos y me estaba dando una vergüenza tremenda.

—Una flor para otra flor.

—Eso no es de tu cosecha, jefazo. Deberías ir aprendiendo cosas nuevas, cosas que sorprendan a mi amiga.

—¿Alguna sugerencia? ¿Alguna pagina web donde descargarme el manual del perfecto seductor?

—Eso no te hace falta... está absolutamente seducida...

—¿Tú crees? —sonrió a la vez que fijaba sus ojos en los míos.

Eva había bebido, había bebido bastante. Me daba miedo que pudiera soltar cualquier cerdada por la boca, conociéndola no era algo imposible...

—Tati, Jesús y yo vamos a quedar un día de esta semana para almorzar cerca de vuestro trabajo, tenéis que venir. Los dos —matizó—. Las personas suelen verse para otras cosas que no es fo... —la interrumpí bajo las risas de Alejandro y Jesús.

—Creo que ya es hora de volver a casa, Eva.

—Aguafiestas... Siempre me hace lo mismo...

—¿Por qué será? —puse los ojos en blanco.

—Jefazo —agarró a Alejandro de la delantera de su camisa y él mantuvo la sonrisa que desde hacía un buen rato lucía en su cara—, apártate de ella, aún estás a tiempo...

—No estoy tan seguro de poder apartarme ya... —la mirada que me dedicó volvió a descolocarme.

Me encantaría poder haber sabido lo que su mente le dictaba, hubiese pagado incluso por haberle leído el pensamiento en aquel mismo momento, me hubiese ayudado a saber a qué jugaba realmente Alejandro. Me temía que su juego ya iba más allá de donde el sexo era lo único que tenía cabida. Sus ojos me miraban de manera diferente a la que su cuerpo actuaba, vivíamos en una eterna contradicción generada por sus idas y venidas. Alejandro era un hombre difícil, ya me lo advirtió Susana en una ocasión, pero no había sido consciente de cuán difícil podía llegar a ser... O quizás Alejandro no era difícil sino más bien, le hicieron serlo.

¡Ay, Alejandro! ¿qué demonios pululaba por tu cabeza?

## Capítulo 12

### ILUSIÓN

Salí a pasear al parque que podía ver desde la ventana de mi habitación. La noche anterior me costó dormir pensando en lo que había pasado con Alejandro y necesitaba despejarme.

Después de mucho rebatirme, llegué a la conclusión de que me estaba ilusionando con mi jefe y era completamente consciente de que aquello era lo que menos me convenía. Empezaba a necesitar más de él, quería compartir con él charlas, paseos, tardes de cine, risas, lloros, gritos, discusiones porque no bajó la tapa del váter... La cama era un lugar increíble cuando la compartía con él pero me apetecía más...

Una parte de mí presentía que él necesitaba lo mismo que yo, lo sentí cuando me besó, cuando me regalaba rosas, pero me descuadraba cuando evitaba abrazos y acercamientos después de tener sexo. No sabía cómo afrontar esos giros en nuestro juego y empezaba a sentirme perdida.

Me senté en el césped con un libro que me hacía desconectar de todo. Leer era mi mayor distracción, podía pasarme horas y horas leyendo. Meterme en mundos paralelos al que yo vivía, conocer, sin ni tan siquiera llegar a ver, a unos personajes que poco a poco se iban quedando dentro de mí y que me invitaban a conocer sus vidas.

—Perdone, señorita —levanté la mirada de mi libro, esa voz...—. ¿Sabe el camino hasta el interior de la cabecita de Tatiana Santana?

Sonreí, estaba tan guapo vestido simplemente con un chándal como con su traje de abogado respetable.

—Camino difícil, caballero.

—Llevo calzado cómodo —me guiñó el ojo—. ¿Puedo sentarme?

—Sí, claro.

Se sentó a mi lado. Olía de maravilla, su olor ya lo tenía entre mis olores preferidos del mundo, junto con el olor del chocolate caliente y el suelo mojado del invierno, ¡ah y las tostadas de mi madre! Llevaba un pantalón de chándal negro, una camiseta blanca y sus zapatillas de deporte negras anudadas. No podía dejar de mirarle los tatuajes de los brazos. Debí de ser demasiado descarada.

—No creas que olvidé que quieres tatuarte algo pequeñito.

—Aún no estoy decidida... Debe ser algo que quiera llevar eternamente en mi piel.

—No hay que pensarse tanto las cosas.

—Yo tengo ese defectillo —me miraba con una atención pasmosa, me llegaba a poner nerviosa incluso—, pienso las cosas demasiado. Eva siempre me llama aburrida por ello, nunca suelo arriesgarme a nada.

—Conmigo lo has hecho.

—Eres la jodida excepción que rompe toda regla.

—Mola.

Nos quedamos unos minutos callados, yo arrancando hojas del césped que tenía bajo mi mano derecha, él mirando sus zapatillas de deporte como si nunca antes las hubiera visto. Me lo pensé, pensé mucho si debía sacarle el tema o simplemente dejarlo estar por ahora, pero yo soy “*Tatiana, la sin filtros*”...

—¿Sabes algo del embarazo de Susana?

Se le torció el gesto, Susana le incomodaba mucho. Me cuestionaba mil veces al día qué podía pasar entre ellos para que la tensión que le ocasionaba solamente oír su nombre, le fulminase de esa forma la calma en su rostro.

—No me apetece hablar de ella, Tatiana.

—Estaba en la fiesta de Jesús...

—Lo sé.

—Vi cómo te intentó besar.

—Olvídate de ella.

—Conmigo está muy tirante, no sé cómo enfrentarme a las cosas, el ambiente tenso que se respira en la oficina se corta con un cuchillo...

—Todo lo referente a Susana no te interesa.

—Yo diría que sí. Tú y yo ahora...

—Te interesa lo que pertenezca a nosotros y ella no pertenece ni tan siquiera a mí.

—Quiero conocerte algo más —le busqué la mirada, necesitaba decirle las cosas que tenía en mente mirándole a los ojos—, no sé cómo llegar hasta tu corazoncillo, estoy casi segura de que no tienes una piedra.

—No me gusta hablar de cosas que no tienen importancia, y Susana es una de ellas. Eso es todo.

—Susana también me afecta a mí, Alejandro. ¿No lo entiendes? —apartó sus ojos de mi cara y se miró sus zapatillas de deporte de nuevo—. Ella y yo teníamos buena relación y ahora es inexistente.

—Pues créeme que es mejor para ti...

—En la oficina me evita y si tiene que comunicarse conmigo lo hace de manera seca. Créeme tú que no es agradable trabajar así.

—No trabajas para Susana. Susana es sinónimo de *malos rollos*. No necesitas ninguna palabra de ella.

—Esa es tu opinión, y dista bastante de la mía. No me van los malos rollos. Me gusta estar tranquila.

Sus palabras cortantes me ponían de mal humor. Si no me contaba nada mi mente se ponía en lo peor.

—Pues si te gusta estar tranquila no quieras tener relación con Susana, tiene el poder de ennegrecer lo todo.

—No será tan mala su presencia cuando a pesar de todo lo que dices está ahí, trabajando codo con codo contigo.

Bufó y supe que estaba pisando terreno pantanoso.

—Quiero saber de ti... No es tan difícil...

—Mi vida es aburrida, Tatiana —me dijo alzando la voz—. Toda mi vida se desarrolla entre la oficina, juicios y mi hermana...

—Y camas... —la sin filtros de nuevo en escena.

—No ha habido tantas camas como piensas.

—Lo único que sé es que te gusta cambiar de ficha, y de tableros —apunté con retintín—. ¿Me has contado algo más, joder?

—No te interesa nada más de mí. Ya conoces lo que tienes que conocer.

—Estás equivocado —su mirada me instaba a seguir aunque por sus palabras podía entender que deseaba que me mantuviese ya calladita—. Joder, Alejandro. Yo no me voy acostando con todos los tíos que pasan por mi vida... Acabo de salir de una relación larga con muchos planes truncados, he sufrido mucho, no quiero volver a sufrir. Creo que tarde o temprano voy a necesitar más de ti, lo mejor es que lo dejemos como está. Yo soy de las que lo quiero todo, no me gustan las cosas a medias, pensé que podría con esto pero me equivoqué. No quiero engancharme a alguien que no puede darme más. Tampoco quiero meterme entre dos personas que no terminan de cerrar ciclos...

Respiré hondo, necesitaba soltarlo y ya estaba hecho. Una retirada a tiempo es una victoria. Retiró sus ojos de los míos. Se quedó callado unos segundos y respiró hondo. Expulsó lentamente todo el aire que sus pulmones habían recogido y volvió a clavar sus ojos grises en los míos.

—Tienes razón —sentí encogerseme el corazón—. No puedo darte más.

Justo fue ahí donde confirmé mis temores, Alejandro no estaba siendo un simple juego, sus palabras me dolían en el pecho.

—Pues entonces vamos a dejar aquí nuestra partida —atiné a decir—. Me retiro, Alejandro.

—Aunque me jode tengo que aceptarlo... Ya te lo dije, la partida se termina cuando uno de los dos decide retirarse.

—Voy a volver a casa. Te veo mañana en la oficina.

Me ayudó a levantarme. Tenía ganas de llorar. Una parte de mí quería oír que yo era especial, que a mí sí que podría dárme todo, que Susana estaba ahí pero que pronto estaría fuera. Las palabras de Susana no se retiraban de mi mente “*cuando te han dejado, aquí he estado yo*”. Nunca terminaba él las partidas, todas acabábamos cansándonos de su absurdo juego, haciéndole regresar siempre a los brazos, o las piernas de Susana, ella era la que sabía todo de él. Le permitía todo por tenerlo aunque solo fuese a medias...

—Te acompaño a casa.

—No tienes que hacerlo, Alejandro.

—Me pilla de camino a la mía.

No dije nada más, no me apetecía decir nada más...

Hasta que llegamos al portal no nos habíamos dirigido ni una palabra, ni una mirada. Caminé con la mirada fija en el suelo que pisaba. Me entristecía la situación, lo conocía desde hacía muy poco pero ya había dejado huella dentro de mí. Aquello que no quise que pasase allí estaba. Nunca debí aceptar su propuesta. Debí hacerle caso a mi cabeza, el corazón a veces anda despistado...

Nos despedimos con un simple *hasta mañana* y un par de besos en la mejilla, todo tan frío que hasta quemaba.

Eva estaba hablando por teléfono. Se le oía muy contenta, le brillaban los ojos.

—Seguramente mañana me escape. Le diré a Tati de ir a almorzar. Te veré allí, chato. Te dejo, acaba de llegar Tatiana. Besitos.

Colgó y se vino hasta la cocina donde yo estaba bebiendo agua.

—¿Jesús?

—Síííí —qué ilusionada estaba, me encantaba verle ese brillo en los ojos tan característico de cuando era feliz—. Mañana vamos a ir a almorzar. Podríais acompañarnos el jefazo y tú.

—No creo que sea buena idea —me lo notó, me conocía demasiado bien.

—Ey, a ti te pasa algo.

Era absurdo negarlo, terminaría sonsacándomelo, Eva no se rinde fácilmente... Le expliqué lo que habíamos hablado Alejandro y yo en el parque, en varios momentos de la explicación un nudo se apoderaba de mi garganta obligándome a tragar saliva e intentar recomponerme, no me apetecía arruinarle a Eva su felicidad con mis idioteces.

¿Es que nunca íbamos a conseguir estar felices las dos para siempre? Brindar de una vez por todas por lo bien que estábamos...

No salíamos de una mierda cuando ya estábamos metiéndonos en otra...

—¿Te puedo confesar algo? —asentí—. Sabía que pasaría... Sabía que terminaría necesitando más. Necesitándolo todo.

—No soy capaz de soportar tantas cosas de esta “relación”... —dibujé las comillas en el aire con los dedos.

—¿Como qué?

—Como que no entiendo qué coño pasa entre él y Susana, como que no sé por qué evita hablar de él, de su vida, como que no sé por qué no abraza o besa después de follar... Joder, me hace sentir utilizada, su puñetero juguete...

—Te lo advertí.

—Lo sé, y pensé que podría, pero no...

—¿Qué sientes por él, Tati?

—No sé... —otra vez el jodido nudo en la garganta, tragué saliva y me acomodé el pelo—. Creo que estoy empezando a ilusionarme, por eso he cortado el jueguito, ya no más, no quiero sufrir más. Aún no estoy recuperada del mazazo con Pablo, no quiero llevarme otro.

La tarde en casa pasó tranquila, eso sí, mi cabeza no paraba de darle vueltas a lo mismo. Para que nos distrayésemos, Eva hizo un bizcocho y me obligó a medir cantidades con el recipiente de un yogur vacío mientras me daba detalles de lo que hablaron en la fiesta Jesús y ella. Devoramos el bizcocho prácticamente entero y aún caliente mientras veíamos una de las pelis preferidas de Eva: “La habitación del pánico”. Creo que la habrá visto doscientas veces y aún sigue sorprendiéndose con las mismas escenas, así es ella.

## Capítulo 13

### Y SI...

Me sonó el despertador y me costó horrores levantarme. No podía decirse que había dormido a pierna suelta. Otra maldita noche de insomnio. A duras penas pude disimular mis ojeras con el maquillaje.

Entré al portal del edificio de oficinas. Jesús estaba sentado en su mostrador, ya lo empezaba a ver con otros ojos, Eva se había encargado de ello. Siempre me dio la impresión de que era un buen chico pero ahora me lo parecía aún más.

—¡Buenos días, Tatiana! Guapísima, como siempre.

—Buenos días, da gusto empezar el día así —me acerqué al mostrador.

—¿Vendrás a almorzar con Eva y conmigo a la salida del *curro*?

—Aún no sé si podré ir —no me apetecía ir de carabina, sinceramente—. Llamaré a Eva más tarde y le digo qué voy a hacer.

—Perfecto.

—¿Qué te pareció mi amiga? —le saqué la lengua.

—Una diosa.

Me reí y él lo hizo al verme a mí. Realmente no estaba equivocado, Eva era una diosa.

—Voy a subir, no quiero llegar tarde.

—Alejandro ya está arriba, hoy llegó bastante temprano y no venía de muy buen humor se podría decir...

—Vaya... Ahora sí que tengo ganas de subir...

—Suerte, Tatiana.

—Gracias —susurré.

Todo estaba en calma. Pasé a mi despacho y dejé el bolso en el cajón superior del escritorio. Regué con mi botellita de agua la plantita que había colocado en la estantería días antes y me senté. Mi mente me tenía distraída con un único pensamiento; “abre el último cajón del escritorio”...

Una parte de mí deseaba ver la rosa que todas las mañanas Alejandro dejaba allí acompañada de alguna breve nota que me hacía sonreír y empezar la mañana con ganas. Si abría el cajón y no había nada, me llevaría un chasco, pero sería lo lógico después de lo que ayer dejamos claro en el parque. Lo hice, abrí el último cajón y allí estaba, una rosa roja con su respectiva nota:

***Quiero matar a esa parte de mí que todavía insiste en buscarte.***

***Alejandro Vidal***

El corazón parecía que quería salirse de mi pecho, podía oír el fluir de la sangre en mis oídos. Guardé la nota y la rosa roja en el primer cajón, junto a mi bolso, y me dispuse a trabajar.



Tenía que guardar unos contactos en la agenda electrónica de Vidal Abogados y los dedos iban a su puta bola, me temblaba el pulso. Escribía tres palabras y tenía que borrar dos. La nota me había dejado tocada. Una parte de él deseaba lo que yo, quería más, y se odiaba por ello, como yo también. Me sacó de mi enajenación mental el sonido del teléfono. Respondí con el saludo habitual.

—Buenos días, petarda. ¿Se puede ser más friki al teléfono? —Eva se estaba riendo a carcajadas—. Secretaria del señor Vidal al aparato... —imitó mi frase con una vocecilla repelente—. Eso podrías decirlo cuando se la estés mamando, al aparato, ¿lo pillas?

—Qué capulla eres. ¿Qué quieres? No me llames al trabajo por idioteces. Tus tonterías házmelas saber a través de mi móvil personal.

—Pues ahí te he estado llamando... Yo, y Pablo.

—¿Pablo? —me sorprendí tanto que la voz de Eva me sonaba muy lejana.

—Pablo me llamó para preguntarme si mi padre o yo conocíamos algún buen abogado.

—¿Pasó algo?

—Pasó lo que ya te dije que pasaría. Estela ha descubierto que Pablo y Víctor están juntos y los ha despedido...

Me puse nerviosa. Sentí ganas de vomitar. Las injusticias me retorcían el estómago.

—Pensé en llamar a mi padre pero le dije que conocía un buen abogado y que iba a hablarlo con él, que ya le devolvería la llamada lo antes posible.

—Joder, no sé si matarte por esto, solo se te ocurre a ti pensar que el que ha sido mi amante represente al que fue mi novio...

—Alejandro es un abogado prestigioso, Tati. Hay muy buenas referencias sobre él. Quiero que desplume a la petarda de Estela.

Tenía razón. Ya había visto casos, archivados con buena resolución, parecidos al que se le iba a exponer de la mano de Pablo y Víctor.

—Un momento y te paso con él.

Marqué la extensión que me comunicaba directamente con su despacho.

—Buenos días, Tatiana. Dime —su voz era serena.

—Buenos días. Tengo a Eva en espera en la línea tres.

—¿Eva? —se extrañó

—Sí. Quiere exponerte un caso, ¿le doy cita o puedes hablar por teléfono con ella ahora?

—Hablo con ella ahora mismo, pásamela. Gracias, Tatiana.

Transferí la llamada al despacho de Alejandro, colgué y seguí con mi trabajo doblemente nerviosa...

Ay, Pablo...

Todo iba a salir bien.

Estaba segura.

Empujó la puerta de mi despacho y entró. Llevaba un pantalón de traje azul marino con una correa de hebilla cuadrada plateada y una camisa blanca metida por dentro del pantalón y remangada casi hasta el codo. El pelo con su tupé algo descolocado por el contacto seguido de sus manos, seguramente había estado tenso, nervioso, durante la mañana. Ya había comprobado que, en los momentos que se sentía presionado o pensativo, se tocaba el pelo reiteradas veces. Aun así estaba guapísimo, como siempre.

—Tatiana.

—Dime.

—He citado a Eva y a los chicos que han solicitado mis servicios mañana a las once de la mañana. Apúntamelo en la agenda.

—Perfecto.

—Por cierto, he dicho sí a la invitación de Eva a almorzar con Jesús y con ella —se giró para marcharse de mi despacho, ¡qué culo, Dios de mi vida!—. También acepté de tu parte.

Se giró y me guiñó el ojo. De nuevo descuadrada, este adjetivo estaba empezando a formar parte de mi personalidad junto con patosa y carente de filtros entre el cerebro y la boca...

Estaba loco, seguro había pasado unos años encerrado en alguna clínica mental. Tenía que ser ese su secreto, el que encerraba tanto misterio entorno a su vida, pero lo que era peor, pues era lo que afectaba a mi persona, era que estaba consiguiendo volverme loca a mí... Pareció leerme la mente.

—Ya te lo dije en una ocasión, bienvenida a mi manicomio.

Sonrió y se marchó.

Cuando llegamos, Eva y Jesús ya estaban sentados en la terraza del bar de tapas que Jesús había elegido para almorzar. Hablaban sonrientes y relajados. Alejandro y Eva se dieron dos besos y tomamos asiento junto a ellos.

El almuerzo se dio tranquilo, hablamos de muchas cosas; de la oficina, del proyecto de peluquería de Eva, de la familia de Jesús que llevaba años en Portugal viviendo y se veían muy poco... Un popurrí de confesiones.

—Por cierto, Eva. Mañana necesito que tus amigos traigan toda la documentación que se les haya proporcionado tras el despido. Y la grabación.

¿Qué grabación? Abrí los ojos como platos buscando los de Eva para obtener información. No me apetecía que saliese el tema de Pablo pero lo de la grabación me había despertado curiosidad.

—Así se los haré saber. ¿Crees que lo tienen complicado?

—Si se admite la grabación tendremos mucho camino recorrido.

—¿Y si no es así?

—Será un poco más complicado, pero me encantan los retos —me dedicó una mirada que no pasó desapercibida a ninguno de los que allí estábamos sentados—. Es cuando más me crezco, lo fácil no requiere pelea y yo soy un luchador nato.

—Jefazo, mi amiga es el pleito más complicado al que nunca antes te hayas encarado.

Todas las miradas iban dirigidas a mi persona, mi yo sin filtros quería salir a luz, podía notarlos. Intenté retenerla, pero no obtuve éxito alguno, para no variar...

—¿Yo soy complicada? —me miraron los tres expectantes, solo Eva sabía, por la expresión de mi cara, que aquello no iba a terminar bien. Me conocía a la perfección—. Él sí que es complicado, se ha propuesto volverme loca y creo que lo va a conseguir...

—Guau, golpe bajo, ¿no te parece? —dijo sonriendo. Me enfadó. Lo que para él parecía broma a mí me estaba dejando tocada.

—¿Qué parte de que no quiero nada más contigo fuera de una relación profesional no has entendido, Alejandro?

Supe que los hice sentir incómodos a Eva y Jesús, retiraron sus miradas de mí y se movían inquietos en sus sillas metálicas, pero yo era así, decía lo que sentía. Sabía que no era el momento, quizás tampoco el lugar, pero o lo decía, o tendría ardor de estómago más tarde, y no me apetecía, sinceramente.

Alejandro no me respondió. Hizo un gesto de descontento y violentó aun más la situación.

—Es hora de volver a la oficina —miró la gran esfera de su reloj—, tengo que rematar un

asunto de unos clientes. Disculpadme.

—Yo también tengo que volver a la recepción. Eva, saldré a las ocho, ¿quieres que te recoja y cenemos juntos?

Los ojos de Eva se encendieron, tenían un brillo especial. No me cansaba de verla feliz, de verla brillar como hacía tiempo que no brillaba. Aceptó la cita y vimos alejarse juntos a los hombres que, hacía pocos minutos, compartían mesa con nosotras.

—Si no te lo digo voy a explotar —la miré, sabía perfectamente lo que quería decirme—. ¿Se puede saber qué te está pasando?

—Parece ser que lo que Alejandro y yo hablamos ayer no sirvió de nada. Aceptó abandonar el absurdo juego que empezamos porque no busca nada más y esta mañana me deja una rosa con una nota —busqué la nota en mi bolso y se la di—. Léela. No quiero esto en mi vida, no en estos momentos, joder. Necesito tranquilidad emocional.

—Creo que está igual que tú... Hecho un lío.

—He venido porque aceptó tu invitación por mí, ¡por mí! Él no es nadie para decidir por mí.

—No es tan tremendo, Tati. Le apetecería pasar un rato contigo. Que hayáis dejado de follar no significa que no esté cómodo con tu presencia y le apetezca compartir cosas fuera del bufete...

—La flor sobra.

—La flor te encanta, a mí no me engañas.

La flor me encantaba, y la nota más. Saber que no podía dejarme ir tan fácilmente me hacía sentir especial. Maldita ilusión.

Eva y yo volvimos a casa dando un paseo. No paraba de hablarme de Jesús. Todo de él le parecía especial; sus gustos tan corrientes, tan sencillos, tan humildes. Sus conversaciones tan llenas de experiencias, tan profundas, tan sensatas. Su forma de vestir, siendo y no aparentando. Todo.

Estaba como en una nube donde nunca antes nadie había logrado subirla, o peor aun, donde nunca antes habían intentado subirla. Eva valoraba una llamada con un simple, y a la vez con tanto significado, “hola, ¿cómo te fue el día?”. Una invitación a tomar una tapa en cualquier terraza sin necesidad de ir a un restaurante lujoso. Un paseo a pie mejor que en un coche caro para después ni tan siquiera dejarle un mensaje con un “me encantó estar contigo”. Detalles que marcaban la diferencia entre lo que era ser feliz y lo que creyó que era la felicidad.

—Tati —me dijo al meter la llave en la cerradura de nuestro pisito.

—Dime, Evita.

—¿Y si me enamoro?

—Disfrútalo.

—No quiero hacerle daño. Tengo miedo de no saber dar.

—Cuando estás enamorada, saber dar no es algo que tengas que aprender, simplemente nace.

—Es tan jodidamente bueno que me parece increíble.

—¿Y si te olvidas de todo y simplemente vives?

Consejos vendo que para mí no tengo... Bravo, Tatiana...

## Capítulo 14

### SOLO SE VIVE UNA VEZ

Llegué a la oficina asfixiada y cargada con algunos pastelitos que quise llevar para reponer de la sala. El taxi no podía entrar en la calle por unas obras que había del alcantarillado, me bajé y tuve que terminar el trayecto a pie. Y en tacones.

Saludé a Jesús y subí rápido a la oficina. El trayecto en ascensor lo dediqué a agradecerle a todos los santos del cielo por haberme permitido llegar a la oficina con los zapatos, la falda y la camisa sin romper por algún tropezón.

Susana estaba saliendo de la salita con una taza de café en la mano. Su gesto era amable, nada que ver con lo que últimamente mostraba ante mí. Iba muy elegante con un traje de chaqueta y falda tubo color gris marengo. Su pelo rubio iba recogido con una coleta baja al lado, dejando libre los pelos cortos de su flequillo.

—¡Buenos días, Tatiana! ¿Qué tal estás?

Me sorprendió. Me costó hasta responderle, me quedé algo descolocada. Mi cuerpo se puso en alerta pero ignoré la señal. Yo y mi maldita manía de pensar que todo el mundo es bueno...

Entré en la salita y vino detrás, cerró la puerta y, aunque yo estaba de espaldas a ella colocando en las estanterías los dulces, sabía que estaba sonriendo con falsedad.

—Bien, ¿y tú? —dije sin voltearme.

—Seguramente ya sepas que estoy embarazada —tragué saliva y asentí—, tengo las típicas molestias de los primeros meses. Ayer, cuando Alejandro llegó de almorzar, tuvo que atenderme, tuve un bajón de tensión, qué suerte tuve de que llegase...

No soy idiota, sé cuando una persona quiere *restregarme* algo en la cara. Ahora tenía sentido su amabilidad. Me encendí. Y me maldije por seguir siendo la misma idiota de siempre.

Me volteé con cara de estar oliendo mierda, no podía evitarlo, ese gesto me salía solo, automáticamente cuando algo no me gustaba.

—¿Tu marido qué opina del rollo que te traes con Alejandro?

—No creo que te importe.

—Completamente de acuerdo, Susana. A mí poco me importa, debería importante a ti, y me temo que es también poco lo que te importa...

—Uy, uy, uy... Noto cierta *cosilla* en tus palabras, ¿chulería, celillos quizás? —vaciló—. ¿Te encuentras bien, *Tatianita*?

—Tatiana, por favor. Me llamo Tatiana.

Mojó su labio superior con la lengua, sonriendo, seguía vacilándome, incomodándome.

—Hazte una tila —vaciló—. Creo que tienes un mal día...

—¿Sabes quién es el padre de tu hijo?

¡Bingo! Se le borró la maldita sonrisa del rostro. Le molestó mi pregunta y, aunque no era mi estilo, disfruté.

—¿Te importa también la paternidad de mi hijo?

—Siento curiosidad por saber qué opina tu marido sobre que estés embarazada de tu jefe. Pero no me malinterpretes, es puro chismorreo... —le guiñé el ojo.

No me sostuvo la mirada, me dio la espalda y se fue de la salita. Aquella situación hubiese sido un buen momento para sentirme bien, victoriosa y orgullosa por al fin devolverle a Susana parte de su veneno, pero no fue así. Si dijese que me quedé tranquila, estaría mintiendo. El corazón se me iba a salir por la boca. No me gustaba llegar a ese maldito punto donde tener que atacar, para defenderme, era la única opción que me quedaba. Si Eva hubiese estado sentada en alguna de las sillas allí presentes hubiera aplaudido y gritado: “*¡Esa es mi chica! Ay mi Tati como mola se merece una ola...*”, haciendo la ola acto seguido, pero yo no me sentía bien.

La noche anterior, cuando Eva llegó de cenar con Jesús, le propuse trabajar en la recepción de la peluquería junto a ella y al equipo que ya andaba eligiendo. Le extrañó mi proposición, pero el ambiente en el bufete me estaba resultando insostenible según pasaban los días. Tenía que borrar todo lo que pertenecía al bufete de mi mente, lo más rápido posible, e irme de allí cuanto antes.

No iba a ser una tarea fácil, lo sabía perfectamente. En el bufete no conseguía estar bien. Por un lado Alejandro Vidal, buen jefe, buen amante, indescriptiblemente guapo pero a la vez era mi tormento, me confundía y me descolocaba. Por otro lado, Susana, extremadamente insoportable y, supuestamente, futura madre del hijo del tío que andaba follándome hacía dos días.

Necesitaba salir de allí ya. Tenía el presentimiento de que las cosas iban a ir a peor.

Mi despacho estaba muy limpio. Los días que Marga, la mujer que limpiaba la oficina, pasaba por allí, las estancias olían a vainilla. Ella se encargaba de embadurnar cada estancia con un ambientador que tenía prácticamente pegado a su mano derecha.

Por inercia abrí el cajón más bajo de mi escritorio. Ese cajón en el que mi jefe dejaba rosas rojas todas las mañanas, y aquella mañana no iba a ser diferente a las demás. Allí estaba, una mañana más.

***Eres la excepción de todo aquello que dije que nunca haría.***

***Alejandro Vidal.***

Vibré, me sonrojé automáticamente. Era inevitable. Olí la rosa instintivamente llenándome de su olor fresco. Aún la tenía en la mano cuando se abrió la puerta de mi despacho.

—Buenos días, Tatiana. ¿Puedo pasar? —estaba serio.

Clavé mis ojos en sus ojos grises infinitos. Sus ojos eran el laberinto en el que un día, jugando como una niña, decidí entrar. Desde entonces estaba perdida en ellos. No encontraba la salida, aunque tampoco estaba segura de haberla estado buscando en algún momento.

Llevaba un traje gris de raya fina con una camisa blanca. Su tupé perfectamente peinado y su barba de dos días le daba un toque sexy.

—Sí, pasa —dije nerviosa, solo con su presencia conseguía hacerme vibrar.

Solté la rosa en el escritorio y le invité a sentarse con la mano. Estaba raro, no estábamos pasando un buen momento ninguno de los dos. Yo tenía la cabeza locamente perdida con él, y él debía estar harto de Susana y de mí, de Susana por lo que ellos supieran que pasaba entre los dos y de mí por ser a veces una loca impulsiva sin filtros.

—En breve vendrán los amigos de Eva...

—Sobre eso quería decirte algo.

—Dime.

—Pablo, uno de los chicos que ha solicitado tu trabajo, fue mi chico durante unos años. Vivíamos juntos —frunció el ceño y no dijo palabra alguna—. ¿A qué viene esa cara? ¿Te extraña?

—Me sorprende.

—¿Por algún motivo en particular?

—Porque se supone que es gay...

—Se supone no, lo es, o bisexual, lo mismo me da. Te lo cuento porque puede ser que en algún momento llegue a tus oídos. Y porque a mí no me gusta esconder mi pasado —lo solté como la que no quería la cosa.

—¿Lo dices por mí?

—¿Te das por aludido? —haces bien, pensé.

Bufó, supe que volví a tocarle la fibra, ya le iba conociendo algo, y eso que era una tarea muy complicada teniendo en cuenta lo poco que mostraba de él...

—Tatiana, de verdad, no vuelvas otra vez a lo mismo... —sonó cansado.

—¿A qué viene esto? —le mostré la rosa sujetándola con la mano.

—¿No te ha gustado?

—Esa no es la cuestión. Estoy cansada de tus idas y venidas, no te entiendo Alejandro, lo intento, juro que he intentado entenderte, pero no lo consigo. Quiero que sepas que cuando Eva monte la peluquería me iré a trabajar con ella —se le petrificó la cara—. Creo que en un par de semanas ya lo tendrá todo listo, su padre tiene mucho interés porque así sea. Te aviso con antelación por si necesitas buscarte otra persona para que ocupe mi puesto.

Se tocaba el pelo sin parar, señal de su nerviosismo. Estaba segura de que una parte de él quería abrirse, contármelo todo, vaciarse, pero le costaba, no quería mostrarse, no quería desnudarse interiormente. Su cuerpo lo desnudaba con una facilidad increíble, su interior no era tan fácil disfrutarlo. Se mordió el labio inferior y se tocó la frente con varias de las puntas de sus largos dedos. En sus ojos podía verse reflejada la lucha interna que se traía consigo mismo.

Sonó el timbre de la puerta principal de la oficina.

—Deben de ser ellos. Pasa, por favor, a mi despacho. Quiero que estés presente durante la reunión —su tono seco me congeló. Ahí estaba el lado jodido del que ya había oído hablar.

—No lo veo necesario.

—Yo soy el jefe Tatiana, no lo olvides —frunció el entrecejo y apretó la mandíbula. Aquel gesto no lo había visto nunca reflejado en su cara—. Con que yo lo vea necesario, es más que suficiente.

Sentí un nudo en la garganta de inmediato.

Salimos de mi despacho, yo giré a la derecha, encaminándome al despacho de Alejandro, y él a la izquierda, camino de la puerta principal. Minutos después oí la voz de Eva dándole alegría a toda la estancia. Entró piropeando al *jefazo*, como así llamaba a Alejandro, para seguidamente seguir elogiando el color de las paredes, lo bonito que quedaba el suelo de *parquet*, lo sencillo que todo estaba decorado e incluso la maceta de la entrada al despacho de Alejandro.

Eva, eres única.

La reunión fluyó muchísimo mejor de lo que hubiera podido imaginar. Ver a Alejandro Vidal trabajar era un auténtico espectáculo. Me encantaba su forma de hablar, cómo se interesaba por los detalles que al resto nos hubieran pasado desapercibidos. Su profesionalidad era impecable. Pablo y Víctor salieron muy confiados, contentos y esperanzados en que Vidal pudiese hacer algo por ellos.

Crucé varias miradas con Pablo y me removió muchas más cosas de las que quise en mi interior. Hubo momentos en los que sentí ganas de llorar. Verlo sentado junto a Víctor, luchando por algo que les incumbía a los dos de manera tan directa, me despertaba sentimientos buenos y malos. Esa maldita mezcla de amor y odio que últimamente estaba sintiendo con todos los hombres que iban pasando por mi vida. Me gustaba verlo luchar por su relación, aun teniendo en contra a su familia, y odiaba que me hubiese sustituido con esa facilidad. Ya, lo sé, sé que no tenía derecho a echarle en cara eso cuando yo había hecho con Alejandro lo que me vino en gana, pero no podía evitarlo. Aún no tenía superada su infidelidad por completo, esa era la realidad, mi ego quedó muy tocado, fue lo que me empujó a los brazos de Alejandro.

Era casi la hora de irme a casa y estaba ultimando la tarea que tenía pendiente para aquel día.

—¿Podemos hablar antes de irte? —asentí y entró en mi despacho sin hacer apenas ruido.

Yo había estado trabajando por inercia desde que terminó la reunión con Pablo y Víctor. Mi cabeza no paraba de pensar en todo lo que había vivido en una sola mañana.

Últimamente vivía acelerada, a tope aunque a veces mi cuerpo no pudiese ir al mismo ritmo frenético que mi cabeza. Días que se convertían prácticamente en horas.

Se acercó a mi escritorio desanudándose la corbata y se sentó en la silla que estaba frente a mí, al otro lado de mi mesa.

—¿De qué quiere que hablemos, señor Vidal? —levanté la mirada del teclado del ordenador—. Tengo que terminar de redactarle lo que me pidió. No tengo mucho tiempo.

—No tengo prisa con eso, prefiero que hablemos.

Su tono era tan diferente al que había usado conmigo a primera hora que me sentí de nuevo descuadrada. Con él era como si viviese en una montaña rusa constantemente.

—Ya sabe que me gusta realizar correctamente mi trabajo. Si me deja unos minutos podré dejarlo terminado.

—De verdad, Tatiana, prefiero que hablemos —aparté la mirada de la pantalla del ordenador y me acomodé en la silla—. Y por favor, deja de hablarme de usted, me haces sentir incómodo.

—Le hablo como cualquier empleado le hablaría a su jefe. Hoy me dejó bien claro quién es usted con respecto a mí.

—Tatiana... —bufó.

—¿Va a decirme a qué ha venido? Tengo prisa.

—¿Puedes hablarme normal? —negó con la cabeza desesperado y se tocó el tupé que estaba completamente destrozado—. Quiero contarte una cosa.

—¿Va a contarme algo de verdad? —fingí sorpresa.

—Agradecería que dejases la ironía, quiero que dejemos a un lado las pataletas de críos que últimamente nos traemos. ¡Y deja de hablarme de usted, maldita sea!

—Y yo te agradecería que no generalizaras. El de las pataletas de crío eres tú, jefazo.

Sonrió. Sonrió y se llevó mi estabilidad. Mi gesto serio se disolvió como por arte de magia y mis labios rojos dibujaron una tímida sonrisa en mi rostro. Se relajó al fin, y yo también.

—Me gustaría invitarte a cenar un día de estos, el día que prefieras, yo estaré disponible siempre. Quiero que hablemos —no dejaba de tocarse el pelo con desesperación—. No sé por qué hago esto.

—¿Te refieres a destrozarte el tupé? —sonrió.

—No sé por qué siento necesidad de seguir buscándote... Siento necesidad de hacerte saber cosas de mí, cosas que me tienen la cabeza llena de mierdas. Pero...

Sentí tal satisfacción en mi interior que mi cuerpo, sin la compañía de mi cerebro, se levantó y

se arrodilló frente a él. Le cogí las manos, las tenía heladas, y le besé el reverso de la mano izquierda dejándole una leve marca de mi labial rojo.

—No sé qué rondará por tu cabeza. No sé si alguien, alguna vez, te ha dicho que no estás solo o te ha dejado constancia de un simple puedes contar conmigo. No sé nada de lo que te atormenta o te hace daño. Alejandro, quiero que sepas que yo estoy aquí. No sé si puedo ayudarte pero quiero que cuentes conmigo.

Se le humedecieron los ojos. Me partió el alma. Un tipo duro como Don Alejandro Vidal, desmoronado ante unas simples palabras de apoyo.

—Tatiana —tragó saliva, le costaba hablar—, has llegado a mi vida para descolocarme por completo. Cuando me has dicho que te irás a trabajar junto a Eva he sentido como si me quitasen una parte de mí. Y lo odio, joder, odio sentir esto.

Se hizo un silencio. Los ojos de Alejandro estaban a punto de derramarse.

—¿El sábado?

—¿Qué?

—La cena, ¿el sábado?

Se relajó, me apretó fuerte las manos que teníamos entrelazadas y nos miramos a los ojos. Vi tanto y a la misma vez tan poco que me estremecí.

—Por mí perfecto.

—Bueno, jefazo —le solté las manos y me apoyé en sus rodillas para incorporarme, agradecí la alfombra que reinaba a los pies de mi despacho—, voy a irme ya a casa. Termina mañana lo que estaba haciendo, si no te importa.

—No te preocupes por eso. Interrumpí tu trabajo, puedes irte a casa. No quiero robarte mucho más tiempo.

—¡Qué desilusión! Pensé que tu único objetivo en la vida era robarme todas las horas de mis días...

Le di un beso en la nariz y adoré la sonrisa que le fabriqué con aquel simple gesto. Recogí mi escritorio bajo su atenta mirada, cogí mi bolso y mi rosa, y me dirigí a la puerta.

—Hasta mañana, Alejandro.

—Hasta mañana —se puso en pie y se dirigió hasta la puerta de mi despacho donde yo estaba.

—Oye, ¿te puedo decir una cosa? —asintió—. Me encanta ser la excepción.

El brillo de sus ojos grises iluminó su rostro entero. Besé la rosa roja y le di con ella en la boca. Se quedó allí plantado en mi despacho y me fui. Estoy segura de que Eva también hubiese hecho la ola con aquel gesto.

Entré en el ascensor para irme a casa con la sensación de haberlo conseguido todo. Que Alejandro se plantease abrirse y contarme cosas sobre él, ya me parecía un logro. Segundos después de cerrarse las puertas del ascensor, sonó un mensaje en mi teléfono móvil:

• **La vida solo se vive una vez, gracias por empujarme a empezar a vivirla.**

¿Aquello sería el principio de algo entre nosotros? Yo también estaba dispuesta a empezar a vivir de nuevo. Me lo merecía, y después de ver sus ojos emocionados, sabía que él también lo merecía.



## Capítulo 15

### CONFESIONES, PARTE 1

Eva estaba hablando por teléfono en el sofá, sentada sobre sus piernas cruzadas parecía una niña. Supuse que era con su padre con el que hablaba porque nombró la peluquería en varias ocasiones. Me hacía gracia lo mucho que gesticulaba mientras hablaba por teléfono. En una ocasión, mientras íbamos caminando por la calle y ella mantenía una conversación por teléfono, dio un manotazo y le tiró el café a un hombre trajeado que iba rápido por la calle. De aquel accidente surgieron un par de polvos entre ella y el sujeto en sí. Ella siempre lograba ver o disfrutar, según qué caso, el lado positivo en las cosas.

Puse la mesa para almorzar y repartí el pollo al horno con verduras que había preparado Eva en nuestros platos. Minutos después estábamos contándonos miles de cosas que nos habían ocupado la cabeza durante la mañana. ¿Por qué siempre teníamos tanto que contarnos? Era como una necesidad aquello de charlar, desahogarnos la una con la otra. No siempre hablábamos de cosas importantes, hemos llegado a tener una conversación de minutos eternos por una simple tobillera que le vimos a una chica en la piscina... Así éramos y así somos nosotras, intensas.

—Estoy deseando ver mi proyecto terminado. Lo tengo todo tan planificado en la cabeza que tengo prisa por verlo todo acabado tal y como me lo imagino... ¿Sigue en pie la propuesta de venirte a trabajar conmigo?

—Sí. No encuentro mi lugar en el bufete... No encajo... Ese lugar no está hecho para mí. Vivir con un constante mal rollo en la oficina me tiene desquiciada...

—Por cierto, Pablo y Víctor han quedado encantados con el jefe. Es muy profesional, espero que desplume a Estela.

—Sinceramente yo también deseo que se haga justicia con ellos.

—¿Hubo hoy rosa?

—Hubo —sonreí—, junto con una nota que decía que yo era la excepción a todo aquello que dijo de no hacer nunca...

—¡Oye! ¿Hay alguna novedad que deba conocer? Mira que ya sabes que necesito saberlo todo, siempre.

—¡Ay, amiga! —suspiré—. Alejandro es capaz de descuadrarme todos los planes, es capaz de hacerme odiarlo y al segundo sentir necesidad de estar con él.

—La montaña rusa de Tatiana.

—La montaña rusa de Alejandro más bien... Desde que decidí subirme en ella ando mareada...

—Bendito mareo ese...

—El sábado iremos a cenar. Quiere contarme algo. Me siento orgullosa de mí misma, he conseguido llegarle tanto ahí adentro como para abrirse ante mí.

—¿Estás enamorada de él?

No supe qué contestarle, realmente ni yo sabía qué era aquello que estaba sintiendo por mi jefe. No podía decir con certeza si estaba enamorada de él, me parecía demasiado poco tiempo a su lado para llamarle amor pero ¿quién dice cuánto tiempo es suficiente para poder enamorarte? ¿quién pone el listón de lo que es considerado “normal”? Sentía necesidad de tener más de él, quería abrazarlo y besarlo, pasar las noches enroscada a su cuerpo absorbiendo el olor que desprendía, desayunar de la mano después de haber pasado la noche juntos y haber estado follando como dos locos durante horas. Más.

—No podría llamarle amor... Aunque dé la impresión de que nos conocemos desde hace años, apenas hace semanas...

—Puedes enamorarte de alguien en horas, estoy absolutamente convencida de que eso pasa. Además, si seguís viviendo los días como si fuesen meses, dentro de dos meses estamos viendo vestidos de novia...

—Lo dudo —negué con la cabeza—. Pero bueno, ya dejemos de hablar de mí, ¡hablemos de ti! Cuéntame qué tal te fue con Jesús.

Le brillaron los ojitos y sus mejillas pecosas se sonrojaron. Aunque quería escuchar de ella cómo estaba con Jesús, poco necesitaba saber ya con aquel brillo tan expresivo de ojos.

—Estoy... no sé... ¿ilusionada? Hacía mucho tiempo que nadie me trataba como prioridad. ¿Te puedes creer que me abrió la puerta del coche y me ayudó a bajar? —me reí y me dio un codazo—. ¡Oye, idiota! Quizás para ti sea algo tonto pero a mí no me han hecho eso jamás, chica.

—Me rio porque no sé dónde quedó mi amiga la que no quería compromisos, la que para comerse un poco de jamón no se compraba el cerdo entero...

—Pues no sé, estará junto a mi amiga la que solo iba a jugar con el jefazo —puse los ojos en blanco.

—¿Sois novios?

—¿Novios? —se carcajeó—. Sabes que no sé qué es esa palabra... Me da vergüencilla decirla incluso... No tengo compromisos con Jesús, solo lo pasamos bien juntos, tú me entiendes —me guiñó el ojo.

—¿Te has follado a Jesús?

—No... —respiré hondo aunque estaba algo incrédula con aquella respuesta—. Me folló él a mí.

Me atraganté con el agua y ella se carcajeó aplaudiendo. Ya me extrañaba...

—No cambias...

—¿Para qué? Imagínate que me enamoro sin follármelo y después no me gusta en la cama, ¿qué sería de mí? ¿tú sabes el trauma que me ocasionaría?

Me levanté para recoger la mesa poniendo los ojos en blanco de nuevo...

—Puedo llegar a imaginármelo. Conociéndote...

—Y una cosa te digo.

—¡Sorpréndeme, *baby*!

—¡Folla como un puto Dios!

—¡Ay, cállate! Ahora, cada vez que le vea voy a imaginármelo follándote pedazo de cerda.

—No pasa nada, yo también me imagino al jefazo follándote, y tiene pinta de *empotrador* de los buenos —le di un coscorrón en su mullida cabeza pelirroja—. ¡Ay!

—Eres tan cerda...

—Que no es que me ocasionéis morbo por ser vosotros...

—¡Cállate ya!

—...yo veo a los tíos —continuó— y me los imagino follando, a todos... Es como un don que tengo...

—Estás enferma...

—No sabes las de chascos que me he llevado —continuó a pesar de mi insistencia en que cerrase el pico. Puse los ojos en blanco sabiendo el tipo de aclaración que me daría seguidamente—. Hay algunos que tienen cara de buen *empotrador* y después son un mármol, de fríos, no de duros... —puntualizó.

—¡Cállate ya!

Los días hasta el viernes pasaron muy lentos, eternos. En la oficina había cruzado con Susana solo un par de miradas que si hubiesen sido espadas, hubiésemos muerto en el mismo instante como si de una lucha medieval se tratara. Con Alejandro, todo lo contrario. Cada mañana tenía una rosa roja en mi cajón, a juego con mi labial como ya me dijo en un par de ocasiones, con notas que agradecían mis ganas de saber más de él. Cada vez que cruzábamos miradas, notaba pasión. Cada palabra que cruzábamos era oxígeno para el otro.

A pocos minutos de terminar mi jornada laboral, Alejandro entró a mi pequeño despacho. Estaba vestido con un pantalón de traje de color negro y una camisa metida por dentro y remangada hasta el codo de color gris perla. La llevaba desabrochada un par de botones y se podía apreciar el inicio de su pectoral y parte de su tatuaje a través de la abertura. Algo despeinado de toda la mañana, estaba guapísimo.

—¿Alguien paró el reloj de mi despacho hace un par de días?

Me descuadró su pregunta, fruncí el ceño y él sonrió con mi gesto. Pronto aclaró mis dudas.

—Lo digo porque no pasan las horas desde que acordamos nuestra cita del sábado —sonreí—. Te he visto enfadada en muchas ocasiones, y sobra decir que me has vuelto loco porque creo que es un secreto a voces, pero me encanta cuando sonríes.

A mí me encantaba verle sonreír también. Siempre tan serio, tan correcto, cuando sonreía parecía mucho más joven y alcanzable.

—El mío también parece que va más lento de lo normal.

—Mañana pasaré por tu casa para recogerte, si te parece bien —asentí—. Recoge tus cosas y vete a casa.

Salí de la oficina y me subí al ascensor. Poco antes de que las puertas se cerrasen, una mano femenina se interpuso para evitarlo. Aquella manicura... Susana subió y las puertas se cerraron. Se podía cortar el aire con un cuchillo.

—Tatiana —levanté la mirada que tenía fija en mis botas—, quiero que hablemos.

—No tengo nada que hablar contigo.

—No comparto tu opinión. Creo que tú y yo tenemos varios temas pendientes.

—Prefiero dejar las cosas como están. Con suerte, en un par de semanas, me habré ido de aquí.

Sus ojos azules se abrieron como platos, pude ver un amago de sonrisa en su cara, estaba encantada con aquella nueva noticia.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes.

El ascensor paró y salimos prácticamente a la vez.

—Tatiana, ¿te apetece almorzar conmigo?

—Sinceramente, no me apetece hacer nada contigo...

—Necesito contarte algo.

—No sé qué tendría que saber yo...

—Si después de hablar no quieres volver a dirigirme la palabra, lo aceptaré, pero necesito contártelo.

Pensé en decirle que no pero una parte de mí quería oír qué tenía que decirme. Pensé que podría mentirme, que quizás armase en mi cabeza un puzle con piezas que no encajasen y que aun así intentase juntarlas... Había una posibilidad enorme de que lo que fuera que quisiera contarme me causara dolor. Incluso así, acepté.

—Está bien.

Fuimos al restaurante italiano en el que habíamos estado en una ocasión anterior. Por suerte para mí que deseaba que aquella cita terminase pronto, no había mucha gente así que, nada más sentarnos, pedimos nuestros respectivos platos. Pedí una pizza individual con queso de cabra y cebolla caramelizada y ella otra de atún y pimiento rojo. No tardaron en servirnoslas.

—¿Qué quieres decirme? —rompí el silencio que reinaba entre nosotras.

—Antes de nada, no sé por qué siento la necesidad de contarte esto —tragó saliva—. No nos conocemos de nada...

—Estoy completamente de acuerdo contigo.

—No estoy embarazada.

El estómago me dio un vuelco al oír aquellas palabras. Sentí muchísimas cosas a la vez; alivio, alegría, emoción, desconcierto.

—¿No estás embarazada?

—No sé cómo pude inventar esto.

—¿Eres consciente de la gravedad de tu mentira?

—Cada día que ha ido pasando he ido siendo más y más consciente... Estoy sufriendo mucho con todo esto —se le llenaron los ojos de lágrimas que intentaba retener dentro de ellos—. No quiero hacerle daño a Alejandro.

—Con una mentira como esa quién podría salir ileso... Es tan retorcido todo...

—Tengo mucho miedo, Tatiana. Tú no lo entiendes.

—¿A qué tienes miedo?

—A perderlo por completo —bebió vino de su copa—. Antes de que llegases tú, aunque hubiesen otras chicas en su vida, sabía que volvería. Desde que llegaste al bufete es otra persona.

—¿En positivo o en negativo?

—Según para quién. Para contigo en positivo, está genial. Se ve que está ilusionado. Con respecto a mí, mal. Desde que tú estás en su vida apenas hablamos, está distante, no me desea... Dejé de existir... ¿Qué le has dado, Tatiana?

—Lo único que le he dado ha sido sinceridad y confianza.

—¿Él ha sido sincero contigo?

—Pues no sabría qué decirte...

—Estoy segura de que no.

No conocía mucho de la vida de Alejandro pero estaba segura de que lo poquito que sabía de él, era verdad.

—¿Podrías guardarme el secreto de mi no embarazo?

—No puedes pedirme eso. No voy a engañar a Alejandro.

—Dame hasta el lunes, por favor. El lunes voy a hablar con él. Tengo mucho miedo, necesito pensar cómo contárselo. Sé que cuando se lo confiese desapareceré por completo de su vida.

—Si el lunes no se lo dices tú lo voy a hacer yo, no voy a ser partícipe de tu mentira.

—Te envidio.

Jamás imaginé que saliesen esas palabras de una chica como Susana. Ella, que es perfecta físicamente, una chica alta y con un cuerpo de infarto, una melena rubia natural preciosa y esos ojales azules oceánicos, envidiando a una chica del montón como lo era yo...

—No creo que tengas que envidiarme nada...

—¿Crees qué no? —negué la con la cabeza—. El hombre que más amo y he amado en mi vida sería capaz de cualquier cosa por ti. Créeme lo que te digo, le conozco mejor que nadie en este mundo...

Me entraron ganas de echarme aliento en mis uñas pintadas de rojo y frotármelas con las solapas de mi chaqueta de cuero. Mentiría si dijese lo contrario, estaba encantada con aquel descubrimiento.

Le tuve que cerrar la boca a Eva subiéndole el mentón con mi propia mano cuando le conté, durante la cena, el no embarazo de Susana.

—¡Te lo dije! Esa tipa no me daba buena espina y lo del embarazo me olía a pescado podrido.

—¿Tienes un sexto sentido?

—A veces me lo he preguntado yo también.

Nos quedamos calladas mientras seguíamos cenando. Yo no conseguía retirarme de la cabeza la confesión de Susana, la tristeza real que tenían sus ojos y el miedo por perder a Alejandro.

—¿Me creerías si te dijese que me dio pena? —le dije sin levantar casi la mirada de mi plato.

—Viniedo de ti, por supuesto... Eres extremadamente ingenua, amiga mía...

—Está muy enamorada de Alejandro —miré a Eva—. Creyó que él volvería con ella si le decía lo del embarazo.

—Eso que ha hecho es imperdonable, con eso no se juega.

—No sé cómo se lo va a tomar Alejandro. Susana cree que va a sacarla por completo de su vida.

—Se lo merece.

—Una nueva bomba en el bufete... Esto es un no parar... Se va a desatar una guerra...

—En las guerras siempre hay daños colaterales. Me temo que estas mierdas van a terminar salpicándote...

—Por eso quiero irme.

—Cuando trabajes conmigo no vas a tener tantísimo entretenimiento...

—Lo prefiero, la tranquilidad no está pagada... Tengo que salir de allí ya.

Me daba mucha tristeza tener que abandonar el bufete. Me encantaba trabajar con Alejandro porque adoraba tenerlo cerquita pero no me sentía cómoda en aquel ambiente.

## Capítulo 16

### CONFESIONES, PARTE 2

Estaba retocándome mi labial rojo cuando llamaron al telefonillo de casa, pocos minutos después, Eva abrió la puerta y la escuchaba desde mi habitación alagar a Alejandro de la forma que ella solo sabía.

Me miré en el espejo largo del armario de mi habitación y me atusé el vestido camisero vaquero de media manga que había elegido para la cita “especial” que habíamos planeado. Ya empezaba a refrescar así que decidí ponerme unas botas negras cortas.

Salí a su encuentro nerviosa, como pocas veces había estado en mi corta pero intensa vida.

—Que llamen al cielo porque se les ha escapado un ángel.

Sonreí y me sonrojé. Eva rompió la magia.

—¿Se puede ser más hortera?

—¡Cállate! —le di un codazo.

—Tatiana, confíesale ya, por favor, que a ti lo que te va es el rollo duro... No le dejes hacer el ridículo... ¿No te da penita?

—¡Vámonos! Creo que está a punto de soltar una barbaridad por ese piquito de oro que tiene —agarré a Alejandro del brazo y le llevé a la puerta.

—Creo que me gustaría oírla —me dijo carcajeándose camino a la puerta.

—Créeme que no.

—¡Jefazo! —oímos a Eva gritar desde el salón.

—¡Dígame, señorita Eva!

—¡Fóllatela de una puta vez y le quitas la tontería ya! Esa, cuando no folla, se pone insoportable...

Nos miramos, él se carcajeó, yo puse los ojos en blanco y le obligué a salir. Fui a cerrar la puerta e interpuso su gran mano en el marco evitándolo. Se asomó al interior del piso.

—¡Eva! —le gritó—. Por mí que no quede, nunca.

Le di un manotazo en el hombro y me sacó la lengua. Sentí alivio de que nuestra cita empezase con un toque de humor, ambos lo necesitábamos.

<<Gracias, Eva>>

Cenamos en un restaurante que Alejandro conocía. Pedimos queso de cabra con miel y nueces para untarlos en unos panecillos caseros con pasas, y un pastel de carne y berenjenas que nos recomendó el camarero. Todo estuvo delicioso. Cenando hablamos de Lucía, su hermana, y de Eva y Jesús, tuve la sensación de que evitábamos tocar el tema “*nosotros*” aunque era realmente por el que estábamos allí.

Pensé que tras la cena iríamos a su casa para estar tranquilos y relajados hablando sobre lo que quería confesarme pero nos fuimos a un parque cercano al restaurante. Nos sentamos en un banco, cerca el uno del otro aunque nuestros ojos evitaban cruzarse. Agradecí haber cogido mi chaqueta

de cuero, tenía frío...

—Este parque me trae tantos recuerdos... Mi madre me traía aquí casi todas las tardes.

—¿Eras muy pequeño? —fue una pregunta tan absurda que hasta yo misma me di un codazo interiormente.

—Bueno, dejé de acompañarlas a ella y a Lucía cuando empecé en eso de la preadolescencia... ¡Qué imbéciles somos a esas edades! No sé tú pero yo fui un auténtico idiota...

—Son etapas...

Tragó saliva y se tocó el tupé, me puse a la expectativa, sentí que su confesión estaba cerca. Me agarró la mano e instintivamente se la apreté.

Se quedó callado unos minutos. Miraba al suelo, jugaba arrastrando sus botas con una hoja que estaba entre sus pies, parecía un niño indefenso.

—Mi madre era mi todo —nos miramos a los ojos al fin y le vi vulnerable—. La mujer más importante de vida. Ella conocía todos mis defectos y aun así me adoraba. La única mujer que me lo ha perdonado todo y a la que menos le agradecí que lo hiciera...

—El amor de una madre es el más puro y desinteresado.

—Le di muchos problemas, fui un adolescente complicado...

—Bueno, creo que todos hemos sido complicados a esas edades... Creemos saberlo todo...

—Tonteeé con las drogas y dejé de estudiar. Con ambas cosas destrocé a mi madre. La vi llorar, muchas veces. A veces la oía desde mi habitación preguntarse qué estaba haciendo mal conmigo, cuánto me gustaría ahora secar aquellas lágrimas una a una... —sus ojos se nublaron, aquellos recuerdos le destrozaban—. Ella siempre decía que yo podía conseguir todo lo que me propusiera —sonrió con la boca aunque sus ojos no le acompañaron—. Yo nunca creí en aquello que tanto me recalaba, pensaba que sería eso a lo que se le conoce como *amor de madre*...

Le acaricié la cara. Se estaba abriendo en canal y a mí solo me nacía abrazarle, no era capaz de decirle nada.

—Tatiana, quiero que sepas la verdad de mi vida. Desnudarme por dentro, siento que lo necesito aun sin saber el motivo.

—Cuéntame todo lo que necesites hacerme saber. Para eso estoy aquí, Alejandro —le apreté fuerte la mano que aún manteníamos entrelazadas y le dejé un beso en la comisura de los labios.

—Me encantas —sonreí y me sonrojé—. Llevaba tres años saliendo con Susana —tragué saliva, no me gustaba oír su nombre en la boca de Alejandro y no pude evitar acordarme del falso embarazo de ella—, íbamos a casarnos, estábamos planificando la boda y organizando todo eso que a las mujeres os gusta; los centros de mesa, los manteles, los regalitos *chupiguays* para las mujeres, otros diferentes que debía elegir yo para los hombres pero que al final Susana decidió que mi idea del abridor no era tan buena como yo pensaba y que la suya de la pluma estilográfica era mucho mejor... Total, lo que es una preparación de una boda... —esta parte le hizo reír y por cómo lo contaba a mí también. La sonrisa se esfumó de su cara de nuevo—. Faltaban un par de meses para casarnos cuando me dieron la mala noticia de que mis padres habían tenido un accidente de tráfico.

Se quedó callado unos segundos, recordar aquello le destrozaba. Le apreté la mano haciéndole saber que podía contar conmigo. Respiró hondo y expulsó el aire lentamente de sus pulmones hasta vaciarse por completo.

—Mi padre murió en el acto, mi madre a los dos días —sus ojos grises se empañaron y yo me tragué un nudo que se había formado en mi garganta como si fuese un puño.

—Alejandro...

—Mis padres chocaron de frente con un coche que invadió su carril, el tipo iba borracho y drogado, él sí sobrevivió al accidente.

—Qué injusto...

—Todo fue muy injusto, Tatiana. Eso fue el principio de algo que me fue destrozando día a día más y más, llenándome el pecho de odio, convirtiéndome en un Alejandro diferente al que había sido hasta entonces. El asesino de mis padres, porque para mí es eso, un maldito asesino, era un tío con bastante pasta y el juicio fue una pantomima, un teatro, una puta mentira, compraron al juez, pruebas de toxicología que desaparecieron de la noche al día sin que nadie hubiera visto nada y claro está, con esa nueva situación quedó todo como un accidente, un accidente fatal, un accidente que no lo fue. Resolución del caso, una indemnización económica, que para él fue limosna, para mi hermana y para mí... Lucía era una cría y sentí sobre mis hombros una carga enorme, intenté suicidarme en dos ocasiones, sin éxito por más que intenté quitarme del medio...

—Es muy duro lo que me cuentas, nunca me hubiese imaginado que habías pasado tanto dolor...

—En mi último intento de suicidio Lucía me salvó la vida, llegó justo en el momento exacto.

—Es tu amuleto de la suerte.

—Lo es, desde que llegó a mi vida lo es.

Hizo una leve pausa en su confesión. Necesitaba tragar saliva en muchos de los momentos que los recuerdos dolorosos invadían su mente.

—Los padres de Susana y los del tipo —continuó—, curiosamente, se conocían del mundo empresarial. Son dos familias con pasta, ambas con un alto nivel social. Susana y él se conocían desde críos prácticamente aunque le saca casi diez años de diferencia de edad. Tras la muerte de mis padres cancelé la boda...

—Lógico —puntalicé.

—... Pues Susana se enfadó muchísimo por ello, no entendió mi decisión aunque, como bien has dicho, era bastante lógica. Tuvimos muchas discusiones que me hacían hundirme más dentro del drama que era mi vida en aquellos momentos. Nunca se puso en mi lugar, nunca entendió mi decisión, nunca estuvo ahí... Cuando más necesité de ella más se alejó de mí.

—Lo que habrás sufrido...

—Ahí no quedó todo el daño que me hizo. Ahora viene lo más asqueroso de esta historia. Me dejó porque decía no aguantar más la situación conmigo, que yo ya no era el tipo del que se enamoró y que me había estancado en la pena, cuatro meses llevaba de duelo, de luto, cuatro putos y miserables meses que para ella, por lo visto, fueron eternos... Debió pensar que para mí estaban siendo gloriosos... —respiro hondo intentando calmarse—. Bueno, a lo que iba, a la parte sucia y rastrera de todo esto, empezó una relación con el asesino de mis padres destrozándome aún más —abrí los ojos como platos, no podía creerme aquello que me contaba, era demasiado sucio y doloroso—. A los pocos meses contrajeron matrimonio.

—Alejandro... No tengo palabras...

Volvió a coger aire y volvió a soltarlo con fuerza. Esta vez sus ojos solo reflejaban rabia, nunca antes había visto eso en su mirada. Siguió con su confesión.

—Al principio me dolió en el alma, la odié más que a nadie en el mundo, les deseé incluso el mismo final que habían tenido mis padres. Tras la muerte de mis padres y el abandono de Susana, estudié derecho y abrí el bufete, empecé a creerme las palabras de mi madre que, a pesar de ser *amor de madre*, debían llevar algo de razón, yo conseguiría todo lo que me propusiera. Ella había estudiado secretariado y le ofrecí un puesto de trabajo con la finalidad de destrozarle la vida. Empecé a jugar con ella y entró en mi juego, me encantó la idea de hacer del asesino de mis



padres un *cornudo* en toda regla, joderme a su mujer y de paso joderle a él... Intenté enamorarme de otras mujeres pero mi obsesión por putear a Susana no me dejaba avanzar con ellas y me dejaban. Se cansaban de mi juego, de mis tonterías, y otra vez volvía a utilizar a Susana... —sonrió y terminó diciendo—. Hasta que te conocí a ti...

Sentí un nudo en la garganta, intenté contener las lágrimas que peleaban por salir de mis ojos turquesas. Fracasé.

—El día que choqué contigo en el ascensor supe que me harías perder la cabeza —me limpió la lágrima que resbalaba por mi mejilla.

—Yo perdí mi móvil, creo que es justo que perdieces algo tú también —sonrió.

—No quería abrirme a ninguna chica, tenía demasiada mierda guardada y no me apetecía contarle a ninguna el porqué de lo idiota que soy, no estaba preparado.

—Tengo que reconocer que me has vuelto loca con tus idas y venidas.

—Lo sé, ni yo mismo sabía qué quería. No quería nada contigo, solo quería que Susana viera que estaba con otra, un nuevo juguete que restregarle en la cara. Se suponía que era un plan genial, nada podía salirme mal, al fin de cuentas ya lo había hecho muchas otras veces... Pero no, cuando te tenía cerca solo sentía la necesidad de quedarme ahí, junto a ti. Me has tratado tan bien...

—No sé ser de otra forma.

—Cada mañana dejaba una rosa en tu escritorio con la esperanza de hacerte no olvidarme, con el único deseo de hacerte saber que sentía más de lo que demostraba. Solo quería que te quedases sin necesidad de tener que pedírtelo.

—¿Por qué yo?

—No sé qué tienes, Tatiana, pero sé que eres tú. Contigo no necesito nada más, ni a nadie más.

Nos besamos. Enlazamos nuestras lenguas de manera distinta a las anteriores. Había pasión, eso era lo único en lo que aquel beso podía parecerse a los anteriores, pero tenía un matiz tan distinto... Sentí amor en su boca, futuro, esperanza. Él llegó en un momento clave a mi vida, fue mi salvavidas y ahora sabía que yo también había sido el suyo.

Su apartamento estaba perfectamente ordenado y olía a su perfume. Habíamos decidido tomarnos una copa en la intimidad de su hogar ahora que tras la confesión era como si pesásemos veinte kilos menos.

Cuando vivía con Pablo, en contadas ocasiones, nos dedicábamos un ratito a nosotros, un ratito a tomarnos una copa de vino frente al otro y contarnos lo que habíamos hecho durante el día. Esos ratitos terminaban en nuestra cama devorándonos, no soy tonta, sabía perfectamente cómo terminaríamos Alejandro y yo esa noche... Y estaba deseando de que así fuera...

Dejó las llaves sobre la mesa del salón y encendió la calefacción dejándola que poco a poco fuese calentando un poco el apartamento.

—Espero que entres en calor. Debí llevarme una chaqueta para poder ponértela por encima, en las pelis, todos los galanes, encandilan a sus amadas así. Estoy muy desentrenado...

—Creo que ninguno de los dos pensó que iba a refrescar tanto... Cuando salimos no hacía frío, yo cogí la chaqueta porque a veces soy muy precavida... —le saqué la lengua y me besó.

—Siéntate donde quieras, estás en tu casa.

—Gracias —dije dejando mi chaqueta sobre el reposabrazos del sofá. Me senté.

—¿Te apetece una copa de vino? —asentí y se fue a la cocina.

Minutos después, volvió con una botella de vino empañada y dos copas de cristal con el fuste y la base grisácea. Las dejó sobre la mesa baja del centro y descorchó la botella. Solo el gesto de agarrar la botella para descorcharla ya me puso cachonda. El mechón de su tupé deshecho tras la

confesión, cayó sobre su frente y entre él buscaba mi mirada coqueto. Debía estar muy acostumbrado a que las mujeres le mirasen con deseo, aun así, podía verlo ruborizarse tras mi atenta mirada.

—¿Te gusta lo que ves? —sonrió de lado.

—Me encanta.

—A mí me encantas tú.

Descorchó la botella, llenó las copas y me cedió una. La cogí con coquetería, rozándole parte de su mano con mis dedos. Se sentó a mi lado sobre su pierna derecha. Di un trago a mi copa de vino, estaba delicioso. Yo no entendía mucho de vinos pero aquel tenía un sabor afrutado que me parecía espectacular.

—Delicioso.

—Es un regalo de un cliente.

—Debiste hacer un muy buen trabajo...

—Eso siempre —me guiñó el ojo y levantó su copa acercándola a la mía, brindamos—. Por ti, por mí.

—Por nosotros.

Bebimos de nuestras respectivas copas sin retirarnos la mirada el uno del otro.

—Quería agradecerte la confianza que hoy has puesto en mí mostrándote como eres.

—Cuando una persona le entrega a otra sus sentimientos le está dando un arma de demolición contra su persona. Esa persona ya conoce tus puntos débiles, no quiero que me hagan daño, por eso nunca hablo de mí, no quiero darle a nadie el privilegio de poder destrozarme.

—¿A mí sí?

—Tú no eres una persona cualquiera...

—Me encanta que pienses eso.

—¿Tienes la misma sensación que yo?

—Tengo muchas sensaciones contigo... ¿a cuál de ellas te refieres?

—A la de que parece que te conozco de toda la vida... —sonreí y asentí con la cabeza—.

Parece que hace años que tropezaste con la alfombra de mi despacho...

Puse los ojos en blanco y se carcajeó.

—¡No me recuerdes eso, jefazo! —le di un manotazo en la rodilla—. Lo pasé muy mal.

—Si supieras lo que sentí cuando te vi a mis pies...

—Creo que no quiero saberlo.

—Haces bien —su sonrisa pícaro afloró en sus labios, me encantaba verle reír.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—¿Qué sientes por Susana?

Dio un trago largo a su copa de vino dejándola de nuevo sobre la mesita central. Esta vez no vi dureza en su rostro, estaba calmado, a gusto.

—Hubo un tiempo en el que la amé con auténtica locura, tras casarse con el asesino de mis padres, la odié con la misma fuerza, hoy en día me es indiferente...

—¿Por qué sigue trabajando para ti?

—Como te dije, la dejé ahí para que viese cómo rehacía mi vida, aunque mis relaciones eran más sexuales que emocionales, básicamente necesitaba hacerle daño, tanto o más que ella a mí... En la actualidad iba a ser despedida antes de quedarse embarazada —tragué saliva, me estaba costando callar aquella mierda—. Tengo la certeza de que ese niño no es mío pero cuando nazca

pediré una prueba de paternidad y como yo esté en lo cierto, podrá buscarse otro trabajo. Odio las mentiras y más aún cuando son para destrozarme.

Cogí mi copa y me la bebí de un único trago. Pensé en decirle toda la verdad sobre el falso embarazo, era un buen momento pero dejé el margen hasta el lunes como le dije a Susana que haría.

Me sirvió más vino.

—¿Puedo preguntarte yo algo?

—Sí, claro.

—¿Cómo fue lo tuyo con Pablo?

—¿Qué en concreto?

—Tu ruptura. ¿Por qué fue?

El tema me dolía tanto que pensé en ignorar la pregunta y directamente contestarle “*paso palabra*”, pero no lo veía justo tras su confesión.

—No me gusta hablar del tema, solo lo he hablado con Eva. Mi familia sabe que Pablo y yo lo dejamos pero no conocen el porqué —respiré hondo—, soy muy mía para ciertos asuntos...

—Lo entiendo. Si no te apetece, no lo hagas.

—Te lo debo... Hoy te has abierto en canal, estoy en deuda contigo. Pablo y yo teníamos una relación falsamente perfecta. Llevábamos tres años juntos, le conocí en la juguetería donde trabajábamos. El primer día que lo vi me encandiló, los ojos están en la cara y hay que reconocer que Pablo es muy guapo —asintió dándome la razón—. Vivíamos juntos, yo pensaba que estábamos genial, que nos adorábamos. Una noche salí con Eva dejándolo en casa con Víctor, el chico que denuncia junto a él, iban a tomarse unas copas y a ver un partido de fútbol que televisaban. Al volver... —tragué saliva y cerré los ojos intentando alejar de mi mente aquella escena tan dolorosa.

—Déjalo, Tatiana. No quiero que lo pases mal.

—Cuando volví los pillé *juntos* en el sofá, besándose, prácticamente desnudos...

—Qué mazazo.

—Fue muy duro, me costaba asimilar que Pablo y Víctor estuviesen liándose en mi sofá. Sentí galopar mi estómago hasta mi boca junto con el corazón. Todo mi interior quería huir de mi cuerpo. Sentí tantas cosas a la vez... Sentí rabia, pena, desilusión... Habíamos hecho muchos planes juntos y todos se esfumaron en un segundo.

—Conozco esa maldita sensación.

—A día de hoy aún tengo ese pellizco interno que no me permite perdonarle por completo. Supongo que aún está reciente para olvidarme de todo.

La botella vacía presidía la mesita central junto con nuestras copas. No recuerdo cómo llegamos a estar uno sobre el otro devorándonos las bocas sobre la alfombra mullida del salón. Nos habíamos desnudado mutuamente dejando caer nuestra ropa a su suerte, la desesperación por tenernos el uno al otro era bestial.

Me levantó de la alfombra abrazada a su cintura con mis piernas, nos íbamos besando por el pasillo hasta que llegamos a su dormitorio. Se arrodilló en la cama y me tumbó, no dejábamos de besarnos y no dejábamos un hueco sin besar. Nos mirábamos a los ojos mientras nuestras lenguas se fundían, me cogió la cara entre sus dos grandes manos.

—Gracias, Tatiana —me susurró.

—¿Por qué?

—Por llegar a mi vida, por dejarme entrar en la tuya.

No pude contestarle con palabras... No en aquel momento, no aquel día en el que por vez primera nos habíamos desnudado realmente.

Me bajó las braguitas negras de encaje, las elegí a consciencia para la cita, era lo único que aún llevaba puesto. Observó mi desnudez, sentí vergüenza, me ruboricé, pero decidí quererme, no era perfecta, pero era yo. Se quitó su bóxer blanco dejando libre una polla que buscaba mi entrada con la misma desesperación con la que mi coño la esperaba.

Si la perfección existía debía llamarse Alejandro Vidal. Completamente despeinado y sin su traje era otro hombre diferente al que todas las mañanas compartía oficina conmigo.

Abrió el cajón superior de su mesita y cogió un condón, lo abrió con la boca con gesto salvaje y me sacó una sonrisa que compensó rápidamente con otra por su parte. Lo deslizó por su polla pesada y se volvió a tumbar sobre mí, colocó su polla sobre la abertura de mi coño y no embistió como otras veces, la fue introduciendo con tranquilidad, calmado, disfrutando cada milímetro de mí y volviéndome completamente loca.

Me corrí dos veces abrazando con fuerza su polla con mi interior húmedo. Cuando se corrió jadeando mi nombre, me abrazó con tanta fuerza que los trozos de mí que estaban rotos, quedaron unidos al instante. No sé cuánto tiempo estuvimos unidos pero lo que sí que sabía con total claridad era que no habíamos follado como las veces anteriores, con certeza sabía que había sido la primera vez que habíamos hecho el amor.

Se quitó el condón y se tumbó junto a mí. Pensé en levantarme antes de incomodarlo, como la última vez que compartí cama con él, pero se giró hacia mí colocando su brazo derecho por debajo de mi cuello. Dejó un beso en mi sien y me apretó contra él.

—Que se pare el tiempo —susurró.

—Por favor.

Me despertó la claridad que entraba por la ventana. Por un momento me sentí desubicada hasta que le vi tumbado a mi lado. Tenía el antebrazo cubriéndose los ojos, estaba tan tranquilo... Pude observarlo con detenimiento mientras dormía. La sábana blanca de su cama tan solo le cubría una pierna dejándolo prácticamente expuesto a mis ojos escrutadores. El tatuaje del pectoral eran flores que le subían hasta el hombro fundiéndose prácticamente con el del brazo que estaba cubierto de pájaros, paisajes y más flores. No le quedaba hueco que mostrase el color de su piel. Pude leer, camuflada entre tanta flora y fauna tatuada, la frase “Nunca pares, nunca te rindas”, supuse que sería una ley para él y que debía cumplirla sí o sí. Recorrí su abdomen con mis ojos hasta llegar a su polla, estaba relajada y aun así era bastante grande, me ruboricé inmediatamente.

—Nunca antes me habían observado tan minuciosamente... —di un respingo sobresaltada y me sonrojé más aún.

Me senté a su lado mirándole a la cara, a los ojos, y crucé mis piernas por delante.

—No te creo.

—Milímetro a milímetro, créeme que nadie lo hizo antes.

—¿Por qué cojones eres tan perfecto?

Se carcajeó y me contagié de su risa.

—¿Perfecto? —afirmé con la cabeza mordiéndome el labio inferior—. No sabes lo que dices.

—Oye, pues para mis ojos, mi cabeza y mi cuerpo lo eres, despiertas todos mis sentidos y multiplicas las sensaciones que afloran en mí —me acerqué a su oído y le susurré—. ¿Me regalas un polvo de buenos días?

—Uno cada día.

Las risas terminaron en besos, los besos en caricias y las caricias en orgasmos mañaneros.

Así sí. Así sí eran buenos días.

## Capítulo 17

### NUEVAS ETAPAS

Teníamos todo el domingo por delante. Alejandro preparó el desayuno, tostadas y café, un desayuno de lo más normal que me pareció tan único que parecía que era la primera vez que lo iba a comer.

Por las mañanas hacía frío, aun así, decidimos sentarnos en la pequeña terracita de su apartamento. Tenía una mesita redonda de mimbre y dos sillones a juego con unos cojines rojos. Las esquinas de la estancia estaban cubiertas por varias macetas con plantas verdes y brillantes, había otras macetas colgadas con flores de colores que le daban alegría a aquel rincón.

Alejandro me dejó un jersey de hilo, me tapaba poco más que el culo y me dejaba un hombro al descubierto. Olía a él, a mi olor favorito del mundo. Recogí mi melena negra en un moño desaliñado y algunos mechones del flequillo se escaparon. No estaría arreglada, pero no podía disimular mi cara de recién follada, tenía un brillo especial. Me sentía radiante.

Nos sentamos uno frente al otro y sirvió el café en un par de tazas amarillas. El calor que la taza desprendía me ayudó a calentarme las manos.

—Hemos vivido nuestra primera vez de tantas cosas en estas últimas horas que hemos pasado juntos... —levanté mis ojos turquesas de mi taza hasta fijarlos en los suyos.

—Como cuáles.

—Nuestra primera noche juntos, nuestro primer amanecer entre las mismas sábanas, nuestro primer desayuno a solas en mi terraza, la primera vez que tus labios han dejado de ser rojos...

Sonreí y me toqué de manera mecánica los labios. Continuó con un brillo especial en sus ojos grises.

—... la primera vez que siento que podemos llegar a ser lo que queramos.

Hacía poco que nos conocíamos, ya me contó que nunca antes, después de lo de Susana, había querido estar con ninguna chica...

—¿Por qué yo, Alejandro?

—¿Y por qué no? Eres todo lo que necesito. No sé qué me has dado, pero sí sé que eres tú... Quiero intentarlo, Tatiana. Quiero ser feliz, solo eso.

—No sé si estoy preparada para iniciar una relación.

Se le torció el gesto, respiró hondo y apoyó sus codos en la mesa inclinándose hacia mí.

—Tatiana, yo tampoco lo sé... —se pasó la mano por el pelo despeinado—. Estoy cagado, no tengo ni idea de cómo voy a conseguir que quieras estar a mi lado día a día, no sé qué podré darte para que sigas pensando que soy el tío perfecto tal y como me ves ahora, tan solo hay una cosa que tengo clara, cuando estás a mi lado olvido toda la mierda que tengo dentro, me siento en paz, tranquilo y es así como quiero vivir...

—Pero...

—Llamémosle de otra forma si quieres, no empecemos una relación como tal, no nos

etiquetemos como novios si te parece apresurado etiquetarnos así, pero Tatiana, por favor, quédate a mi lado.

No me gustaba sentirme tan necesaria para su felicidad. Alejandro era joven, pero había vivido tantas situaciones difíciles que parecía mucho mayor. Parecía tan fuerte vestido con su traje, peleando por arreglarle a las personas sus problemas judiciales, tan seguro, tan sobrado, que ahora que lo conocía algo más, sentía como si dentro de él hubiesen dos personas diferentes.

—Te voy a proponer algo —dejé mi taza y me remangué una de las mangas del jersey que llevaba puesto. Me miraba fijamente, expectante a mi propuesta—, vivamos felices.

Mientras Alejandro se daba una ducha, cogí mi móvil. Me asusté al ver cuatro llamadas perdidas de Eva. Tenía varios mensajes también, pero no los leí, la llamé directamente, crucé los dedos, que no fuesen malas noticias...

—¡Tati! —la noté nerviosa a la par que aliviada.

—Eva, ¿está todo bien? Acabo de ver tus llamadas...

—¿Dónde coño estás? Me asusté mucho cuando anoche no volviste a casa, te escribí y no contestaste, no respondías a mis llamadas...

—Perdona, Eva. Pasé la noche en casa de Alejandro y se me pasó avisarte.

—¡Putá! —así era mi Evita—. No me hagas esto nunca más. No sé qué fuerza sobrenatural me retuvo anoche para no dar parte a la policía.

—Joder, Eva...

—No te voy a entrevistar por teléfono, aunque me estoy muriendo de la curiosidad, sabré esperar —me reí—. Por cierto, te tengo un notición, y como yo no soy como tú, no te voy a dejar con la intriga...

—¡Cuenta, cuenta!

Vi venir a Alejandro por el pasillo. Llevaba únicamente un pantalón de chándal gris que le caía sobre la cintura dejando ver la musculatura que bajaba a su pubis. Me quedé con la boca abierta, literalmente. ¿Qué pensaría Alejandro del poder de idiotizar que tenía sobre mi persona? Estaba segura de que no había sido la única idiotizada de su vida...

Oía a Eva en la lejanía, como si mi cerebro hubiese desconectado por completo del resto de mi cuerpo...

—¡Tati! ¿Me has escuchado? —Eva me sacó de mi hipnotización.

—Cuéntame la gran noticia —atiné a decir.

—¿De verdad que no has oído nada de lo que te contado?

—Perdona, Eva.

—Ay amiga... Sé lo que está pasando —hizo una parada y abrió los ojos como platos—. Tienes ante ti al jefazo, probablemente desnudo, o en su defecto semidesnudo, y estás babeando como un jodido Bulldog. Estás imaginando cerdadas y has desconectado el oído de tu cerebro justo cuando he empezado a contarte algo importantísimo para mí...

—Podría ser...

—¡Petarda! —me reí sin quitarle los ojos de encima a Alejandro—. Si no fuera por lo que te quiero ya te hubiera matado.

—*I'm sorry* —dije con un perfecto inglés *made in Tatiana*. Hice pucheritos con la boca aunque no podía verme.

—Sí, sí... Si *zorri* eres un rato... Tengo el cielo ganado...

—¿Tú? ¿El cielo ganado? No me hagas reír —me carcajé irónicamente—. Venga, cuéntame. Soy toda oídos.

—¿Ya te has retroalimentado de torso masculino lo suficiente?

—Venga, ¡cuéntame ya!

—¡Ya tengo la peluquería!

Me levanté del sofá prácticamente de un salto y empecé a saltar de emoción y a gritar de alegría por mi amiga, todo esto bajo la atenta mirada de Alejandro y su sonrisa dibujada en su cara. Allí, sentado en el sofá semidesnudo y con el pelo mojado, estaba como un queso...

—¡Me tienes que contar todos los detalles, Eva!

—Y tú a mí —me interrumpió—, ya sabes sobre qué...

—¡Dalo por hecho!

—Bueno, te dejo seguir disfrutando de las vistas.

—¡No te imaginas cómo son!

—Te mereces que tenga un gatillazo cuando más caliente estés, por zorrón, por restregarme en mis narices que tienes el coño chorreando...

—¡Cerde!

Colgué manteniendo mi sonrisa en la cara y pude ver que Alejandro la tenía también, sería de verme feliz. Mi felicidad era la suya, y viceversa...

—Buenísimas noticias, ¿no?

—¡Maravillosas!

Me senté sobre mi pierna derecha, al lado de él, le toqué el flequillo mojado y se lo alboroté, olía maravillosamente bien.

—Dios, ¡estoy nerviosa!

—Comparte conmigo esa noticia tan estupenda, ¿no?

—Ya tiene Eva su peluquería. Qué feliz estoy por ella. Se merece todo lo bueno que sé que le va a venir...

Se quedó unos segundos callado. Aunque intentaba mantener la sonrisilla, por segundos, iba convirtiéndose en sonrisa forzada.

—¿Sigue en pie el irte a trabajar con ella? —se atrevió por fin a soltar.

Tragué saliva. Parecía tan sencilla la respuesta... Pero no, no era así, no era nada sencilla y más sabiendo que no era agradable para Alejandro. Aunque ahora estaba en una nube de felicidad con todo lo que me rodeaba, no me apetecía seguir trabajando con Susana, me incomodaba.

—No me apetece seguir en el despacho.

—¿Por Susana? —asentí—. No tienes de qué preocuparte...

—No es cuestión de preocupación, Alejandro... No me lo pone fácil.

—Pronto estará en la calle. Nada más que le haga las pruebas de paternidad al hijo que espera.

Se me retorció el estómago, no sé cómo podía seguir callándome una verdad tan grande. Estaba deseando que llegase el día siguiente y se descubriese todo.

—Me lo pensaré.

—Tienes que creerme cuando te digo que tengo la absoluta tranquilidad referente al embarazo de Susana.

—Si tan seguro lo tienes seguro que es así.

Era así, no podía ser de otra forma. No había embarazo, ni de Alejandro ni del marido de la farsante de Susana. Estaba deseando que todo aquello saliese ya por fin a la luz, por suerte, solo quedaban horas. Por fin Alejandro podría des-hacerse de la mujer que tantísimo daño le ocasionó. Por fin podría dejar de verla pulular por mi vida intentando destruir lo que Alejandro y yo andábamos construyendo con nuestros propios cascotes.



**Nota mental:** comprar vino (del caro) para brindar por el despido de Susana y la libertad de ¿mi chico? SÍ, MI CHICO.

Eva estaba en pijama viendo una película cuando llegué a casa. Pensé que la encontraría feliz pero tenía un pañuelito blanco en la mano con el que se limpiaba la cara y la nariz.

—Pelirroja, ¿pasa algo?

Solté mi bolso en la mesa del centro y me senté junto a ella. La cogí del mentón levantándole la mirada hacia mí. Me dolió muchísimo tener que volver a reencontrarme con aquellos ojos que hacía tiempo que habían desaparecido del rostro de mi mejor amiga.

—¡Ey! ¿Qué te pasa? Por teléfono esta mañana estabas dichosa...

—Soy una auténtica imbécil.

—No voy a permitir que te digas eso, ¿me oyes? Así que...

—Me he acostado con Óscar —me interrumpió.

No me esperaba esa confesión, otra vez no, joder... Me quedé sin palabras.

—Tati, siempre vuelvo a caer —le cogí la mano y se la apreté fuerte—. Nunca voy a poder deshacerme de esta mierda que me tiene abducida completamente.

—¿Quieres que hablemos? —asintió—. Voy a por un par de vasos de agua.

—O de vino...

Volví con un par de vasos de agua con hielo, quería que en aquella conversación estuviesen al cien por ciento nuestros cinco sentidos, y el vino no era un buen aliado. Le di uno a Eva, bebió un trago largo y dejó el vaso apoyado en sus rodillas mientras lo rodeaba con sus manos.

—Esta mañana, como mi gimnasio abre incluso los domingos y esta semana no pude ir por el tema de la peluquería, decidí ir. Maldita la hora en la que decidí hacerlo... —se limpió la nariz con el pañuelo e intentó coger fuerzas para seguir contándome cómo había pasado todo—. Estaba corriendo en la cinta y vi entrar a Óscar. Y odio que me pase, te prometo que lo odio, pero el corazón se me sobresaltó...

—Conozco esa sensación —le metí un mechón de su pelo rojizo detrás de su oreja para poder verla mejor.

—... se acercó a mí y se apoyó sobre la máquina. Se quedó mirándome con una picardía que no alcanzaría jamás a explicarte únicamente con palabras. Sus ojos me hablaban, me invitaban a perderme con él como tantas otras veces. Ya había visto esa mirada antes. Paré la máquina y bajé secándome el sudor con la toalla que tenía en el cuello y no sé en qué momento pasé de estar en la cinta a estar follando con él bajo el agua caliente de las duchas...

Aquello ya lo habíamos vivido, era un maldito *deja vu*. Eva caía siempre en los brazos de Óscar, era el único hombre que había conseguido hacer con ella lo que le venía en gana. La última vez que me dijo que era el fin fue por lo del embarazo de la mujer de Óscar y me lo llegué a creer, pensé que era la definitiva y más aun después de lo ilusionada que estaba con Jesús. Ella también quiso creérselo.

—Eva... No sé qué decirte, siento no estar a la altura en este momento...

—Yo sí que no he estado a la altura. ¡Va a ser padre, Tati!

—Eva...

—¿Qué demonios estoy haciendo con mi vida? ¿qué he conseguido con este polvo, Tati? —se tocó la cara con desesperación, repartiéndose las lágrimas por toda la piel pecosa de su rostro—. No consigo dejar de pensar en Jesús, me duele esta puta sensación en el pecho.

—En cierto modo esa es la parte que más me entristece, Jesús...

—No somos pareja, estamos conociéndonos, pero no puedo evitar el sentir pena, siento que la

he cagado. Acabo de fastidiar algo chulo que estaba surgiendo entre Jesús y yo...

—¿Qué vas a hacer con respecto a él?

—¿A Jesús? —asentí—. Voy a contárselo, sé que no estoy en la obligación de hacerlo pero sí que siento la necesidad de quitarme este peso de encima. Quiero ser sincera, no merece otra cosa.

—¿Y con Óscar?

Se quedó pensativa mirándome a los ojos. Bebió agua y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Voy a intentar olvidarlo.

—Me alegro de que digas que vas a intentarlo, es lo sensato. Si me dijese que ya nunca más volverás a verte con él, no te creería.

—Tengo que empezar a quererme, ¡joder!

Quise cambiar de tema, le di un manotazo en la rodilla.

—Oye, con todas las cosas bonitas que tenemos que contarnos estamos aquí mustias...

—Tienes razón —se secó la nariz con su pañuelito de papel empapado—, ¿cómo te fue con el jefe?

—Estamos tan bien cuando estamos juntos... ¡Estoy feliz, Eva!

Le cambió la cara, desapareció de su rostro la tristeza. Mi felicidad era la suya, si yo era feliz ella también lo era. Eva era tan buena conmigo... Nunca dejaba que sus problemas empañasen mi felicidad, incluso estando hecha una mierda por dentro.

—No imaginas cómo me siento cuando me dices que eres feliz...

—Sí lo sé, a mí también me pasa contigo.

—Tati, qué de vueltas da la vida... Hay veces que me pongo a darle vueltas a eso y me quedo impactada.

—Ni que lo digas...

—¿Te acuerdas cuando te obligaba a quitarte la camiseta de las *Spice Girls*? —sonreí y asentí—. Joder, qué de cosas han cambiado, haberte deshecho de aquella camiseta fue como el principio de tu felicidad.

—Creí que aquella camiseta era un amuleto, qué equivocada estaba, mi labial rojo sí que es mi verdadero amuleto.

—¡Yo ya sabía eso! —me guiñó el ojo.

Le conté cómo había estado con Alejandro y le conté la confesión que me había hecho. Eva no podía cerrar la boca. La entendía perfectamente, a mí me pasó lo mismo, incluso contándoselo a Eva me costaba digerirlo. Me hizo miles de preguntas sobre el matrimonio de Susana. La mayoría no pude respondérselas, no tenía tanta información, pero ella es una auténtica morbosa-cotilla, por preguntar que no quedase.

Eva se limitaba a escuchar y a preguntar, hasta que llegó el momento de hablarme de la peluquería, ahí fue cuando se le iluminaron los ojos. Me enseñó fotos de cómo pensaba decorarlo todo, me encantó, estaba deseando verla terminada. Eva tenía muy buen gusto.

Me duché y me puse un pantalón pitillo vaquero con una camisa tipo leñador en tonos rojos y negros remangada hasta el codo, y mis *Converse* rojas. Había quedado con Alejandro para ir a merendar y dar un paseíto por algún parque esta vez cogidos de la mano. Parecíamos una pareja, me encantaba planear con él cosas como aquella, me encantaba que nuestro escenario se hubiese hecho tan grande como el mundo dejando de estar limitado a las paredes de su habitación, de su despacho o de la oficina.

Eva había quedado con Jesús. Poco antes de salir a mi encuentro con Alejandro, había salido

ella de casa dejando una estela de su perfume. Decidida, como ella era. Por cómo actuaba, sabía que estaba nerviosa pero aquellos nervios no podrían pararla. La conocía muy bien. Para Eva, pocas cosas existían en el mundo capaces de frenar sus pasos firmes y decididos.

La terracita de la cafetería estaba decorada con macetas con plantas altas verdes, sillones individuales acolchados y de colores vistosos. Hacía frío, pero no nos acobardó para tomar asiento donde nadie quería hacerlo. Nos sentamos uno frente al otro con nuestros cafés y un par de porciones de tartas de chocolate.

**Nota mental:** comer menos, mis vaqueros lo agradecerán.

Estaba guapísimo. Llevaba una cazadora negra abierta dejando ver una camisa vaquera que llevaba abrochada con cuatro botones, debajo de la camisa llevaba una camiseta básica negra. El toque Alejandro, sepultando a Vidal, lo daban unos pantalones pitillo negros desgastados con una de las rodillas al descubierto por un gran agujero, y a los pies, sus maltratadas *Converse* negras.

—¿Qué te parece el sitio?

—Me gusta muchísimo, pero hay algo que me distrae, no me deja concentrarme para valorarlo al cien por cien.

—¿El qué?

Puse mis manos alrededor de mi boca como para que nadie de nuestro alrededor pudiera ver lo que iba a decirle, aun estando prácticamente solos allí, me acerqué a él apoyando los codos en la mesa.

—Acércate, no quiero que nadie se entere —le susurré. Se incorporó acercándose a mí con una sonrisilla en los labios—. Tu cara.

Me encantó verle reír.

Mientras tomábamos nuestro café me fijé en cómo Alejandro se quedaba mirando unos niños que jugaban por la terraza huyendo de lo aburrido del interior de la cafetería y las conversaciones planas de los adultos. De vez en cuando sonreía discretamente, creo que sonreía su subconsciente, no era consciente de que yo lo observaba. Los ojos le brillaban.

—¿Te gustaría formar una familia en un futuro?

Mi pregunta le sacó de sus pensamientos y se quedó descuadrado aunque sus labios aún mantenían una sonrisa leve.

—¿Qué?

—Te pregunté que si en un futuro te gustaría formar una familia. Te he visto mirar a esos niños y me dio curiosidad.

—Es algo que tuve en mente en el pasado, era una de las cosas que más me apetecía en el mundo... Actualmente ha perdido fuerza.

—A mí me pasó exactamente lo mismo... Supongo que cuando te planteas un futuro, y te lo arrebatan, cuesta volver a creer en él.

—No podría explicarlo mejor.

Sonó el teléfono móvil de Alejandro desconectándonos de nuestra conversación. Lo sacó del bolsillo de su pantalón poniéndose de pie. Descolgó y volvió a sentarse.

—Dime, Susana —respondió seco.

Sentí un pinchazo en el estómago. Me gustó que no se fuese a hablar con ella lejos de mí, no le importó volverse a sentar y hacerme partícipe de la conversación. No sabía qué le estaría diciendo, él solo asentía y fruncía el ceño incrédulo quizás de lo que ella le decía.

—Vale. Que todo vaya bien, te llamo mañana.

Colgó y dejó su móvil sobre la mesa.

—Era Susana. Han ingresado a su madre y no podrá ir mañana a la oficina.

—Vaya...

—Espero que mejore pronto. Sé lo importante que es su madre para ella.

Estaba preocupado. Me sentí en desventaja frente al tema así que solo cogí mi café y bebí. Él no quiso aportar nada más a la conversación, y yo, sinceramente, lo agradecí.

Estábamos paseando por el parque en el que la noche anterior me había confesado tanto, agarrados de la mano, me parecía increíble. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que chocamos en el ascensor? Apenas unos meses. Habíamos vivido esos meses con tanta intensidad que habíamos perdido completamente la noción del tiempo.

Pasamos frente a una fuente donde el agua caía con fuerza sobre un suelo de mármol blanco, se paró frente a mí haciéndome parar en seco.

—¡Pasa la noche conmigo!

—¿Qué dices, Alejandro? —me carcajeé.

—Lo que oyes —me cogió del culo levantándome hasta tener nuestras bocas a la misma altura.

—¡Oye, bájame! Nos está mirando todo el mundo...

—Me da igual. ¿Vas a pasar la noche conmigo?

—No.

—No te voy a bajar hasta que digas que sí.

—¡No voy a dormir otra vez en tu casa!

—No tienes que dormir... Sé cómo hacerte mantener despierta.

—¡Bájame! —pataleé un poco infantil porque mi yo interior se moría de ganas por aceptar aquella propuesta.

—Acepta y te bajo.

—Mañana hay que trabajar, Alejandro.

—Creo que a tu jefe no le va a importar que yo te lleve al trabajo...

—¡Alejandro, por Dios! ¡Bájame!

—Di que sí. Es fácil.

—No.

—Dilo o te lo pido a gritos.

—¡No serás capaz!

Sonrió, sabía que era perfectamente capaz de hacer lo que decía.

—¡PASA ESTA NOCHE Y TODA UNA VIDA CONMIGO!

—¡ESTÁS LOCO! ¡BÁJAME!

Las personas que caminaban a nuestro alrededor se nos quedaban mirando, algunas sonreían.

—¡DIME QUE SÍ! —le tapé la boca con mi mano.

—¡Cállate ya! Vale, vale, vale, me quedo, ¡pero bájame ya!

Me plantó un besazo en los labios que me erizó la piel de todo el cuerpo. Un beso de esos que suenan fuerte, de los que quieres dejar constancia de que lo has dado. Puto Alejandro Vidal, y puto don de convencerme tan rápidamente. Una pareja que estaba sentada cerca de donde estábamos empezó a aplaudir. Alejandro les sonrió y les mostró el pulgar.

—¿Te he dicho alguna vez que siempre consigo todo lo que me propongo?

Le di un manotazo en el hombro y me bajó. Me puse bien el pantalón por la zona del tobillo, con la euforia del momento me lo había subido.

—Sí, algo he podido comprobar ya...

—Es otro de mis dones —me guiñó el ojo y volvió a besarme.

—Por cierto, tengo que ir a mi casa a por ropa, no creerás que voy a ir así a la oficina, ¿verdad?

—A mí no me importaría... Por mí como si quieres ir en tanga... —me guiñó el ojo.

—Ni lo sueñes, jefazo.

—Lo de jefazo empieza a sonarme guay... Creo que le estoy cogiendo el gusto a oírlo.

—Agradéceselo a Eva...

Cogí un vestido camisero negro que Eva me regaló por mi anterior cumpleaños y mis botitas bajas de cuero con tachuelas. Alejandro me dijo que no tendríamos ninguna reunión en la oficina, así que decidí ir cómoda.

Eva no había llegado aún así que, mientras cogía mi neceser, le dejé un mensaje en su móvil diciéndole que no iría a dormir a casa y que deseaba de corazón que con Jesús todo estuviese yendo bien.

Tenía que ir bien, no podía ser de otra forma. Eva y su sinceridad merecían ser premiadas con el amor más fuerte y bonito que existiese.

En el apartamento de Alejandro todo estaba impoluto. A veces envidiaba la limpieza de su casa, tengo que reconocer que Eva y yo éramos bastante desordenadas aunque, dentro de nuestro desorden, ambas sabíamos a la perfección dónde podríamos encontrarlo todo.

Alejandro se fue directo a su dormitorio y yo me senté en el sofá mirando desde allí las fotos de sus padres en la estantería. Se les veía muy felices. El padre de Alejandro era muy parecido a él físicamente. Las sonrisas de Lucía y Alejandro eran como la de su padre. Me entristeció pensar todo lo que había sufrido Alejandro con su pérdida y me entristecía ponerme en el lugar de Lucía, siendo una cría, de la noche a la mañana, se queda sin sus padres quedándose a cargo de un hermano que no llevaba una vida ejemplar.

Me sacó de mis pensamientos un dios griego que aparecía por la cristalera del salón. Se había quitado la ropa y se había puesto solo un pantalón de chándal que le caía por la cadera dejando ver el principio de la musculatura de su perfecto culo.

—¿Te gusta la comida china? —asentí.

—Perfecto —dijo dirigiéndose a la cocina.

—No me creo que también cocines —me levanté del sofá y le seguí hasta la cocina.

—Mujer de poca fe...

—¡Eres el tío perfecto!

Sonrió. Cogió el teléfono inalámbrico que había en la encimera y marcó un número que sabía de memoria.

—Buenas noches. Quería una bandeja para dos de sushi variado...

Me guiñó el ojo y sonrió mordiéndose después el labio inferior. Siguió pidiendo nuestra cena bajo mi atenta mirada. Cuando colgó, me subió con una facilidad asombrosa a la encimera de la cocina colocándose entre mis piernas.

—¿Te gusta cómo cocino?

—Ya me extrañaba... El hombre perfecto no existe.

—¿Si supiese hacer sushi sería el tío perfecto?

—Absolutamente —le saqué la lengua.

—Tendré que aprender... No puedo permitirme tener ninguna tara.

—Alejandro Vidal alcanzó la absoluta perfección al aprender a preparar sushi.

—Te advierto de que lo perfecto cansa.

Empezamos a besarnos con una pasión desmesurada. Le deseaba muchísimo. Me encantaba

todo de él. Me encantaba físicamente, como podía encantarle a cualquier mujer, pero lo que más me gustaba de él era la seguridad tan fuerte que tenía en él mismo. Sabía lo que quería, cómo lo quería y cuándo lo quería y no temía una negativa nunca, tampoco se rendía fácilmente para no tener que obtenerla.

Sus manos presionaron mi culo arrastrándome más hacia él. El roce de su cuerpo con la parte más sensible de mí me estaba volviendo completamente loca. Le agarré de la nuca para besarlo con más fuerza.

—Me encantas —le susurré entre gemidos.

—¡Y aún no sé hacer sushi! —bromeó y nos reímos boca con boca.

Bajé mi mano y dejé al descubierto su polla. Gimió con desesperación y desabrochó mi pantalón. Segundos después estaba completamente desnuda.

Lamió mis tetas, saboreándome milímetro a milímetro. Cogí su polla fuerte con mi mano derecha y la dirigí hacia mi entrada. Dejó de respirar y me miró a los ojos.

—¿Segura? —susurró agitado pegado a mi boca.

—Como nunca antes había estado.

Me cogió la cara entre sus manos y me besó con dulzura pero sin dejar apartada la pasión. Teníamos claro que deshacernos de la pasión, de la chispa que saltaba entre los dos con el simple hecho de mirarnos, era imposible. Notar cómo iba entrando poco a poco en mí era el mayor de mis disfrutes, notaba su calor y él notaba el mío, íntimos, nuestros. Por su respiración sabía que estaba disfrutando el momento tanto como yo. Sentirlo entrar y salir de mí de una forma tan íntima, piel con piel, me llevó al orgasmo demasiado rápido. Intenté alargar el momento pero me fue imposible. ¿Cómo cojones podía contener los orgasmos antes de conocer a Alejandro? ¿Qué tenía Alejandro, joder?

Mis gemidos y mi humedad le empujaron a correrse fuertemente dentro de mí. Sentí el calor de su orgasmo recorrer mi interior para después desbordarse.

No salió de mí, nos quedamos unidos unos minutos, sintiéndonos, regocijándonos en el momento vivido, memorizando el calor del otro. Me besó los labios, y el cuello, y me miró a los ojos. Le toqué la mejilla que raspaba por su principio de barba. Ahora sí que podía ver con total claridad lo que aquellos ojos grises guardaban. Cuánto amor vi, y cómo me cagué de miedo.

—Gracias —me susurró.

—¿Por qué?

—Por aparecer en mi vida y por quedarte.

Sonreí y le contagié mi sonrisa. Y fue ahí cuando supe que estaría enganchada, adicta a él, eternamente.

Aquella noche cenamos y dormimos juntos, abrazados, no sin antes repetir lo que horas antes habíamos vivido en la cocina, esta vez en su cama.

Poco después de entrelazarnos, cansados y aún excitados y jadeantes por la entrega física que habíamos protagonizado, empezó a llover. Aquella lluvia repiqueteando en los cristales podía considerarse la novena maravilla del mundo, la octava era él, podía considerarse la primera pero no era plan de estar cambiando la historia que los helenos habían dejado dichas. No quería meterme en follones históricos a estas alturas...

## Capítulo 18

### SOÑANDO

Ya era miércoles, estábamos en el ecuador de la semana laboral, una semana que por cierto, estaba siendo perfecta. Me había quedado a dormir todas las noches en casa de Alejandro, la oficina estaba en calma porque Susana no había vuelto al trabajo aún, Eva y Jesús seguían viento en popa, el juicio de Pablo y Víctor sería el viernes y todo apuntaba que saldría bien para ellos.

En el cajón de mi escritorio todas las mañanas seguía encontrándome una rosa roja con una nota que me hacía recordar algún momento especial de la noche anterior pero, aquel miércoles, no había ninguna. Me puse a repasar automáticamente si por la noche pasó algo “malo” entre nosotros pero no lo encontraba. Repasé uno por uno todos nuestros movimientos, cenamos juntos en el sofá mientras veíamos una película y después nos fuimos a la cama e hicimos el amor como todas las noches desde que estábamos durmiendo juntos... Debía ser otra cosa, estaba casi segura.

Mientras hacía mi trabajo, no podía evitar mantener a Eva anclada en mi mente y repasar las palabras que me había dicho narrándome su cita con Jesús. Cuando Eva me contó cómo fue el encuentro con él, me encantó verla tan feliz. Me alegré de que Jesús hubiese “perdonado” aquella idiotez, aquella maldita recaída con Óscar, valorando realmente el hecho de que Eva fuese sincera con él.

—Con la sinceridad se va a todos lados, Tati —asentí mientras metía algunas cosas en una maleta de mano para irme a casa de Alejandro una noche más—. Le conté lo que había pasado con Óscar y que si no veía conveniente seguir viéndonos, que lo entendía perfectamente.

—¿Y qué te dijo?

—Que le encantaría seguir conociéndome, que con mi sinceridad le había demostrado mucho y que estaba convencido de que yo valía la pena.

—Chico listo, no se equivoca.

—Si yo hubiese estado en su lugar no sé cómo hubiese actuado... Conociéndome seguro hubiese formado un pitote de tres pares de pelotas, sé que él podría compensar mi balanza.

—Jesús es un encanto. Habéis tenido mucha suerte al cruzarse vuestros caminos.

—Sé que podría aportarme tanto...

—¿Y qué te paraliza para no avanzar más con él?

Se quedó pensativa y se sentó en mi cama.

—Podría resumirlo en una sola palabra, miedo. Mucho miedo.

Dejé mi pequeña maleta ya preparada en el suelo y me senté a su lado. Le cogí la mano y le puse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—El miedo paraliza, por su culpa no vas a poder disfrutar de todo lo que la vida te tenga preparado. Lo que tenga que pasar va a pasar, no tengas miedo. Tu lema era “*disfruta el momento*”, ¿recuerdas? —afirmó con la cabeza—. Pues ponlo en práctica, pelirroja.

Le di un apretón en la rodilla y me levanté recogiendo mi pequeña maleta de mano del suelo.

—Por cierto, *petarda* —señaló con la mirada mi maleta—, ¿piensas mudarte poco a poco?

—No —me carcajeé—. Solo aprovecho las noches con mi jefazo.

—¡Dámelo todo papi! —se puso de pie en el suelo apoyando una de sus manos en el filo de la cama y azotándose el culo con la otra mano.

—¡Cállate! —le azoté con mi mano.

—¡Me encanta este rollo!

—Eres increíblemente cerda.

—No lo sabes bien, cerda a niveles estratosféricos.

Salí de nuestro piso dándole un beso en la mejilla y susurrándole un *disfruta* al oído. Sabía que lo haría, Eva no se caracterizaba por ser miedosa. Aquella etapa tenía las horas contadas.

Miedos fuera.

Fuera los miedos de Eva.

Fuera mis miedos.

Estaba sentada en mi despacho cuando Alejandro entró con un maletín en la mano. Aunque le había visto vestirse por la mañana, me embelesaba igualmente horas después. Llevaba un traje azul marino con finas rayas blancas a juego con una camisa blanca y una corbata del mismo color azul que el traje. ¡Más guapo y explotaba! Tenía un semblante serio pero estaba aun más guapo así.

—Cariño —sonreí como una boba, parecía una quinceañera—, tengo que salir un momento a los juzgados para llevar unos papeles. Dentro de un ratillo vendrá Sergio, es mi procurador, hazlo pasar directamente a mi despacho. Viene para hablar sobre el juicio de Pablo.

—Perfecto.

—Te veo luego, perfecta —me guiñó el ojo.

Se dio la vuelta y pude ver su culo marcado en el pantalón, él sí que era perfecto. Me mordí el labio inferior inconscientemente. Se giró al llegar a la puerta.

—Por cierto —abrió su maletín apoyándolo sobre su otra mano—, como estamos juntos a todas horas, por suerte para mí, y hoy no has ido al baño en toda la mañana, no he podido dejarte esto.

Cerró el maletín, me sonrió y me derretí. Se acercó a mi escritorio y me dejó la rosa sobre el teclado del ordenador.

—Puto tío perfecto.

—Ojalá lo fuese, princesa. Ya sabes que aún no aprendí a cocinar sushi...

Me besó manchándose del rojo de mis labios los suyos. El gesto que posteriormente hizo para intentar quitárselo me puso cachonda.

—En un rato estoy de vuelta —me guiñó el ojo y se fue.

Leí la nota regocijándome en lo afortunada que era de saberme soñada y querida por un hombre como Alejandro. Él, que se negaba a creer en el amor, él, que solo anduvo buscando fichas y tableros donde empezar nuevas partidas, él, que un día entendió que tenía que empezar a aceptar que no era tan malo ser un poco bueno, él, que para empezar a creer en el amor, dejar los tableros a un lado y dejar de ser el *malote* para abrirse y mostrarse como era realmente su interior, me eligió a mí. Me sentía súper afortunada, no podía evitarlo.

**Te quiero, princesa. Gracias por tanto.**

**Alejandro Vidal**

Suspiré y besé mi rosa. Yo también le quería. No quise que pasase, pero pasó.

Abrí la puerta de la oficina tras oír que llamaban al timbre y me encontré con un chico



guapísimo, alto, trajeado, elegante y con una sonrisa espectacular.

—Hola, buenos días, ¿Tatiana?

—Sí.

—Soy Sergio —me tendió la mano y respondí a su saludo agarrándosela con la mía.

—Pasa, Sergio. El señor Vidal me dijo que pasases a su despacho. No creo que tarde mucho en llegar.

Sergio era bastante guapo. Tenía el pelo castaño claro, lo llevaba rapado por los lados, peinando para atrás la parte de arriba que la tenía bastante larga. Los ojos eran verdosos. Físicamente era muy parecido a Alejandro.

Abrí el despacho de Alejandro y le invité a pasar con la mano.

—¿Quieres tomar algo, Sergio?

—No, gracias.

—Estaré en mi despacho, por si necesitas algo.

—Perfecto Tatiana, muchas gracias.

Volví a mi despacho. Minutos después oí abrirse la puerta principal y cerrarse sonoramente. Alejandro se asomó a mi puerta, venía algo despeinado pero seguía estando guapísimo.

—Ya volví, Tatiana. ¿Llegó Sergio?

—Sí, está esperándote en tu despacho.

—Gracias, princesa. Por cierto, llama a Pablo y a Víctor y comunícales que el viernes será la vista.

Asentí y me puse manos a la obra. Llamé primero a Víctor, que respondió efusivamente a mi llamada.

—¿Sí?

—Buenos días, Víctor. Soy Tatiana.

—Buenos días, Tatiana. ¿Cómo estás?

—Bien, te llamo del bufete del Señor Vidal para recordarte que el viernes será la vista.

—Vale, gracias Tatiana.

—Que tengas un buen día.

—Igualmente. Adiós.

Una conversación rápida, precisa, sin palabras que dieran rodeos para terminar como empezamos la conversación. No quería que Víctor se viese en la tesitura de tener que mantener una conversación extensa con la mujer con la que su chico había compartido vida hacía apenas unos meses...

Colgué y marqué el número de Pablo. El de Víctor necesité buscarlo en la agenda de Alejandro, con el de Pablo no me hacía falta, lo sabía de memoria.

—¿Quién es?

—Buenos días Pablo, soy Tatiana.

—¿Te pasa algo?

—No, no te preocupes, todo está bien —dejé escapar una risita—. Te llamo de parte del señor Vidal para recordarte que el viernes tenéis el juicio...

Bufó. Le conocía perfectamente y sabía el quebradero de cabeza que le despertaba el juicio. Estaba preocupado. A Pablo no le gustaban los problemas, siempre evitó cualquier tipo de mal rollo en todos los ámbitos posibles; familiar, laboral, de pareja, amistades... Necesitaba estar tranquilo, en paz con él y con el mundo, era vital para él.

—Tranquilo, Pablo. Todo irá bien, no puede ser de otra forma.

—Gracias, Tati.

—Confía en Vidal, sabe perfectamente lo que hace.

—Sé que es bueno en su trabajo, también sé que tengo la razón... Pero no consigo dejar de estar nervioso...

—Es normal. Pronto habrá pasado todo.

—¡No sabes las ganas que tengo!

—Te entiendo, pero te vuelvo a repetir que estés tranquilo, intenta que esto no te quite el sueño, este juicio está ganado.

—Gracias, Tati. Valoro mucho tu apoyo en estos momentos.

Oí abrirse la puerta del despacho de mi jefe y salieron de él Alejandro y Sergio riendo y hablando de cosas que seguro nada tenían que ver con temas judiciales...

—Bueno Pablo, te dejo. Tengo que seguir currando. Lo dicho, intenta estar tranquilo, todo va a ir bien.

—Tati.

—¿Sí?

—Si te apetece podríamos quedar un día y tomarnos un café. No tiene que ser ya... Cuando quieras, solo tienes que decírmelo.

No sabía si era correcto o no, pero me apetecía. Pablo no había cometido un crimen para ser crucificado, el tiempo había hecho su trabajo, por fin sentía que podía con lo que me había hecho tantísimo daño.

—Claro, llámame una tarde de estas.

—Lo haré.

Alejandro abrió la puerta de mi despacho cuando me disponía a recoger mis cosas para irme a casa.

—Princesa, ¿te apetece una invitación a comer?

—Me gustaría comer con Eva, llevo días que no coincido con ella en la mesa —me senté en mi escritorio—. Me va a emancipar como siga así.

—¿Reunión de amiguitas?

—Desahogo más bien...

—¿Tienes pensado hablar mal de mí? —me cogió de la cintura y me pegó a él.

—Podría ser... Le diré que he descubierto algo horrible amaneciendo entre tus sábanas...

—Qué curiosidad, Tatiana...

—Le diré que cuando te desmaquillas eres un ogro, que no he visto una cara más fea en mi vida.

Sonrió y me besó en los labios fuertemente.

—Pues dile que el ogro te adora.

Le di un manotazo en el hombro y un beso rápido en los labios.

—Me marchó, ogro.

—Vale, princesa. Te recojo esta tarde y vuelves a compartir cena y cama conmigo, ¿te apetece? Cogí mi bolso y mi rosa y pasé por delante de él. Le di con la rosa en la nariz y le guiñé un ojo.

—Me apetece. Siempre.

Llegué al piso y oí risas en la habitación de Eva. Dejé el bolso en el perchero de la entrada y colgué la chaqueta que había llevado a la oficina.

—¡Eva! —grité desde la cocina.

—Hombre, por fin te dignaste a aparecer por casa —oí decir por el pasillo.

Entré en la cocina a beberme un vaso de agua que me serví directamente del grifo. Poco después entró Eva portando no solo una sonrisa prácticamente de oreja a oreja, sino su bata de raso negra, y juraría que era lo único que llevaba puesto sobre su cuerpo.

—¿Estás con alguien? —le susurré.

—Sí, está Jesús en mi dormitorio, acabamos de echar un polvo...

Le tapé la boca con la mano. Jodida loca del coño...

—¡Cállate! —yo seguía hablando prácticamente moviendo solo los labios, sin emitir apenas sonido—. ¿Por qué no me lo has dicho y no vengo?

—¿Qué más da? No tenemos secretos —me sacó la lengua y me guiñó el ojo.

—Joder, Eva, no me apetece oírte follar... —me quitó el vaso de la mano y lo vació por completo en su boca.

—No te preocupes, podremos respetarte, podremos aguantar.

—Eva, no tienes solución...

—¡No me digas que no soy la alegría de tu vida!

Bufé, le quité el vaso y lo dejé en el fregadero.

—Hola, Tatiana.

Me giré y allí estaba Jesús. Tenía cara de recién follado, despeinado y a medio vestir. Nunca imaginé que debajo del polo de recepcionista se escondía aquel pectoral y aquellos abdominales... Se puso una camiseta de manga larga blanca que le quedaba como un guante.

—Ey, Jesús, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—No podría quejarme. Hace días que no te veo...

—Estoy de vacaciones. Las estoy aprovechando para ayudar a Eva con los últimos retoques de la peluquería.

—Me está ayudando a algo más que a darle el toque final a la peluquería —me guiñó el ojo.

—Jesús, amordázala, a ella le harás un gran favor porque le encanta el rollo sado, y también me harás un gran favor a mí, mis oídos necesitan descansar de tanta pornografía oral explícita...

Jesús sonrió tímidamente, me encantaba aquella pareja, eran como la noche y el día, ese era el misterio por el que Eva y Jesús se complementasen de aquella forma.

—Bueno, no te ruborices tanto, será que eres virgen, te está poniendo el jefazo fina y te escandalizas con un par de palabritas mías...

—Dios, Eva... ¡La impresión que Jesús se está llevando de nosotras debe ser maravillosa!

—No te preocupes Tatiana, ya empiezo a conocer a la pelirroja —dijo Jesús guiñándome un ojo.

—Bueno, *Tati la santa* —puse los ojos en blanco.

—Dime —alargué la *i* haciéndola sonreír.

—¡El lunes creo que ya empezará a funcionar la peluquería!

Estaba eufórica, Eva siempre brillaba pero desde hacía poco tiempo, ya era como si la hubiesen empanado en purpurina...

—Tengo ganas de verla terminada. Conociéndote sé que tiene que ser increíblemente *cuqui*.

—No tengas dudas de ello —me dijo con una sonrisa tonta de oreja a oreja.

Comimos los tres juntos y me di cuenta de lo ilusionados que estaban el uno con el otro. Si hace un par de meses me hubieran dicho que Eva apostaría por intentar una relación seria con un chico, no hubiese dudado en decir que era una locura. Aunque viéndolo de ese modo, si a mí me hubieran dicho hace unos meses que Pablo me sería infiel en el sofá de mi piso con Víctor y que

tras la ruptura terminaría follándome a mi nuevo jefe, la palabra locura se quedaba muy chiquitita...

Me estaba dando una ducha cuando oí abrirse la puerta del cuarto de baño. En un principio creí que era Eva la que había entrado a coger cualquier cosa de maquillaje de mi neceser como ya tenía costumbre, pero a través de la mampara opaca pude ver una gran figura negra. Abrí un poco la mampara y asomé la mitad de mi cara.

—¿Qué haces aquí? ¡Sal ahora mismo! —le grité—. Señor Vidal, ¿ha oído alguna vez hablar de la intimidad?

—No soy el señor Vidal, soy Alejandro, tu novio.

¿Mi novio? Si hubiese sido un *emoji*, sin lugar a dudas, hubiese sido el que tiene dos corazoncitos rojos por ojos.

—Definitivamente no sabes qué es la intimidad...

—Sí sé lo que es intimidad, esto, por ejemplo, es intimidad —cerró el pequeño pestillo que había en la parte superior de la puerta—. Aunque me resulta gracioso que me pidas intimidad cuando te he visto desnuda en varias ocasiones.

—¡Pírate!

—Está echado el pestillo —me guiñó el ojo.

—Puedes volver a quitarlo, no se ha soldado.

Se despojó de su chaqueta y la dejó perfectamente colocada sobre el lavabo.

—¿Qué haces?

—Es evidente Tatiana, desnudarme. No preguntes cosas absurdas, no va contigo...

—¡Sé que te estás desnudando! ¿Quién te ha dicho que puedes hacerlo?

—¿Y quién me ha dicho que no pueda hacerlo?

Sacó de un tirón su camisa de dentro del pantalón haciéndome gemir prácticamente inconscientemente. Se desabrochó la camisa mientras me sonreía.

—¿Crees que voy a dejar que te metas aquí?

Sonrió mientras se despojaba de la camisa dejándola sobre su chaqueta.

—¿Dónde exactamente no vas a dejar que me meta? —coqueteó y me guiñó con picardía un ojo.

—Quiero que me dejes darme una ducha tranquila. ¿Dónde está Eva?

—Fuera, en el salón. Ella fue la que me dio permiso para poder llegar hasta aquí.

—Pues yo no te doy permiso para quedarte, ¡vete!

—Princesa —se lamió ambos labios y mordió el inferior suavemente—, vuélvemelo a pedir y no me desharé del pantalón —me miró fijamente y se cogió la hebilla plateada de su cinturón con la mano derecha.

Me callé. Mi cuerpo y mi mente deseaba tenerlo bajo el agua pegado a mí. Bajo el agua dentro de mí.

Sonrió orgulloso de su capacidad de convicción. Se quitó el pantalón y su bóxer de manera más descuidada que todas las prendas anteriores y se metió conmigo bajo el agua que caía de la ducha.

El agua le caía sobre el pelo haciendo desaparecer por completo su tupé, tenía un rostro tan sexy que me estaba volviendo loca. Me puse de puntillas pegándome a él con ganas y le besé con una pasión feroz, salvaje. Le deseaba y sabía que él a mí también. Me cogió en brazos con una facilidad increíble y le rodeé la cadera con mis piernas mientras seguíamos besándonos, no era consciente siquiera de lo fríos que estaban los azulejos que me rozaban la espalda.

—¡Fóllame, Alejandro! —apenas pude susurrarle.

Metí mi mano entre nuestros cuerpos y le cogí la polla con fuerza. La dirigí a mi entrada que la esperaba con ansias y me la metió con fuerza, de una sola vez, gemí fuerte, el simple hecho de sentirla dentro ya me acercaba al orgasmo de una manera acelerada. Marcó el ritmo de las penetraciones moviendo mi culo con fuerza, los músculos de sus brazos y sus pectorales estaban más marcados que nunca, aquella postura le estaba suponiendo un esfuerzo pero parecía no costarle nada.

Me corrí gritando su nombre y diciéndole te quiero por vez primera. Eso pareció ser lo que le empujó a derramarse con fuerza dentro de mí.

—Te quiero, Tatiana —le temblaba el cuerpo.

Me dejó de pie frente a él, abrazándonos bajo el chorro de agua templada, su semen caliente salía de mí y podía notarlo bajando por mi pierna derecha. Me dio un beso en el pelo.

—Quédate siempre a mi lado, Tatiana —le abracé fuerte.

—Prometo estarlo por siempre.

—Parece que estoy soñando y que pronto me sonará el despertador, amaneceré solo en mi cama y buscaré como loco tus ficticios ojos turquesas... Me parece mentira todo lo que estamos viviendo...

—Si fuese un sueño no sentirías esto —le pellizqué el culo y le besé el pecho.

Le oí reírse mientras me acomodaba en su pecho, pero también oí el suspiro que vino después. Tenía miedo de volver a enamorarse, yo también lo tenía pero ya era tarde.

## Capítulo 19

### TATIANA CUESTA ABAJO

Llegamos juntos a la oficina. Habíamos pasado la noche juntos en su casa como en los anteriores días. Antes de dormirnos abrazados volvió a susurrarme al oído que me quedase siempre a su lado. Durante aquellas noches que pasé con Alejandro fui más consciente aun de lo solo que se había estado sintiendo tiempo atrás. Me entristecía mucho que nadie le hubiera dado calor, y no calor corporal, al fin y al cabo ese te lo puede dar cualquiera, calor del que se siente dentro, del que te arropa el alma, el que realmente importa. Volví a prometérselo, sabía que sería así.

Aquella noche dormimos más pegados que nunca, nos besamos mucho, nos olimos, parecía que nos estábamos despidiendo, memorizando tanto cuanto podíamos el uno del otro para poder así recordarlo en un futuro... Parecía que el destino nos daba esa oportunidad presagiando lo que aquel maldito jueves pasaría.

Al día siguiente sería el juicio de Pablo y Víctor. Alejandro tenía una mañana complicada de trabajo. Tenía que dejarlo todo bien atado. En una ocasión ya me comentó que el día antes de un juicio se ponía algo insoportable porque le ocasionaba un gran estrés y, aunque llevaba años dedicándose a aquello, seguía poniéndose igual de nervioso como la primera vez que defendió un caso. Alejandro no era de piedra, aunque podía dar la impresión de ello. Y por si era poco el estrés y el nerviosismo que Alejandro llevaba aquel día sobre sus hombros, se le sumó la visita de Susana a la oficina.

Abrí la puerta y allí estaba ella. Llevaba un traje de dos piezas azul marino y una camisa de cuello redondo blanca. Estaba increíblemente guapa, pero no le brillaban los ojos. Desde que la conocí hasta entonces, había perdido prácticamente toda la luz, aunque solía vestir con colores alegres, ella no brillaba.

—Buenos días, Susana —la invité a entrar a la oficina con la mano—. ¿Cómo está tu madre?

—Mucho mejor, Tatiana. Ya está en su casa tranquila y controlada. Por suerte, todo quedó en un susto. Gracias por tu interés.

—¿Te incorporas hoy a tu puesto de trabajo?

—Sí, pero antes tengo que hablar con Vidal sobre mi falso embarazo...

Tragué saliva y las piernas empezaron a temblarme. Me puse nerviosa. Mi sexto sentido me puso en alerta y empezaron a sonarme todas las alarmas en mi cabeza.

Desde hacía varios días no había pensado en el tema de Susana y en la que podía llegar a liarse en aquella pequeña oficina cuando Alejandro supiera la verdad. Aunque en cierto modo ya lo sospechase, no era lo mismo tener la confirmación de la otra parte implicada. Aquella confirmación iba a ser una bomba. Últimamente nos habíamos dedicado a adorarnos y borré de mí el tema del falso embarazo por completo.

—Mañana tiene un juicio importante, no sé si será el momento para confesarle una cosa así.

—Ya no aguanto más este peso sobre mi consciencia... No he venido antes porque mi madre me ha tenido completamente absorbida...

—Si quieres puedo avisarle de que estás aquí.

—No hace falta, Tatiana —me guiñó un ojo con chulería—. Sé cómo andarme con él. Demasiados años codo con codo, querida...

Me retorcí por dentro. Sentí como si me apuñalaran el hígado. Tenía la necesidad de hacerme saber que ella le conocía a la perfección, había vivido muchas situaciones al lado del que ahora era mi chico, muchas más que yo, pero poco importaba eso, no era cuestión de cantidad sino de calidad.

—Perfecto —lo dije seca, cortante, seguro que mi cara reflejaba asco.

Me encaminé a mi despacho llena de rabia, sentía impotencia y celos. No me bastaba con tenerlo en el ahora, me hubiese encantado tenerlo siempre, evitarle tanto dolor y no dejar que nunca se hubiese convertido en lo que ahora, juntos, intentábamos hacer desaparecer. Alejandro no merecía tener en su vida, aunque ya formasen parte de su pasado, a personas como Susana.

—Por cierto, Tatiana —me giré—, brillas. Debe de estar yéndote genial con Vidal... Suele aportarnos brillo cuando estamos a su lado. Cuidado cuando te saque de su vida, quedarás apagada eternamente.

No dije nada, no me apetecía seguir hablando con ella, no quería seguir escuchando palabras que me llegaban al corazón como auténticos dardos envenenados. Me fui a mi despacho con una sensación rara, intuición femenina podría llamarse, sabía que las cosas iban a torcerse...

Llamó al despacho de Alejandro y pasó. No hizo falta el permiso de este. En la oficina se sentía como pez en el agua. Andaba con total confianza, no necesitaba aprobación de ningún tipo, ella hacía y deshacía a su antojo...

—Buenos días, Alejandro.

—Buenos días, Susana. Me sorprende que estés aquí. No te esperaba hoy por la oficina —se puso de pie y se abrochó la chaqueta negra de su traje—. ¿Cómo está tu madre?

—Mucho mejor, gracias.

Se dieron un beso en la mejilla y un apretón de manos.

—Me alegro. ¿Te incorporas hoy a tu puesto?

—Sí, me gustaría que así fuese.

—¿Cómo estás? —le señaló con la mirada la barriga.

—Quería hablarte sobre el embarazo.

—Siéntate.

—Gracias.

Alejandro se volvió a desabrochar la chaqueta y se sentó en su sillón giratorio, apoyó los brazos sobre los apoyabrazos y relajó el gesto. Parecía olerse la confesión. Sonrió por dentro.

—No estoy embarazada.

—¿Has perdido el bebé?

—No.

—Nunca has estado embarazada —su gesto se hizo duro—, ¿estoy en lo cierto?

—Tenía miedo de perderte por completo, Alejandro...

—¿Eres consciente de lo rastro que es lo que has hecho, Susana? —elevó el tono de voz—. ¿Nunca vas a cansarte de joderme la vida?

—Yo te quiero. Siempre ha sido así.

—¡Tú no quieres a nadie! Por no querer no te quieres ni a ti misma.

—No me grites, por favor —las lágrimas le corrían por las mejillas—. Tuve miedo por Tatiana.

—Ni la nombres.

—¿Qué tiene ella, joder? ¿Por qué hiciste con ella cosas que no habías hecho con tus amantes anteriores? ¡Querías destrozarme!

—La única que es especialista en destrozarnos eres tú.

—Lo supe desde que te vi mirarla, sabía que sería diferente esta vez.

—Pírate del bufete. Estás despedida, Susana. Has traspasado límites que no pienso tolerar. Ya no más.

—¿Qué te ha dado esa?

—¡No te dirijas a ella de esa forma!

—Tatiana no es mujer para ti, Alejandro... Ella no sabe darte lo que buscas, no te conoce, no conoce lo que te enloquece...

—¿Y quién se supone que es buena mujer para mí? ¿Tú? —se carcajeó.

—Tatiana no lo es.

—No la nombres, no ensucies su persona. Eres una auténtica cerda, no vas a cambiar en tu puta vida.

—¿Te parezco una cerda?

—Por no llamarte algo peor. Voy a intentar respetarte aunque no lo merezcas.

—Entonces Tatiana, tu mujer perfecta, es otra cerda.

Por ahí no estaba dispuesto a pasar. Se levantó bruscamente haciendo golpear el sillón contra la pared que tenía detrás, apoyó con fuerza sus manos sobre el escritorio dejando blancos sus nudillos.

—¡No la nombres! —dijo con fuerza cada palabra por separado haciendo breves pausas entre ellas.

—Ella sabía que mi embarazo era falso.

Le cambió el gesto y se hizo un silencio.

—No inventes.

—Pregúntaselo a ella —vaciló—. No tengo problema alguno de que lo hagas delante mía. Es más, te exijo que lo hagas.

—No estás en poder de exigir nada, no seas absurda.

—Hazlo, llámala, pregúntale si es falso lo que te digo.

Dudó unos segundos, se mantuvo callado hasta que le oí gritar mi nombre desde su despacho. Presentí qué había pasado entre ellos. Lo que no entendía era qué pintaba yo en medio de aquel follón.

Dejé todo lo que estaba haciendo y acudí a su llamada.

Entré a su despacho nerviosa y lo vi de pie en medio de él. Susana también estaba de pie, juraría que la vi sonreír. Tenía las mejillas mojadas pero no tenía un semblante triste.

—Dime, Alejandro —titubeé.

Nunca antes había visto aquella oscuridad en su mirada. Tragué saliva y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Tú sabías que era mentira el embarazo de Susana? —me dijo sereno.

Empecé a temblar. Me puse más nerviosa aún cuando pensaba que más era imposible, no me salían las palabras de la boca. Se acercó más a mí.

—Contéstame, Tatiana —continuó calmado—. Es fácil, Tatiana —era como si me suplicase



desmentir aquello—, contéstame Tatiana, ¿sabías que era mentira el embarazo de Susana?

—Alejan... —titubeé.

—¡Me cago en mi puta vida, Tatiana! Es fácil, sí o no, ¡joder! —terminó el tono sereno para dar paso a la rabia.

—Sí, pero...

No me dejó terminar.

—Pírate de aquí —el corazón se me subió a la garganta, juraría que ni oía.

—Alejandro, no es lo que piensas... Me lo dijo y...

—¡Qué te pires de aquí! ¡Qué os vayáis ahora mismo las dos! No quiero volver a veros en mi puta vida.

—Por favor Alejandro, tienes que escucharme... No es como crees.

—¿Sabes qué es lo que creo? —le miré a los ojos y no vi nada de lo que había cuando antes nos mirábamos, la rabia había enmascarado al amor, al cariño—. Creo que eres como todas, que te importo una mierda y que eres capaz de guardarle una mentira a una tía que quiere destrozarme la vida. Prefieres apoyarla antes que ayudarme a desenmascararla.

—Por favor, Alejandro... Escúchame...

—Has cubierto a una tía que conoces desde hace prácticamente dos meses. Eres la única que conoce todo lo que he pasado por su culpa y parece ser que prefieres guardarle un secreto de la magnitud de un falso embarazo... ¿Esas eran tus ganas de que Susana desapareciese de nuestras vidas?

—No es así.

—Me has ocultado la verdad. ¿Cómo cojones has podido callarte? No puedo explicármelo, Tatiana. Lo pienso y no consigo encontrar una explicación sensata a tu actitud. Joder, Tatiana, hemos hablado del tema en varias ocasiones. Has estado durmiendo a mi lado, has amanecido en mi cama, me has mirado a los ojos y has prometido que estarías siempre ahí, cuidándome, dándome lo que ninguna otra supo darme. Eres como todas, o peor, porque me has mentido mirándome a los ojos.

No dije nada. Solo pensaba en la de veces que estuve a punto de decirle la verdad, me maldecía por haber ocultado algo así, no podía encontrar las palabras que hiciesen entender a Alejandro el porqué de mi posicionamiento. Preferí callar a empeorar una situación que era bastante triste y complicada...

—Alejandro —intervino Susana—, solo espero y deseo que algún día entiendas que todo lo hice porque no concibo mi vida sin ti.

—Vete, Susana.

—Me falta todo cuando presiento que te alejas, siempre estoy esperándote para que me des las sobras de lo que te quede, con poco me he conformado, con poco me bastó para seguir esperando más.

—¡Que te vayas, Susana!

Se volvió y se sentó en su sillón dándonos la espalda, se pasó varias veces las manos por el pelo. Se hizo un silencio tan incómodo que resultaba insoportable permanecer en aquellas cuatro paredes. Se giró con su sillón y nos miró. Se le inundaron de lágrimas sus ojos grises, me partió el corazón, el alma, la razón. Fui su tabla de salvación y él la mía, estábamos empezando a hundirnos y nadie podía hacer nada para mantenernos a flote.

Susana cogió su bolso del escritorio de Alejandro y se marchó. Cuando pasó por mi lado avisté cómo me dedicaba una sonrisa maligna. Yo estaba allí, plantada, completamente destrozada y con

la cara empapada en lágrimas. Ella sonreía, no había perdido nada puesto que no tenía nada, yo lo había perdido a él y lo había perdido todo.

Susana desapareció de la oficina dejando una estela de su perfume.

—Alejandro...

—¿En qué momento os hicisteis tan amigas como para llegar a ocultarle al tío que te follas y al que supuestamente quieres, dicho por tu boca, que están jugándosela de forma tan sucia y rastrea como ella me la estaba jugando a mí? —no hablaba, gritaba.

—Por favor, déjame explicarte cómo fueron las cosas. Merezco que me escuches.

—¿Quieres saber lo que merezco yo? —no dije nada—. Merezco que me den lo que doy. Estoy hasta los cojones de ser un puto muñeco en manos de las mujeres a las que me abro... No sé cómo pude ser tan imbécil al pensar que eras diferente... De tu boca solo ha salido humo, todo es falso, todo es una puta mentira... Humo que se lo ha llevado el aire...

La situación me estaba destrozando, sabía que no sería capaz de aguantar mucho más.

—No voy a suplicarte más que me dejes explicarte. Sé lo que soy y sé aún mejor lo que no soy —tragué el nudo que se me hizo en la garganta.

—Haces bien en no suplicar. Te agradecería que te fueras de aquí. No quiero volver a verte.

El corazón me dio un vuelco. Todo mi interior cayó derrumbado, escombros sobre escombros. Salí de su despacho y me fui al mío a recoger mis cosas. Cogí una caja de cartón que había vaciado de folios aquella mañana y metí las fotos que personalizaban mi mesa de trabajo. Cuando llegué solo tenía una de Eva y mía, ahora también tenía un marco con una foto de nosotros que nos hicimos en un fotomatón, no era nuestra mejor foto, pero guardaba un recuerdo especial, una salida al cine donde me regaló una pulsera de oro blanco con una estrella pequeña; “Para que te acuerdes siempre de mí”, me dijo. No hacía falta llevar una pulsera en la muñeca para acordarme de él, estaba grabado a fuego en mí.

Con él todos los momentos eran especiales, únicos. La pulsera fue un momento especial de tantos que habíamos compartido, él tenía el don de hacer especial cualquier cosa por minúscula que pareciese; una bolsa de palomitas explotando en el microondas para ver una peli a sabiendas de que la dejaríamos por la mitad porque las ganas de hacer el amor serían infinitamente mayores que las de conocer el final de la película, un mensaje con mi labial rojo en el espejo con mi correspondiente enfado porque la punta había quedado chata, las iniciales de un te quiero pintado con mermelada sobre una tostada recién hecha...

Cómo dolía tener que meter momentos en una caja de cartón...

Guardé la plantita que adornaba mi estantería. No podía parar de llorar. Parecía que llevaba allí años, estaba volviendo a repetir mi primer día de trabajo pero ahora a la inversa, todo estaba volviendo a la caja de cartón.

Mentiría si dijese que sabía que no vendría a mi despacho a darme la palabra para que le explicase lo que pasó, parte de mí creía que entraría por aquella puerta, pero no fue así, todo se había ido a la mierda en unos pocos minutos. Mis lágrimas salían sin control de mis ojos turquesas, le quería, había sentido tanto en tan poco tiempo que me destrozaba el pensar que todo se quedaría ahí. Era como si me negase a que nuestra historia terminase así.

Cogí mi bolso y caí en la cuenta de que aquella mañana aún no había abierto el cajón final de mi escritorio, el cajón donde cada mañana encontraba una rosa con una nota que me dejaba embelesada para toda la mañana. Allí estaba, mi última rosa. Abrí la tarjeta con miedo, no quería leer palabras que prometiesen algo que ya no existía y, como si de una predicción se tratara, allí estaba, la tarjeta con el mensaje más importante de todos los que había recibido:

**¿Quieres venirte a vivir conmigo?**

**Ya sabes que JAMÁS acepto un no por respuesta.**

**Alejandro Vidal**

Con las manos temblorosas y los ojos incesantes de llanto, la guardé en la caja. Lloré como nunca antes lo había hecho. Él deseaba mucho más, y yo, sin quererlo, lo había jodido todo. Lágrimas de pena, de rabia, qué sé yo, solo quería llorar, sacar de mí tanto que tenía concomiéndome.

Qué difícil fue salir de aquel despacho, de aquella oficina, de aquel ascensor y no notar una mano en mi hombro que me impidiese seguir con mi camino, una mano que me parase, que me diese la oportunidad de explicarme porque lo nuestro merecía la pena y no podía quedarse ahí, al menos no de esa forma, así no podía terminar lo nuestro, había sido demasiado bonito para acabar así.

Pero no, nadie me paró.

Y me fui de allí.

Y me sentí morir por dentro.

Creo que llegué flotando al piso que compartía con Eva, no recuerdo cómo salí de la oficina, ni si me encontré a alguien por los pasillos o el ascensor, no sabía cómo había parado el taxi que me llevó a casa. Mi cerebro desconectó de mí y yo desconecté de él.

Me tumbé en mi cama y lloré recordando nuestro primer encuentro al salir del ascensor, los zapatos que reconocí desde la alfombra de su despacho la primera vez que me encontré con el que sería mi jefe, las rosas rojas en el último cajón de mi escritorio y el polvo desesperado en el suyo que pedía que fuésemos más, su confesión, la primera vez que hicimos el amor, sus besos pidiéndome que siempre estuviera a su lado, la manera de olerme el pelo, el olor que desprendía su cuerpo, sus manos acariciándome el cuerpo, las mías memorizando el suyo en las yemas de mis dedos...

Los te quiero.

Tatiana, preciosa, cuesta abajo y sin frenos, me dije.